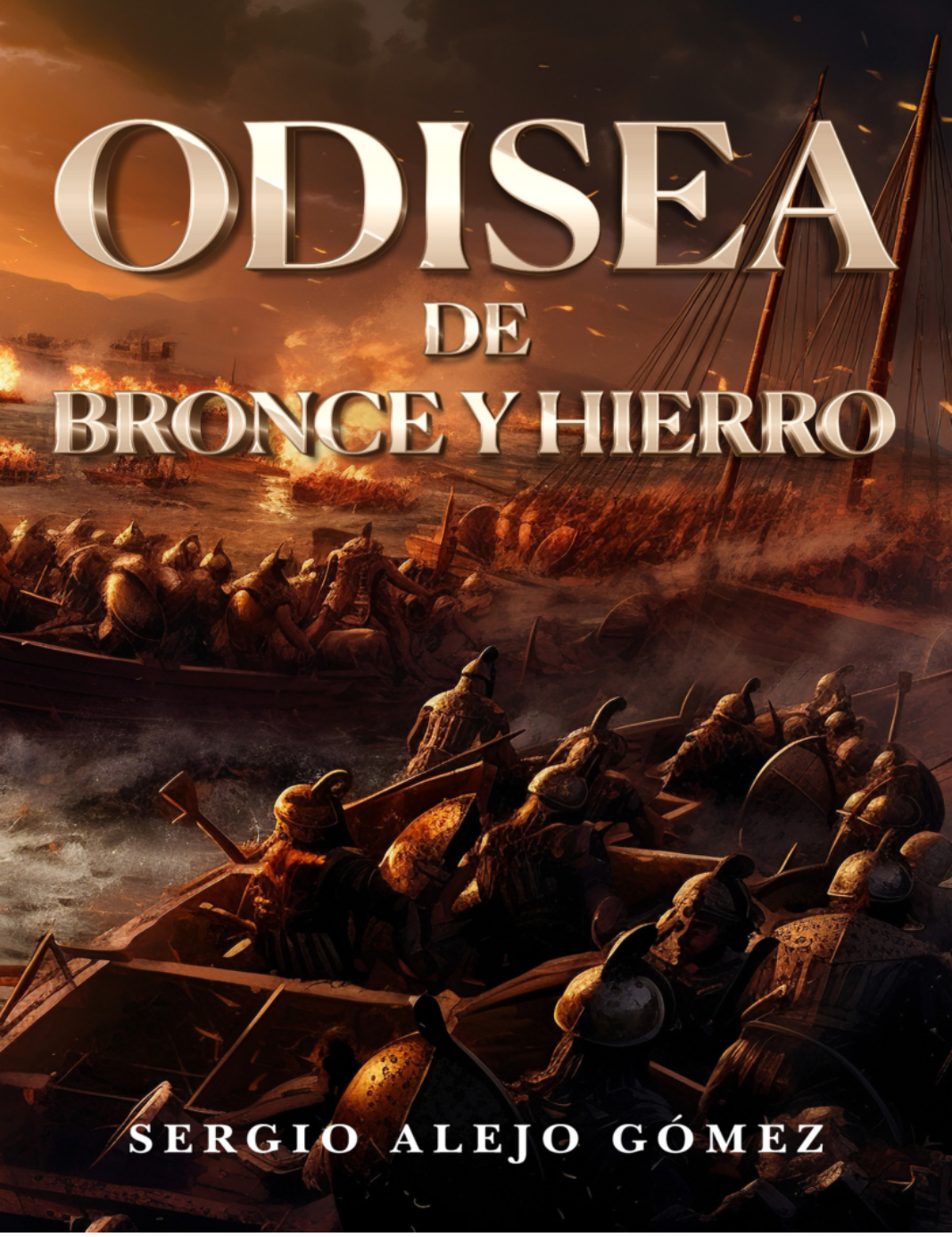

ODISEA
DE
BRONCE Y HIERRO
SERGIO ALEJO GÓMEZ

ODISEA
DE
BRONCE Y HIERRO

Por SERGIO ALEJO GÓMEZ

Copyright ©2024 Sergio Alejo Gómez
Diseño de portada: ©Judit Sánchez y Laia Altés
Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447.

AGRADECIMIENTOS

Estimado lector, como ya va siendo habitual en todos mis libros, me gusta comenzar compartiendo contigo los agradecimientos a todos los que han hecho posible la elaboración de esta novela. En primer lugar, a mi esposa Laia por la paciencia y la cobertura que me ha brindado para poder redactarla, y a mi pequeño Marc, que ha sido el regalo más grande que me han hecho los dioses. Después agradecer a Ander y Almudena el tiempo dedicado a la corrección y a la maquetación de la obra, que es un trabajo arduo y más aún con un escritor como yo, que no para de molestarlos con añadidos de última hora.

También agradecer a todos los que me dan voz en los diferentes canales de divulgación a la hora de promocionar mis trabajos. A Mikel Carramiñana de mi amada Biblioteca Perdida, a Gerión de Contestania de La Biblioteca de la Historia, a Antonio Gómez y Félix Lancho por permitirme formar parte de la gran familia de Victoria Podcast y dejarme promocionar también mis productos.

Y, por último, pero no menos importante, a ti, estimado lector, por la confianza depositada de nuevo en mí. Ya te adelanto que esta novela es muy distinta a todas las que he escrito anteriormente, pero estoy convencido de que te va a gustar ya que lo que aquí se narra es algo poco tratado. Sin más, espero que disfrutes de esta gran «Odisea de bronce y hierro», y que si te gusta me dejes un comentario en el apartado de reseñas para que pueda llegar a más gente.

¡Un saludo cordial!

NOTA HISTÓRICA

Antes de comenzar a leer esta novela quisiera explicarte brevemente lo que se esconde detrás del misterio de los Pueblos del Mar. Un fenómeno que hoy en día está aún envuelto en una aureola mística y del cual por desgracia no tenemos demasiadas evidencias que nos permitan determinar con exactitud qué fue lo que ocurrió en el Mediterráneo oriental a finales de la Edad del Bronce. Existe muy poca información, y casi toda extraída de las fuentes egipcias, con lo que es muy probable que la historia que allí se nos cuenta sea más bien un intento propagandístico de los faraones de exaltar su poder en lugar de ofrecernos una visión real de los acontecimientos. Es por ello por lo que se deben coger esos datos con pinzas muy finas, como siempre afirmo en estos casos.

Lo que sí que es cierto es el hecho de que en aquellos tiempos se produjo una crisis global que afectó a los grandes imperios y civilizaciones que fueron sucumbiendo una detrás de otra, cambiando totalmente el orden social, político, económico y demográfico existente. ¿A qué se debió exactamente? Unos afirman que fueron cambios climáticos que provocaron sequías considerables que trastocaron el modelo económico, otros afirman que se produjeron terremotos de gran magnitud que asolaron territorios enteros. Hay otros que hablan de invasiones de gentes procedentes del norte, o incluso del este, que poseían armas de hierro que se impusieron a las de bronce, generando pues una supremacía tecnológica. También hay algunos que hablan de grandes erupciones volcánicas e incluso de meteoritos que cayeron asolando las grandes ciudades. También hay quien dice que los propios imperios cayeron desde dentro, a causa de revueltas sociales.

Pero yo voy a ir un poco más allá, y tal como he defendido en los programas de podcast y de vídeo en los que he hablado del tema, estoy totalmente convencido de que no hay nadie que tenga razón absoluta en este asunto. No se trata de responsabilizar a un único factor de los anteriormente nombrados, sino que lo correcto sería aunarlos todos. Sería a mi parecer una crisis global, provocada por una serie de factores concadenados. Hablo de cambios climáticos lo suficientemente severos e importantes como para provocar esas sequías, que derivaron en las consecuentes hambrunas, que a su vez provocaron la necesidad de la gente de alimentar a los suyos, y eso llevó a que muchos de los ciudadanos de esos imperios asaltaran los centros de poder donde se guardaba el grano. Ahí estarían esos conflictos internos, que además fueron aprovechados por gentes

venidas de fuera que asaltaron las fronteras desprotegidas, portando armas de hierro, tecnológicamente superiores a las de bronce. Es posible que coincidiera en el tiempo con algún terremoto importante que facilitara más las cosas a los que atacaron e incluso con alguna erupción volcánica.

Es por ello por lo que todas esas personas que se vieron afectadas por tantos males tuvieron que buscarse la vida como pudieron. Muchos de ellos se echaron al mar en busca de otros lugares en los que poder comenzar de nuevo. Esos movimientos migratorios masivos fueron consecuencia del momento crítico que se vivió. Así pues, los que atacaron Chipre, Ugarit, el país de Hatti, y después Egipto, eran los mismos que antaño habían formado parte de otras grandes culturas como la micénica o la minoica. A estos se sumaron otras gentes que eran ya de por si piratas y crearon esa masa hambrienta y devastadora que fue arrasando gran parte del Mediterráneo oriental, y que solo pudo ser detenida por las tropas del faraón Ramsés III en la batalla del delta del Nilo.

Basándome en todo lo que te he relatado, he estructurado la novela que tienes entre tus manos y que estás a punto de comenzar a leer, en la que trato de explicar las historias de varias personas que pudieron verse afectadas por la grave crisis que se vivió a finales de la Edad del Bronce. Espero que la disfrutes y que tengas en cuenta que todos los personajes que aparecen en esta obra, incluidos los históricos, y las historias de las que forman parte, son fruto de la imaginación del autor.

PRIMERA PARTE: LISANDRO

HUIDA

I

En una aldea cercana a la ciudad de Micenas

El dolor se abatía sobre mí. Estaba roto por dentro, como si se hubieran llevado un pedazo de mi alma y me sintiera incompleto. Entregaba a mi pequeña a la madre tierra y no había podido hacer nada para evitarlo. Ella no era más que una niña de seis años que no tenía culpa de nada de lo que estaba ocurriendo. Los dioses deberían haberme llevado a mí en su lugar, pero no lo habían hecho. No… Estaban siendo crueles conmigo. Era como si me estuvieran castigando por algo, cuando desde que tenía uso de razón siempre me había mostrado piadoso. Mis padres nos educaron a mis hermanos y a mí en el precepto de que todos los mortales debían complacer la voluntad de los seres supremos, y eso era lo que había tratado de hacer a lo largo de mi vida. Por eso no entendía el motivo de su crueldad. ¿Es que no habían tenido suficiente con todo lo que había hecho por ellos? ¿Qué más necesitaban de mí? Mis sacrificios habían sido totales y lejos de contentarse, me arrebataban lo único bueno que todavía me quedaba. El único recuerdo que me quedaba de ella.

Mi pequeña… Ahora solo podía pensar en el dolor que me atormentaba por culpa de su ausencia. Las viejas heridas parecían haber cicatrizado, pero siempre estaban ahí. Siempre emergían en el momento en el que una nueva se abría. El recuerdo de los malos momentos no se marchaba jamás. No hacía demasiado que la muerte me había arrebatado también al amor de mi vida, a la mujer que me había dado a mi pequeña. No sabía cuánto había transcurrido desde aquel triste y fatídico día. Quizá fueran unas pocas semanas…, o quizá fuera más incluso. Cuando parecía haber comenzado a digerirlo, el destino se cebaba conmigo de nuevo y me la arrebataba a ella… Ya no me quedaba nada. Ni siquiera había nadie que me acompañara en aquella soledad perpetua. Todos mis amigos, familiares, y vecinos que habitaban en las granjas cercanas, se habían marchado. Lo que hasta hacía poco había sido una próspera aldea, se había convertido en un lugar triste y desolado. Un espejismo de lo que había sido. Algunos decían que aquello no era más que una maldición de los dioses por haberlos descuidado. Otros, en cambio, afirmaban que la sequía era algo que ocurría de vez en cuando, y que tan solo debíamos resistir hasta que las lluvias regresaran.

Pobres imbéciles, pensaba yo mientras observaba la tumba de

mi hija. ¿En serio nadie era capaz de darse cuenta de la cruda realidad? No se atrevían a reconocer que la verdadera culpa la tenían aquellos que vivían en los suntuosos palacios. Aquellos que estaban intramuros en aquellas grandes ciudades que se levantaban sobre las colinas. Nosotros éramos los que trabajábamos la tierra de sol a sol, día tras día, semana tras semana, sin descansar nunca, mientras que ellos se dedicaban a acumular el grano en los templos. Un grano que nos pertenecía a todos pero que luego no repartían con su pueblo. Era injusto que unos murieran de inanición mientras otros acumulaban el alimento y llenaban sus panzas. ¿Qué sería de esos ricos hombres sin nuestro duro trabajo? Tarde o temprano, aquellos que con su esfuerzo les habían entregado todo lo que tenían en forma de tributo, se alzarían contra ellos, ya que no había arma más poderosa que el hambre. Sabía que eso era lo que acabaría ocurriendo, pero era lo que menos me importaba en esos momentos. Fue entonces cuando me vino a la cabeza el hermano de mi esposa, Zósimo… Recordaba que me había dicho algo acerca de un grupo de hombres que se habían reunido para tratar de poner solución al problema de la escasez de comida. Yo estaba pendiente de otros asuntos que me preocupaban más, entre ellos la frágil salud de mi pequeña, pero creo recordar que me habló acerca de que estaban planeando asaltar la ciudad y el palacio para robar lo que nos pertenecía. De eso ya hacía unos días, y cuando me propuso que los acompañara me negué alegando que tenía que cuidar de mi hija, y que, si fracasábamos, ella se quedaría sola en el mundo. Ahora, me arrepentía de no haberme unido a su causa, ya que, de haberlo hecho, tal vez ella hubiera tenido una oportunidad.

Recordar aquello me estremeció aún más por dentro. Fue entonces cuando de nuevo emergieron las lágrimas. Unas lágrimas que no cesaban. Creía haberlas extinguido ya todas, pero parecían ser infinitas. De nuevo ese sentimiento que iba entre la culpa, el remordimiento y la responsabilidad apareció. Se adueñó otra vez de mí, y yo, impotente, y sin saber qué hacer, comencé a golpearme el pecho con fuerza, como si con ese gesto tratara de apaciguar mi amargura por la situación que los dioses me habían obligado a vivir. Traté de incorporarme apoyando mis doloridas manos sobre la tierra del agujero en el que había sepultado el cuerpo sin vida de mi amada niña. Había cavado su tumba justo a la derecha del lugar en el que ya descansaba Kore. El hambre y la enfermedad se las había llevado a ambas, y yo apenas podía mantenerme en pie. No pasaría mucho hasta que me reuniera con ellas. Al menos aquello me tranquilizaba, ya que no pasaría mucho tiempo hasta que pudiera verlas de nuevo y acariciarlas. Les pediría perdón por haber sido un cobarde, y estaba convencido de que lo entenderían. Sí, lo entenderían, porque me amaban tanto como yo a ellas. Comprenderían que todo lo que había

decidido, había sido por protegerlas. Noté como un vahído, perdí el control de mi cuerpo y la fuerza de mis extremidades se fue. Casi sin darme cuenta me dejé caer sobre la tierra húmeda y decidí aceptar mi destino sin más. La duda me asaltaba en aquellos instantes que creía que eran los últimos de mi vida. Preguntas que jamás me hice se adueñaron de mi mente como si tuviera que hallar una respuesta para todas ellas antes de iniciar mi última travesía. ¿Deberíamos haber abandonado nuestra casa en su momento? ¿Debí hacer caso a aquellos que optaron por marcharse, en lugar de resistir en un lugar que estaba condenado? Sonreí de manera sarcástica, mientras me decía a mí mismo que total, no nos habría ido mucho peor de lo que nos había ido en nuestro hogar. Pero no fui capaz de tomar aquella decisión. De bruces sobre la tumba de mi pequeña, con la boca seca y la cabeza dándome vueltas, pensé en que no fui más que un cobarde. Si hubiera tomado aquella decisión, tal vez Kore y ella estarían aún conmigo. El cansancio fruto de no haber comido en varios días se adueñó de mi cuerpo, y poco a poco mi mente se fue apagando. Podía sentir algo de paz, una paz que no había experimentado desde hacía mucho tiempo. Si esa era la sensación previa al paso a la otra vida, sentí alivio al pensar que mis seres más queridos se habrían marchado sin dolor.

II

—Lisandro…
Abrí los ojos lentamente. La luz me molestaba, así que los cubrí con ambas manos para poder ver algo. Un recuerdo vago se apoderó de mi ser y la esperanza de verlas me reconfortó. La voz cálida que había pronunciado mi nombre era femenina, así que el rostro de Kore fue lo primero que me vino a la cabeza mientras mi vista se adaptaba al entorno. Tal vez los que fallecían eran conducidos a un mundo de luz y calor al que debían adaptarse, antes de nada.
—Lisandro…, ¿estás bien? —insistió la cálida voz.
Asentí casi sin darme cuenta. Poco a poco recuperé la visión, y la figura que al principio estaba difuminada, comenzó a tomar forma. Para mi decepción, no era mi esposa. Tampoco era mi hija. Era una mujer a la que reconocí casi de inmediato. Era Safo, la esposa del hermano de Kore. ¿Qué hacía allí? ¿Acaso también había muerto y me estaba recibiendo? ¿Era la que iba a guiarme hasta ellas?
—¿Dónde estoy? —pregunté.
—A salvo, Lisandro…, no te preocupes.
—Kore…, Casandra… —acerté a decir esbozando una leve sonrisa.
Pero la mirada de Safo fue suficiente para comprenderlo todo. No estaba en el reino de los muertos. Miré alrededor, tratando de encontrar algo que me resultara familiar. Pero lo único que veía eran cuatro paredes. Nada más. Una estancia vacía, y un lecho de paja sobre el que yo estaba sentado.
—Zósimo te trajo hace una semana y media. Te encontró cerca de tu granja, sobre una pequeña tumba que imaginó que tú mismo cavaste para Casandra —explicó la mujer con lágrimas en los ojos.
No pude decir nada. La sensación de dolor se apoderó de todo mi ser. Volví a llorar al darme cuenta de que los dioses seguían riéndose de mí. Su crueldad no tenía límites. No habían permitido que me reuniera con ellas. Hasta ese punto estaban jugando conmigo. El dolor que creía que se habría extinguido, reapareció con más fuerza si cabe que la última vez. Me llevé las manos al rostro, tratando de ocultarme ante la mirada de mi cuñada, que no dudó ni un instante en abrazarme.
—Lo siento mucho, Lisandro…
Era evidente que no sabía qué decirme en aquel momento. Yo tampoco necesitaba que nadie se apiadara de mí y de mi situación. No era el primero que pasaba por una situación tan dura como aquella, ni

tampoco iba a ser el último. No buscaba el consuelo en las palabras de nadie, porque yo tampoco lo había podido proporcionar en su momento a los que pasaron antes que yo por lo mismo.
—Cuando mi esposo te trajo, estabas muy mal. Tenías mucha fiebre y estabas muy débil. Has tardado mucho en despertar, y pensábamos que ya no lo harías.
—Habría sido lo mejor —respondí con toda la sinceridad que emanaba de mi alma.
—Zósimo y muchos más lograron entrar en Micenas tras combatir con los soldados del *wannax* —comenzó a relatar como si quisiera abstraerme de mi dolor con aquella explicación.
No respondí. Mi silencio se convirtió en una invitación para que Safo continuara hablando, o al menos eso fue lo que ella interpretó…
—Al final lograron llegar hasta el palacio, y lo que encontraron allí los dejó petrificados. Los mismos soldados no habían dudado en acabar con la vida de su señor, de su esposa, y sus tres hijos. Algunos de los aristócratas también corrieron una suerte similar, junto a varios de los sacerdotes del templo. Lo que me describió mi esposo fue terrible, Lisandro.
Fue ella la que lloró entonces. Pero todo lo que me explicó, no me afectó lo más mínimo. Ya no me importaba el dolor de los demás. Tenía suficiente con el mío.
—La situación es crítica. Todos están luchando por el poco grano que queda. Los almacenes del templo y del palacio estaban casi vacíos. No hay nada, Lisandro. Los dioses nos han castigado con severidad —prosiguió entre sollozos—. Como si no hubiesen tenido suficiente con los movimientos de tierra que asolaron la región hace unos meses. Parece que deseen acabar con todo.
—Quizá eso sea lo mejor, Safo —respondí con rotundidad.
—Esas palabras que pronuncias son fruto de tu dolor, Lisandro. No las piensas en realidad.
—Claro que las pienso —añadí—. Si los dioses nos crearon en su día, también pueden decidir cuándo ha llegado nuestro final. ¿Acaso merecemos que sean benevolentes con nosotros después de lo que nuestros padres y abuelos hicieron en Troya?
—Pero, mi esposo, y su padre, siempre contaron que aquella guerra fue justa —repuso la mujer.
—¿Justa para quién? ¿Para los troyanos? ¿Para nosotros? ¿Para los dioses?
Safo guardó silencio y agachó la cabeza.
—Tenemos lo mismo que les dieron nuestros ancestros a los troyanos. Nosotros los destruimos, borrándolos de la faz de la tierra, y ahora los dioses hacen lo propio con nuestra ciudad. Al fin y al cabo, ¿no fue Agamenón el responsable de iniciar y concluir esa guerra? Es normal

que sea Micenas la que pague el precio de la venganza de las almas de los que fueron masacrados.
—Agamenón ya recibió su castigo al volver de la guerra.
—Tal vez él lo recibió, pero no su pueblo…, aquellos que le acompañaron y cometieron actos impíos a los ojos de los dioses.
—Pero Zósimo dice…
—¡Zósimo puede decir lo que le venga en gana! —exclamé incorporándome—. ¡Pero de ahí a que esté en lo cierto va un largo trecho, mujer! ¡Si no abre los malditos ojos y mira todo lo que ocurre a tu alrededor! ¡¿Acaso crees que todas estas desgracias son fruto de la casualidad?!
La ira se había apoderado de mí. El dolor y la angustia se apartaron y dieron paso al siguiente estadio. Debo reconocer que las palabras de Safo fueron el detonante de mi explosión. La sujeté con fuerza por el antebrazo y me levanté del lecho, obligándola a salir de la estancia, buscando la calle.
—¡Me estás haciendo daño, Lisandro! —gemía ella entre sollozos.
Hice caso omiso a sus súplicas. Ni siquiera me detuve. La arrastré como si fuera una cabra o una oveja.
—¡Suéltame, por favor!
Pero yo ya no la escuchaba. Hacía rato que mi mente estaba en otra parte. Las palabras de Safo no habían servido para consolarme, sino todo lo contrario. Las emociones que se habían adueñado de mi fuero interno necesitaban emerger del cuerpo. Mi cabeza buscaba una liberación, y para obtenerla había arremetido contra lo único que tenía a mi alcance.
—¡Por todos los dioses, Lisandro!
Abrí la puerta de madera y la luz del sol me cegó. Coloqué la mano que tenía disponible sobre mis ojos para protegerlos, y entonces solté a mi cuñada. Poco a poco comencé a recuperar la cordura que había ido perdiendo de una manera incontrolable. Me di cuenta de que Safo estaba de rodillas en el suelo, mirándome cual si fuera un cordero que sabe que va a ser degollado. Me apiadé de ella por un instante, y la culpa resurgió. Alargué la mano y la puse sobre la cabellera de la mujer:
—Ruego que me disculpes…, lamento haber sido tan brusco contigo. El dolor es tan fuerte dentro de mí…
Ella no dijo nada, pero pude ver en su mirada el miedo. Era consciente de que mis palabras no bastarían para que ella me perdonara. Yo no era su esposo para tratarla de aquella manera. De hecho, era el marido de la hermana de este, y en las últimas semanas, ni siquiera me había preocupado de ellos. Cuando Zósimo me informó de sus planes, yo le ignoré. A él y a ella. No me importaba lo que les ocurriera. Tan solo tenía en mi cabeza a Kore y Casandra, todo lo demás me importaba

muy poco. Ella me había estado cuidando todos esos días, y había estado a mi lado cuando me desperté. Y yo, bruto y salvaje, como si fuera un animal, la traté con desprecio y con ira, haciéndole pagar todo el dolor que me iba consumiendo por dentro.
—Lisandro… —pronunció mi nombre.
Observé cómo se ponía en pie y acercaba su mano a mi mejilla. Me dejé hacer. Pude comprender que ella entendía mi dolor. Una tímida sonrisa se dibujó en su sucio rostro.
—Perdóname —dije agachando mi cabeza en señal de vergüenza y dejando que las lágrimas brotaran de nuevo de mis ojos.
—No hay nada que perdonar.
—No mereces nada que no sea gratitud —añadí sujetando su mano con la mía, pero esta vez con tacto y cariño.
—Todos hemos perdido algo en estos aciagos tiempos, pero en nuestra mano está sobreponernos a las adversidades —expuso con suma calma y una sabiduría que yo desconocía que poseyera—. Las afrentas de nuestros padres y abuelos, llegará un día que también serán olvidadas. Debemos honrar la memoria de los que ya no están, y luchar por la supervivencia. Un hombre sabio dijo una vez, que cuando las cosas vienen mal dadas, como ocurre ahora, debemos verlo como una oportunidad y no como una catástrofe.
Aquellas palabras no las esperaba. Me dejaron totalmente estupefacto. Desconocía aquella faceta de mi cuñada. No la tenía por una mujer con la virtud de la palabra y de la reflexión, pero estaba claro que me equivocaba. No la conocía.
—Aunque en estos momentos todo parezca oscuro, tarde o temprano el cielo se abrirá, y la esperanza volverá a llenar nuestros corazones —añadió Safo con una cálida sonrisa.
—Perdóname, pero en estos momentos soy incapaz de creer que eso vaya a ocurrir —dije cabizbajo—, pero tengo que reconocer que hay algo en tus palabras que me transmite una calma que hacía tiempo que no sentía.
Safo me dio un abrazo, y yo me dejé llevar sin más. Las últimas semanas todo había sido tristeza y dolor, y aquella era la primera vez en la que me sentía querido por alguien. La muerte, la desesperación, el hambre, la penuria, la desesperanza, que se habían convertido en mis compañeras de viaje, parecían alejarse un poco y darme un respiro mientras estaba en los brazos de aquella mujer que se había convertido en lo más cuerdo que mis ojos habían visto en mucho tiempo.

III

En algún punto de la costa nororiental del Peloponeso, unas semanas más tarde

Noticias devastadoras habían llegado de todos los puntos de Grecia. No solo Micenas había sucumbido a los horrores de la sequía, los incendios, los asaltos y la casi total destrucción. Muchos de los centros más importantes del Peloponeso, como Argos, Tirinto, Esparta o Pilos, habían corrido una suerte similar. Y al otro lado del estrecho, otras prósperas ciudades, como Tebas, Yolco, o Atenas, habían afrontado situaciones similares. Los terremotos acontecidos poco tiempo atrás, acompañados de la larga sequía que había azotado toda la región, habían desestabilizado todo el sistema económico y de producción de los grandes palacios. Eso había llevado a que los intercambios comerciales se hubieran detenido, ya que no existía excedente agrícola con el que intercambiar producto. Los artesanos tampoco estaban produciendo manufacturas, ya que lo más importante era buscar alimento para ellos y sus familias. Así que, todos esos factores adversos habían conducido a una hambruna generalizada, y cuando la gente no tiene qué comer, lo más lógico es que busque ese alimento en los lugares en los que suele almacenarse. Esos lugares eran los palacios y los templos, que estaban ubicados dentro de las murallas de esas ciudades. Pero esa producción estaba custodiada como si se tratara del mayor de los tesoros. Los diferentes *wannax* y los nobles que los servían eran conscientes de la importancia de mantener el grano bien protegido. Pero ilusos de ellos, no fueron conscientes en ningún momento de que no se podía detener a la masa de población hambrienta, y menos cuando eran estos los que se encargaban de trabajar de sol a sol las tierras. Así fue como las murallas de las ciudades no frenaron el avance de esos hombres y mujeres que tan solo querían obtener la parte que les correspondía. Ese fue el problema de los ricos, que no supieron comprender la gravedad de los hechos, ni tampoco ponerse en el lugar de los más pobres. Sin gente que trabajara para ellos, no eran nadie. Poco a poco, uno tras otro, los centros urbanos, otrora poderosos y florecientes, fueron sucumbiendo al saqueo y a las llamas. Incluso los propios soldados al servicio de los poderosos no dudaron en pelear por obtener parte de esas cosechas. Ya no había lealtades. Nadie obedecía a una autoridad que había demostrado ser incapaz de hallar una solución que se adaptara a las

necesidades. Esa hambruna, que iba acompañada de la avaricia de unos pocos, fue lo que acabó por desmembrar toda una sociedad que había construido una estructura eficiente y de gran calado. La agricultura desapareció, la artesanía la siguió, el comercio se detuvo en seco, y el caos se apoderó de toda Grecia. Ya no existía un sentimiento de unidad entre las ciudades, tal y como ocurriera cuando los intereses comunes los llevaron a ir contra la ciudad de Troya. Ahora cada uno se miraba su ombligo, y los problemas del otro no importaban, porque cada cual tenía los suyos.

—¿En qué piensas, Lisandro?

Las palabras de mi cuñado me hicieron volver a la realidad.

—En todo, y en nada —respondí.

—Vaya, curiosa respuesta —sonrió Zósimo.

—Como los tiempos en los que vivimos.

Era un buen hombre, pero no le podía pedir que reflexionara de aquella manera. Era más de acción que de pensamiento. Lo había demostrado al encabezar el asalto a Micenas. Gracias a su ingenio, a su pericia, y a su conocimiento de la ciudad, había conseguido infiltrar a un numeroso grupo de hombres en el interior. Le atribuían el mérito de al menos haber logrado acceder hasta el palacio y el templo. Aunque lo cierto es que su incursión llegó un poco tarde, ya que cuando su tropa se plantó en el punto en el que se guardaba el grano, este ya había sido saqueado por los propios soldados de la guarnición. Obtuvieron muy poco, pero lo repartieron entre la ingente cantidad de población que no tenía nada que llevarse a la boca, así que al menos recibió el reconocimiento de parte de sus conciudadanos, que sirvió para que desde aquel momento vieran en él a un líder. Alguien al que poder seguir en momentos duros. Alguien que, pese a no proceder de una estirpe noble, comprendía cuáles eran las miserias y las necesidades de los que le habían elegido. Y eso, pese a que no le otorgaba riqueza alguna, le convertía en un referente.

—Estoy perdido, Lisandro.

—¿Y quién no?

—Esta gente confía en mí, pero yo no tengo la solución —me dijo con resignación mientras se calentaba las manos en la hoguera que yo mismo había encendido un rato antes.

Estábamos solos. Zósimo había reunido a más de cuatrocientas personas en torno a él. No lo había hecho de manera voluntaria, sino que ellos mismos, hombres, mujeres, niños y ancianos, se habían ido añadiendo a un pequeño grupo que había abandonado lo que quedaba de la ciudad de Micenas. «Aquí no hay nada para nosotros», había dicho justo antes de abandonar los muros de la fortaleza. Y razón no le faltaba. Pero ¿hacia dónde debíamos dirigirnos?

—La esperanza hace tiempo que abandonó estas tierras, Zósimo. Y tú,

con tus acciones y con tus decisiones, les has devuelto a estas personas una brizna de esta —le dije tratando de apoyarle.
Él y su esposa lo habían hecho conmigo cuando más lo necesitaba. Me habían apoyado en el momento de dolor extremo. Aunque él no lloró jamás la pérdida de su hermana y de su sobrina, al menos en público, sabía que estaba sufriendo en silencio. Pero cada cual pasa la pena a su manera. La mía era más externa que la suya, aunque con el paso de los días, aprendí a ocultarla mejor. No tenía ganas de mostrarla a los demás, sobre todo porque yo no era el único en aquel variopinto grupo que había sufrido. Habría sido muy egoísta por mi parte creer que yo era el único que había perdido algo. Y poco a poco aprendí a tragarme mi amargura y contener mi angustia para tratar de digerirla en mi fuero interno.
—La única vía de escape que se me ha ocurrido es a través del mar.
—Tu experiencia como navegante imagino que servirá de algo —expresé tratando de ensalzar sus conocimientos acerca de las rutas comerciales que había usado en su antigua profesión.
—La lógica me dice que tal vez en otros puntos geográficos, las cosas estén mejor.
—¿Y dónde te dice tu instinto que debemos ir? —le pregunté.
—Creta no me parece un buen destino. Algo me dice que la situación allí será parecida —explicó Zósimo—, así que yo iría más lejos, hacia Chipre, por ejemplo.
Parecía una buena idea. Había reunido a varios de sus antiguos compañeros de profesión, entre los que había dos docenas de marineros que llevaban muchos años surcando el mar, así que debía dársele un voto de confianza.
—¿Y los barcos? —le pregunté de nuevo.
—Espero que estén donde creo que deben estar.
—Si nadie más ha pensado lo mismo que tú —le dije encogiéndome de hombros.
—Fueron muchos los que se quedaron en Micenas y alrededores, y muchos otros los que optaron por dirigirse al sur, en dirección a Pilos y Esparta, así que no creo que haya problema alguno.
Miré alrededor y conté varias decenas de hogueras, en torno a las cuales se reunían muchas almas.
—¿Habrá espacio para todos? —interrogué de nuevo.
Zósimo miró al firmamento.
—Espero que al menos los dioses sean benevolentes con nosotros. Suficiente nos han hecho sufrir ya.

IV

—¿Cómo lo ves?
—Está mejor que hace unos días.
—Me alegro…, el pobre ha tenido que pasar por una situación muy complicada.
—Lo sé, Safo, pero no es el único —dijo Zósimo señalando con la vista a los diferentes grupos de gente que los acompañaban en el camino hacia el puerto.
—Ya, pero ellos no son nuestra familia —repuso la mujer.
—Claro que lo son…, ahora toda esta gente son nuestra familia.
Ella agachó la mirada. Zósimo se detuvo y le sujetó la barbilla con suavidad para subírsela después. La miró a los ojos y sonrió justo antes de comenzar a hablar:
—No te avergüences por lo que acabas de decir, esposa. Últimamente todos decimos y hacemos cosas que en otras circunstancias jamás nos habríamos planteado decir o hacer. Somos esclavos de los tiempos aciagos en los que vivimos, así que no te preocupes. Ahora te necesito a mi lado más que nunca, no desesperes porque te juro por todos los dioses, que encontraré un lugar para ti, y para toda nuestra nueva familia —dijo Zósimo señalando a todos aquellos que habían decidido seguir sus pasos.
Ella sonrió y se abrazó a su cuello con efusividad. No le importaba tener poca comida, o tenerla que compartir con tantas bocas, ya que tenía una bendición junto a ella: su esposo.
—Y a él también le necesito —añadió el hombre señalando a Lisandro, que pasaba cerca de ellos.
—Volverá a ser el mismo que fue antes —respondió Safo.
—Ninguno de nosotros volverá a parecerse a quienes fuimos antaño, esposa mía, pero deberemos sobreponernos lo mejor posible a todo lo que hemos tenido que sufrir y, al menos, mostrar entereza ante las adversidades que aún están por venir. Porque las habrá, de eso estoy totalmente convencido, y el camino que se nos abre a continuación no va a ser nada sencillo de recorrer. Por ello, debemos estar unidos, porque a partir de ahora nuestra fuerza provendrá de ahí.
Safo se quedó sorprendida ante las palabras que había dicho su esposo. En los años que llevaban casados, jamás le había escuchado pronunciar un discurso tan largo y tan bien elaborado. En situaciones complicadas, existían personas que eran capaces de dar lo mejor de sí, exponiendo algunas habilidades que nadie creía que poseyeran. En el

caso de Zósimo, no había duda de que se había erigido en un líder y de que era capaz de pensar con claridad y valorar todo y a todos los que tenía a su alrededor. «Si los hombres que nos gobernaban hubieran sido la mitad de inteligentes y sagaces de lo que está siendo él, tal vez no nos hallaríamos ahora en esta difícil situación», se dijo para sí misma.

—Confiemos en que los dioses guíen tus pasos, esposo mío, y que sean más benevolentes con nosotros.

—Yo también deseo que así sea, Safo…

*****

Estuvimos caminando casi todo el día. La marcha era lenta, ya que llevábamos a unos cuantos ancianos y a varios niños que no podían seguir el ritmo de los demás. El hecho de no tener casi nada para comer también ralentizaba al grupo, y en más de una ocasión, Zósimo y Safo tenían que ordenar al enorme grupo que se detuviera para descansar y para esperar a los rezagados. No habíamos encontrado a casi nadie en el trayecto que habíamos recorrido. Era como si avanzáramos por el inframundo. Solo había devastación, abandono, saqueo, y de vez en cuando cadáveres o pequeñas tumbas que se levantaban cerca de los senderos o de las mismas construcciones. Cada vez que observaba alguna de esas sepulturas, no podía evitar notar una punzada de dolor en mi alma. Aunque sabía que Kore y Casandra no estaban allí, no podía olvidarme del lugar en el que las había dejado. Había abandonado lo único que me quedaba de ellas para emprender una andadura hacia lo desconocido, siguiendo los pasos de mi cuñado, que de repente se había erigido en un líder al que la masa, hambrienta y desesperanzada, había otorgado un carácter semidivino, cual si fuera un conductor de pueblos que supiera a dónde le llevaban sus pasos. Pero no… Eso no era así. Yo lo sabía porque había conversado con él. Simplemente se dejaba guiar por su instinto, pero eso no significaba que tuviera carisma o capacidad suficiente como para dirigir a tal cantidad de gente. Comprendí en aquel momento que cuando las personas pasan por una situación tan adversa como aquella, cuando lo pierden todo y ya no les queda nada, se aferran desesperadamente a cualquier rayo de esperanza. Y Zósimo se había convertido en eso para ellos.

—¿Cuánto falta para llegar?

Salí de mi estupor justo en el instante en el que una niña pequeña se detenía junto a mí y me formulaba aquella pregunta. Algo se removió en mi interior, y pese a que sabía que no era mi hija, no pude evitar ver a Casandra en ella. Una sensación mezclada entre la amargura y la alegría emergió entonces, y no fui capaz de contener las lágrimas. Brotaron de mis ojos, y descendieron por mis mejillas. Eran dos finos

regueros que no obedecían a mi control. Iban por libre, pero sentí algo de alivio.
—¿Qué le ocurre, señor? ¿Se encuentra bien? —insistió la pequeña, que sujetaba una figurita tallada en madera con su sucia mano.
—Queda poco ya… —acerté a decirle justo antes de entregarle un pedazo de pan duro que saqué de mi zurrón.
—Muchas gracias, señor. Que los dioses le bendigan —respondió ella sonriendo justo antes de desaparecer de mi vista colándose entre la multitud que continuaba andando lastimosamente.
Ya no me quedaba más comida. Le había entregado lo último que tenía a aquella niña, y no es que fuera un alimento de calidad, ya que llevaba días hecho y se había endurecido considerablemente. La emoción se adueñó de mí de nuevo, y opté por apartarme un poco del camino para evitar las miradas de los que iban pasando por mi lado. Al principio creía que toda esa gente me juzgaba por parecer débil, pero poco a poco y sin darme cuenta comencé a percibir que allí eso era lo que menos importaba. Cada cual soportaba su propia carga y lo que menos importaba era cómo actuaran los otros. La vergüenza no pude sacármela de encima, así que comencé a notar que me faltaba el aire. Me costaba respirar y me asusté. Tuve que sentarme en el suelo y tratar de coger tanto aire como fuera posible. Pero era incapaz de hacerlo. Los nervios aparecieron entonces y me comencé a marear. Sentí miedo…, miedo a morir. No había duda de que había llegado mi hora, así que pensé que lo mejor iba a ser dejarse llevar sin más. No oponer resistencia, ya que los dioses habían escuchado mis oraciones y me brindaban el paso hacia la otra vida. Pronto vería de nuevo a mi esposa y a mi hija. Cerré los ojos y me estiré boca arriba para esperar el momento. Pero este tampoco llegó en aquella ocasión. Poco a poco la respiración se fue acompasando y recobré la serenidad. Me incorporé mientras elevaba las manos hacia el cielo y no pude evitar soltar un grito con todas las fuerzas que aún me quedaban. Un grito de dolor y desesperación, de rabia y de ira por no haberme concedido el deseo que tanto anhelaba. Me dejé caer de rodillas sobre el suelo recubierto de una fina capa de verde hierba y comencé a arrancarla a puñados mientras no dejaba de llorar y de babear. Necesitaba que alguien me escuchara. Me había quedado solo en el mundo y me quería morir.

Fue en ese preciso instante cuando noté que una mano se apoyaba sobre mi hombro. Dejé de gritar y de arrancar la hierba, soltando el último puñado, y me giré de súbito para ver de quién se trataba. Era Safo. Me miraba inmóvil. Observé que su mirada era triste, pero eso era algo habitual entre todos los que componíamos aquella horda errante de famélicos y desnutridos. Sin mediar palabra alguna, se abrazó a mí. No pude hacer otra cosa que corresponderle de

la misma manera. Ella me apretó con fuerza aún, y yo hice lo propio con su delicado cuerpo. Lloré de desesperación, pero a la vez me sentí reconfortado entre sus brazos. Necesitaba que alguien me ofreciera un consuelo que yo solo era incapaz de hallar. Y mi sorpresa llegó cuando al cabo de poco, mi cuñada comenzó a gemir uniéndose en primera instancia a mis lamentaciones, y a continuación a mis lloros. Ambos estuvimos soltando todo ese lastre que nos empujaba irremediablemente al fondo del mar durante un buen rato. Era como si el mundo que nos rodeaba hubiera dejado de existir. Como si el tiempo se hubiera detenido para ofrecernos aquel espacio y aquel tiempo para tratar de sanar nuestras heridas. Cuando trato de pensar en lo que aconteció en aquel lapso temporal, no comprendo nada, pero sí que puedo afirmar categóricamente que nos ayudamos mutuamente. Nos sirvió para unirnos en la pena, pero a la vez para estrechar los lazos de sangre que nos unían a través de Zósimo y de Kore.

V

—¿Quiénes crees que son esos?

—No tengo ni idea, Lisandro —me respondió mi cuñado con una mueca de preocupación en su rostro.

—Al menos los barcos parecen estar intactos.

—Esa es una buena noticia —afirmó él.

—Cierto, y más teniendo en cuenta cómo nos han ido las cosas en los últimos tiempos.

Me miró y no pude dejar de percibir en su rostro la presencia de la intranquilidad. Había algo que no encajaba en todo aquello, así que traté de bajar la voz, para no alertar a los que nos acompañaban.

—¿Piratas?

Zósimo asintió.

—¿De dónde? —interrogué de nuevo tratando de contar a todos los hombres que merodeaban por la zona del puerto.

—No había visto jamás ese tipo de naves, Lisandro. Desde esta distancia soy incapaz de reconocerlos.

Aquellas noticias no eran buenas. Todos sabíamos a lo que se dedicaban esas gentes. Mi cuñado me había explicado que en los últimos tiempos habían intensificado sus correrías y ya no tenían tanto miedo a las naves de guerra como antes. El control de los mares y de las rutas comerciales ya no era tan intenso desde que los hititas se habían hecho con el dominio de la isla de Chipre. Al haberse cerrado aquella ruta comercial, muchos de los comerciantes habían tenido que dejar sus naves y buscarse otras ocupaciones, y eso había repercutido en la artesanía, que veía limitados sus mercados.

—Podrían ser *shardana* —intervino otro de los hombres de Zósimo acercándose hasta nuestra posición.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté intrigado.

—Durante diez años serví en la flota de Esparta, hasta que me vine con mi familia a Micenas —expuso el aludido—, y por desgracia tuve la oportunidad de cruzarme con esa chusma en varias ocasiones. Si os fijáis en los gorros que llevan algunos de ellos —dijo señalando a un par de hombres que estaban cerca de una de las naves atracadas en el puerto—, veréis que no son de por aquí. Pero yo los he visto antes, como os digo, y creedme, son gente de la que conviene alejarse.

Zósimo me miró y retrocedió un poco hasta llegar a donde estaba el grueso de los hombres armados de nuestro grupo. Éramos unos cuarenta en total. Algunos jóvenes que no llegarían a la veintena,

varios hombres de más de treinta, y el grueso que eran ya veteranos, pero aún capaces de esgrimir espadas de bronce y garrotes de madera. No era un ejército al uso, pero muchos de ellos le habían ayudado en el asalto a la ciudadela de Micenas semanas atrás. Estaban flacos y sucios, pero al menos servirían para combatir.

—He contado al menos veinticuatro hombres armados, más los que pueda haber en el interior de esa nave que parece ser suya. Somos más, pero ellos tienen la ventaja de que están acostumbrados a pelear. Nosotros, por desgracia, somos gente pacífica que no tenemos experiencia en el arte de la guerra —miró al hombre que le había dado la información—, exceptuando a alguno.

El aludido asintió dándose importancia.

—Tenemos dos opciones, o bien esperamos a que terminen lo que estén haciendo, y entonces bajamos hasta el puerto para ver el estado de los barcos. O bien intentamos asaltar su posición para ver si llevan alimento en las bodegas de su nave —continuó exponiendo el líder de aquel curioso grupo de asalto.

Me miró a mí, como si yo tuviera la respuesta a la duda que acababa de plantearnos. Me di cuenta de que necesitaba una pequeña ayuda. Hasta ahora lo había hecho bien, pero aquella situación era más complicada, así que quería que alguien de confianza le apoyara.

—Se me ocurre otra alternativa —intervine de manera decidida—, ¿y si intentamos negociar con ellos?

—Imposible —dijo el espartano de manera rotunda—. Ya os he dicho antes que esa gente es peligrosa. Además, ¿qué tenemos nosotros que les pueda interesar a ellos? ¿Acaso les vamos a dar alguna mercancía a cambio?

No le faltaba razón. Mi idea había sido una completa estupidez, pero al menos me consolaba el hecho de que no había salido de la boca de Zósimo. Aquello le habría dejado en muy mal lugar.

—Sí que tenemos algo… —interrumpió mi cuñado.

—Ah, ¿sí? Soy todo oídos —espetó el espartano mientras sonreía burlonamente.

Si no hubiera estado tan débil, y si ese hombre no hubiera sido militar, le habría propinado un puñetazo en la cara para borrarle aquella estúpida sonrisa. Por suerte para mí, me contuve y preferí escuchar a Zósimo.

—Tenemos gente…

Nadie dijo nada.

—Fuerza de trabajo —añadió—. Remeros para esos barcos —señaló de nuevo en dirección al puerto.

Le miré con sorpresa. Imagino que como el resto de los presentes. Fue otro hombre, un tal Amintas, que era carpintero, quien

habló en primera instancia:

—¿Pretendes que nos vendamos como esclavos a unos piratas?

—No estoy hablando de ofrecernos a cambio de nada —aclaró mi cuñado—. Pero sí que podríamos llegar a un acuerdo con ellos. Somos mayoría, y si les hacemos ver que además de aportar remeros, podemos darles experiencia en construcción de naves, conocimiento de rutas comerciales, y en algún momento dado, hombres armados que les puedan ayudar si tienen que llevar a cabo un asalto…, quizá tampoco lo vean con malos ojos.

—¿Convertirnos en piratas? —preguntó Hefestión, que era un agricultor de más de cuarenta años y que jamás había matado a nadie.

—¿Ves alguna otra opción de futuro, amigo Hefestión? —interrogó a su vez Zósimo.

El hombre se limitó a agachar la cabeza.

—Micenas ya no existe. Esparta, Pilos, Atenas, Tebas, y el resto de las ciudades, probablemente tampoco —comenzó a decir el líder a sus desanimados hombres—. Todo ha caído. No hay orden, tampoco control ni ley que juzgue las acciones y los comportamientos que tengan los hombres. Nadie os reclamará nada a partir de este momento, como tampoco nadie os dará nada para comer, ni para abrigaros, ni para cobijaros. Son tiempos difíciles, hermanos. Pero son los que nos han tocado vivir, y no hay más remedio que hacer lo que sea preciso para sobrevivir. Ya no sabemos lo que es justo y lo que no. Los dioses mismos nos han abandonado —añadió mientras miraba al cielo—, y estamos solos en esto. Si tenemos que convertirnos en piratas para sobrevivir y ver crecer a nuestros hijos, lo haremos. ¿Estáis conmigo?

VI

No fue fácil convencer a todos del plan. Explicado así de aquella manera parecía una completa locura. Muchos protestaron, alegando que lo más probable fuera que nos esclavizaran y que nos vendieran en algún mercado de alguna remota ciudad. No éramos nada y estábamos en unas condiciones deplorables, así que no entendían el motivo por el cuál aquellos piratas nos aceptarían. Pero otros, los menos, quizá desesperados por el cúmulo de situaciones adversas que llevaban a sus espaldas, optaron por apoyar la propuesta. Dijeron que al menos como esclavos les darían algo de comer, aunque fuera lo mínimo para poder desarrollar el trabajo que les impusieran. La discordia se adueñó del improvisado campamento en el que nos habíamos detenido la noche anterior. Y el debate dio inicio. Cada cual defendió su postura, y en más de una ocasión se faltó al respeto al que no opinaba de la misma manera. Yo preferí mantenerme al margen, ya que en el fondo mi parecer tampoco iba a decantar la balanza hacia un lado u otro. Me daba lo mismo ser esclavo que no serlo. El dolor por la pérdida de mis seres queridos iba a continuar estando dentro de mí, así que no lo veía ni con buenos ni con malos ojos, simplemente aceptaría la decisión de la mayoría.

—Debemos ponernos de acuerdo lo antes posible. Esos piratas no se quedarán eternamente en este puerto —dijo Zósimo, tratando de calmar los ánimos.

—Y si se van, ¿qué? —intervino una mujer envalentonada.

—Pues que perderemos una oportunidad —respondió otro del bando contrario.

—Cojamos nosotros los barcos —añadió otro.

—¿Cuántos de los aquí presentes tienen las habilidades para dirigir un navío? —preguntó un anciano—. Nosotros solos no podremos conseguir nada. ¿No has visto lo que somos? ¿Acaso no te das cuenta de que los dioses nos han abandonado hace ya tiempo? ¿Necesitas más pruebas? Ese hombre —dijo adelantándose al grupo y acercándose hasta Zósimo—, nos ha traído hasta aquí y nos propone una salida. ¿Arriesgada? Sí…, pero una salida, al fin y al cabo. No veo que ninguno de vosotros, que tanto os oponéis a su propuesta haya sugerido una alternativa. Si no fuera por su arrojo y por su fuerza de voluntad, estaríamos vagando por las calles de Micenas como despojos, esperando que llegara nuestro final.

—¿Y esto es mejor? —respondió el aludido.

—No lo sé, pero no pienso quedarme aquí plantado esperando a que un milagro nos salve. Iré con Zósimo hasta el fin del mundo, y aceptaré lo que tenga que venir con entereza…
El anciano se puso al lado de mi cuñado y le sujetó por el brazo para aferrarse a él y mostrarle su apoyo.
—Yo también iré con él —dijo un hombre joven que arrastraba a su esposa y a dos niños de corta edad.
—Y nosotros —dijeron tres hombres que emergieron desde las filas posteriores.
Poco a poco se fueron uniendo a su bando más hombres, mujeres, ancianos y niños. Me quedé asombrado al presenciar la reacción de toda aquella gente que confiaba plenamente en las palabras de mi cuñado. Me puse en pie, y caminé hacia él. Pero a escasos pasos me detuve. Me di la vuelta y traté de compensar lo que antes había dicho.
—Yo también le debo la vida a este hombre, que como muchos sabéis es el hermano de mi difunta esposa. Confío plenamente en su plan, y si por desgracia las cosas salieran mal, le agradeceré eternamente todo lo que ha hecho. Siempre estaré en deuda con él y jamás le reprocharé que se equivocara. ¿Y sabéis por qué?
Todos me observaban en silencio. Había captado su atención, y mis siguientes palabras serían decisivas.
—Porque lo ha hecho por el bien de los demás, y en ningún momento de manera interesada. Él cree que es nuestra mejor opción, porque no hay otra. Como ha dicho el anciano, es la única alternativa que tenemos en estos momentos, y no pienso quedarme con la duda de no haberle acompañado lo que me quede de vida. Así que, iré con él hasta las mismas puertas del inframundo si es menester. ¿Qué vais a hacer los que todavía estáis indecisos? ¿Quedaros aquí esperando? Pues os deseo toda la suerte del mundo que no hemos tenido hasta ahora.
Me di la vuelta y caminé hasta Zósimo. Él me dio un cálido abrazo y vi por primera vez en semanas, lágrimas en sus ojos.
—Gracias, Lisandro…
—Gracias a ti por todo lo que has hecho. Estos últimos días he sido una sombra de mí mismo, pero te prometo por la memoria de tu hermana y de tu sobrina, que estaré junto a ti, pase lo que pase.
—Estarían orgullosas de ti —me respondió enjuagándose las lágrimas con la palma de su sucia mano.
Me di la vuelta y al mirar hacia los que todavía aguardaban, me di cuenta de que todos comenzaron a moverse en dirección a nosotros. Quedaba claro cuál iba a ser el siguiente paso. ¿Cómo lo íbamos a dar? Todavía no lo sabía, aunque algo en mi interior me decía que una nueva oportunidad se abría paso en aquel mundo de miseria y desesperación. Solo el tiempo me daría la razón.

SEGUNDA PARTE: HALIYA

DESTRUCCIÓN

I

Ciudad de Ugarit, algún tiempo después

Hacía ya algunos días que se respiraba un ambiente tenso en las calles de la ciudad. Pese a que nadie se atrevía a hablar directamente sobre el asunto, era sabido que el rey Hammurabi, gobernante de Ugarit, estaba algo inquieto. Las noticias que habían llegado desde Alashiya no eran alentadoras. El rey de la isla aliada parecía estar en una situación delicada y requería ayuda inmediata ante el ataque de una flota compuesta por lo que él catalogaba de piratas. Pero nadie había dicho abiertamente qué era lo que había ocurrido allí. Era como si nadie se atreviera a afirmar lo que por otra parte ya era algo evidente. La gente temía que, al pronunciar aquel vocablo, los dioses nos los enviaran contra nosotros. Al menos yo, tuve la suerte de que mi hermano, Halunapi, formara parte del círculo militar que rodeaba a nuestro monarca, y eso me permitió disponer de algo más de información respecto al resto de mis conciudadanos. No había duda de que, en determinadas ocasiones, los contactos venían muy bien, aunque algo en mi interior me decía que habría sido mejor no preguntar. Pero mi curiosidad era algo que podía más que yo, así que no pude resistir tal tentación.

Mi hermano tenía casi treinta años y llevaba más de una década sirviendo en el ejército de la ciudad. Había comenzado como infante, y poco tiempo después, gracias a su talento y a su virtud como arquero, había sido ascendido a la unidad de carros de guerra, como tripulante. Aquello era todo un privilegio, ya que no era fácil acceder a ese cuerpo de élite que estaba compuesto por los mejores guerreros de toda Ugarit y del resto de territorios vasallos que conformaban el reino. Pero Halunapi poseía la misma virtud que yo, la tenacidad, que, acompañada de la buena puntería, le habían permitido ingresar en uno de los más prestigiosos destacamentos. Pero sus virtudes iban más allá de la guerra, y sus superiores lo supieron detectar tempranamente, así que no tardó demasiado en ganarse un puesto como oficial, y con el paso de los años, cuando tuvo mayor experiencia, fue trasladado a la guardia personal del rey, desde donde tuvo acceso a Hammurabi y a su círculo más cercano. Entró a formar parte del Estado Mayor, en el que se tomaban las decisiones más importantes que concernían a Ugarit y gracias a su posición privilegiada, pudo advertirnos a madre y a mí sobre lo que estaba

ocurriendo. Aunque trató de no preocuparnos, pude ver en sus ojos que lo que nos explicaba era más grave de lo que sus palabras mostraban. Por eso, cuando madre se marchó a descansar, quise conversar con él antes de que regresara a palacio:

—Por favor, hermano, sé sincero conmigo y explícame cuán grave es la situación.

Él me miró y no pudo evitar agachar la cabeza. Esa era la señal que demostraba que era peor de lo que nos había relatado.

—¿Qué está ocurriendo en Chipre? —insistí.

—No lo sabemos con certeza, Haliya.

—Pero…, tendréis informadores allí, ¿no?

—Los tenemos, pero no ha llegado nada por su parte. Son mercaderes que trabajan para nosotros, pero desde que llegó la misiva del rey de Chipre, el silencio se ha adueñado de las comunicaciones…, y eso es lo que más me preocupa. Ninguno de los navíos ha llegado a nuestras costas, lo que hace que la situación sea todavía más inquietante —explicó.

—¿Y no habéis pensado en enviar a nadie más allí para comprobarlo en persona? —sugerí con un tono de reproche que no pude contener.

—Por supuesto que lo hemos pensado, pero no disponemos de barcos en este momento. La flota al completo fue requerida por el rey de Hatti…, pero estoy hablando más de la cuenta, hermana.

Arrugué la frente, dándome cuenta de que la situación era mucho más compleja de lo que yo creía. Desconocía aquel extremo y me arrepentí del reproche que le había hecho a Halunapi, aunque me había servido para extraer un dato que no sabía.

—Entonces ¿nosotros debemos inquietarnos? ¿Ugarit está a salvo de esa amenaza desconocida?

—Yo diría que sí…, o al menos eso creo.

Aquellas dudas me dejaron más alarmada, y no pude contener mi lengua.

—No estás siendo del todo sincero conmigo. Creo que tengo, es más, todos tenemos derecho a saber lo que ocurre.

—Lo tenéis, pero el rey no desea que la gente entre en pánico, y menos ahora que no tenemos cerca la flota y al grueso del ejército.

Vaya, otro dato nuevo que entraba en liza.

—¿Tampoco está el ejército? ¿Estamos indefensos, entonces? —pregunté un poco más angustiada, si es que se podía estar más.

—¿Ves? Por eso no he querido contároslo todo.

—Hermano, por favor…

—Está bien…, indefensos no, aún tenemos algunos carros y una parte importante de infantes y arqueros, pero…

Se calló entonces.

—Pero ¿qué? ¡Por todos los dioses, Halunapi!

Mi hermano hizo un sonido chasqueando la lengua. Siempre que estaba preocupado lo hacía. Era un gesto innato que le acompañaba desde que era tan solo un niño.
—Lo más probable es que a estas alturas, Chipre ya no exista, y que esos asaltantes, sean quiénes sean, estén de camino hacia aquí…
Sentí una punzada en el pecho. Noté que el aire me faltaba, así que tuve que sentarme en el suelo para tratar de recuperar el aliento. Mi hermano se agachó a mi lado, y me sostuvo la mano con fuerza.
—¿Estás bien, Haliya?
—Necesito tan solo un momento —respondí con lágrimas en los ojos.
Él asintió sin decir nada. Respiré profundamente hasta recuperar el aliento, y sujeté con la otra mano la de mi hermano. Lo hice con mucha fuerza y el hizo una mueca de dolor.
—Debemos marcharnos, ¿no? —le pregunté.
Asintió con un leve movimiento de cabeza, que para mí fue suficiente.
—Debéis ser muy discretas. Si os ven, todos se preguntarán qué ocurre, y cundirá el pánico.
—Madre no querrá marcharse de la ciudad… —dije apenada—, e imagino que tú tampoco lo vas a hacer.
—Mi deber está aquí, para con mi rey. Además, ya hemos enviado emisarios para que nuestro ejército y nuestra flota regresen cuanto antes.
—Has dicho que estaban ayudando a los hititas, pero no me has aclarado cuán lejos se hallan. ¿Dónde están, si puede saberse?
—En el país de Hatti, ayudando a nuestro señor, que también está teniendo problemas en sus fronteras —explicó Halunapi.
—Eso ya me los has contado, hermano—hice una pausa y le acaricié la mejilla con suavidad—. ¿Se trata de los mismos que han atacado Chipre?
—No lo sé con certeza, Haliya, pero podría ser que así fuera. Ya sabes que estamos obligados a acudir en su auxilio si nos lo pide. Es el deber del vasallo para con su señor.
Hablaba como un soldado, y no como un simple ciudadano. Cualquiera en su misma situación, pero sin tener nada que ver con el estamento militar, no habría dudado un solo instante en marcharse de la ciudad. La amenaza era más real de lo que nos había dicho durante la cena, pero entendía perfectamente su posición. Sabía que no podría hacerle cambiar de opinión, y pensé que, si él y mi madre no estaban dispuestos a huir de Ugarit, yo también debía quedarme. Fue entonces cuando pensé en lo injusto de la situación. Odiaba a los hititas. Opresores. Teníamos que servirlos a costa de nuestra propia seguridad. Me dio mucha rabia, y aunque sabía que mi hermano era rígido y disciplinado en esos asuntos, no pude evitar expresar mi opinión.

—Lo primero es Hatti entonces. ¿Y qué pasa con la ciudad? ¿Tenemos que perecer para que ellos no lo hagan? No sé si el rey Hammurabi ha pensado en la seguridad de sus súbditos.
—Por supuesto que lo ha pensado, Haliya, y rogaría que no hablaras de él en esos términos. Todas las decisiones que ha tenido que tomar en estas últimas semanas no han sido fáciles, y créeme cuando te digo que en más de una ocasión hemos sido sus oficiales los que le hemos tenido que convencer. Pero esto, como todo lo que te he explicado, no debe salir de aquí —me dijo con más rotundidad—. Al menos por ahora.
—No te preocupes, Halunapi. Guardaré tu secreto y el de tu rey…
Aquellas últimas palabras fueron un nuevo desafío que le lancé. De haber sido otra persona, me habría golpeado merecidamente. Pero era mi hermano, y me amaba pese a que mi carácter fuera así.
—Ahora me tengo que ir. No digas nada a nadie, y ten preparado algo de comida y ropa por si fuera necesario emprender un viaje.
—¿Un viaje a dónde? —le pregunté sorprendida.
—Hacia el norte, en dirección al país de Hatti. Si algo saliera mal aquí, no dudes en partir de inmediato con madre…, o sin ella. Pero por favor, al menos ponte tú a salvo…
Dicho esto, abrió la puerta y se marchó dejándome con la palabra en la boca y con un desconcierto que no pude comprender.

II

Ciudad de Ugarit, dos días más tarde

Fue de súbito. Apenas me había dado tiempo a digerir la información que me había dado mi hermano y a preparar cuatro enseres. La alarma de la ciudad sonó, y el pánico se apoderó de las calles. Cogí a madre de la mano y le dije que debíamos marcharnos lo antes posible. Pero ella no entendió lo que le estaba explicando, o simplemente no quiso obedecer mis indicaciones.

—¿Qué sucede, hija? ¿Qué es ese alboroto de ahí afuera?

—¡Ya vienen madre! ¡Tenemos que marcharnos cuanto antes! —acerté a decir.

—¿Quién viene? ¿Marcharnos a dónde?

—¡Están atacando la ciudad…, los mismos que atacaron a nuestros aliados en Chipre! —dije de nuevo más nerviosa ante la pasividad de ella.

No entendí que ella estaba totalmente desorientada. Era mayor, y estaba un poco sorda, así que era normal que no entendiera mi reacción. Además, yo tampoco le había explicado nada de lo que Halunapi me contó aquella noche, ya que confiaba en que ese momento no llegará. Pero cuán equivocada estaba. La amenaza era más real y estaba más cerca de lo que jamás imaginé. Desconocía si mi hermano y sus compañeros estaban como yo, aunque sí que era consciente de que ni la flota, ni el ejército que se había enviado a socorrer al rey hitita habían regresado aún, y eso dejaba a la ciudad en una situación complicada.

—Pero hija, ¿por qué debemos irnos? Halunapi no nos ha dicho nada.

—¡A ti no, pero a mí sí que me lo dijo, madre! ¡Me advirtió acerca de esto, y me dio directrices para marcharnos si nos atacaban! ¡Así que, por todos los dioses, hazme caso de una maldita vez y recoge lo que necesites! —le grité desesperada sabiendo que no disponíamos de demasiado tiempo.

—No me pienso ir de mi casa… —respondió ella sentándose en un taburete.

Me quedé petrificada ante aquella reacción tan infantil, aunque debí preverla, conociéndola.

—¡Madre, no seas tozuda! ¡Este no es momento para comportarse como una cría! ¡Los que están asaltando la ciudad no van a tener miramientos con nadie, así que levántate de inmediato!

Pero no me obedeció. Se quedó quieta donde estaba, mientras el sonido de las campanas que daban la señal de alerta continuaba escuchándose. Los gritos de la gente en el exterior también iban en aumento. La aferré con fuerza por la muñeca y estiré de ella obligándola a levantarse. Era una anciana, pero opuso resistencia.
—¡Déjame, desagradecida! ¡¿Es así como tratas a la mujer que te amamantó y que te crio?! —vociferó con rabia.
Aquellas palabras de reproche y aquella actitud de resistencia denotaban que era una mujer de carácter fuerte. No había duda de que de ella había heredado yo el mío.
—¡Está bien! ¡Pero que sepas que, si tú te quedas, yo también lo haré! —le recriminé.
Ella me miró fijamente y sonrió.
—Esperaremos a que regrese Halunapi. Seguro que la situación no es tan grave como crees, hija. Confía en los dioses, ellos nos han protegido durante siglos, así que no van a permitir que nadie nos haga ningún daño.
Se estaba creyendo todo lo que decía. El problema era que yo no lo tenía tan claro como ella, y aunque me quedé allí en contra de mis deseos, pronto mi madre se daría cuenta de que había cometido un grave error. Un error que a ella apenas le afectaría, pero que para mí sería un infierno.

*****

—¡A las murallas, soldados!
Halunapi gritaba órdenes a diestra y siniestra, mientras trataba de poner algo de sensatez en un momento en el que el caos estaba comenzando a apoderarse de Ugarit. Repasaba mentalmente los acontecimientos. La flota invasora se había avistado hacía muy poco, y estaba compuesta por siete naves. El vigía que la había detectado había informado rápidamente a su oficial de guardia, y este había acudido de inmediato a Halunapi, para que lo pusiera en conocimiento del general Keret, el más veterano de los oficiales que permanecían en la ciudad. Ambos se habían dividido las tareas, y a él le había tocado encargarse de la defensa de las murallas. Una defensa que sería mucho más complicada de lo que creía, ya que la guarnición era de apenas sesenta hombres. Esos eran los que habían quedado tras la partida hacía ya un par de semanas del grueso del ejército. Hatti había reclamado toda la ayuda que se le pudiera enviar ya que estaba siendo atacada en su frontera occidental por gentes que habían arribado por mar. Era muy posible que fueran los mismos que ahora estaban acercándose a ellos. Había enviado a su segundo, Nikkal, hasta el cuartel general, donde tenía órdenes de repartir armas entre los hombres en edad de combatir que quedaban en la ciudad. Era una milicia ciudadana, pero al menos era algo. No tenían formación

militar, pero podrían defender los muros usando los arcos. Eso apoyaría a los pocos soldados que quedaban, que podrían centrar sus esfuerzos en acometer contra los asaltantes. O eso era lo que él pensaba que se podría hacer.
—¡Están desembarcando! —gritó un hombre que estaba en la almena más alta de la muralla.
Halunapi salió de su estupor y dio una orden a cuatro de sus hombres de confianza para que le acompañaran hasta la posición de vigilancia. Era media mañana, por lo que el sol todavía no estaba en su cenit, pero comenzaba a hacer algo de calor.
—Son solo siete naves, señor —dijo Aqhat en primera instancia.
—Es demasiado pronto para saber cuánta gente va en esas siete naves, Aqhat —respondió el capitán de la guardia—, además, nosotros no es que seamos demasiados.
—Pero, señor, si reunimos a la milicia ciudadana, al menos duplicaremos los efectivos. Serán suficientes para repeler el ataque, o resistir el tiempo suficiente para que lleguen los nuestros.
Halunapi ya no escuchaba las palabras de su subordinado. Su pensamiento se había trasladado hacia su madre y su hermana. Se maldijo a sí mismo por no haberlas sacado de la ciudad cuando tuvo la oportunidad. Ahora ya era demasiado tarde. ¿O no? ¿Y si iba a buscarlas y las evacuaba por la puerta oriental? Aún estaba a tiempo. Aquellos invasores estaban enfrascados en el desembarco y tardarían algún tiempo en prepararse para asaltar los muros de la ciudad. Lo harían por aquel mismo punto en el que él estaba, y eso permitiría sacarlas. Hizo el ademán de moverse, pero en el último instante pensó que no podía permitirse el lujo de traicionar a su rey, y tampoco a aquellos hombres que estaban preparados para defender a sus compatriotas. Si él se marchaba, ¿quién se encargaría de la tarea? Pensó en el general Keret. Ese hombre siempre le había apoyado. Era quien le había facilitado su ascenso. Si ahora se comportaba de manera egoísta, le decepcionaría. Además, si organizaba una buena defensa, tal vez pudieran resistir lo suficiente como para que los carros y la infantería regresaran del norte. Sí…, eso era posible, y así no sería necesario sacar a su familia de la ciudad. La amenaza se podía repeler, y aquellos saqueadores, porque no eran más que eso, se quedarían con las ganas de entrar en Ugarit.
—¡Capitán! ¡Mire allí! —vociferó el vigía desde un poco más arriba.
Halunapi observó el punto que el soldado marcaba. No podía ser. En la playa se había reunido una cantidad ingente de personas. Pero ¿cómo era eso posible? ¿Qué capacidad de transporte tenían aquellos barcos? No entendía de dónde habían salido tantos enemigos.
—Son más de los que imaginábamos —dijo entonces Aqhat sorprendido.

—Debe haber más de trescientas almas allí reunidas —añadió otro de los soldados, Hadad.
—¡Por Anath! —exclamó otro de los guerreros mencionando a la diosa de la caza y la guerra.
Halunapi sintió un estremecimiento, pero trató de mantener la calma frente a sus soldados. No hubiera obrado con inteligencia si sus primeras expresiones hubieran sido de miedo o temor.
—Aún tardarán un poco en organizarse, con suerte lo que queda de día. Eso nos da algo de tiempo. Un tiempo esencial para poder preparar a la milicia y colocarla en sus puestos. Además, podríamos tratar de evacuar a parte de la población civil.
—Pero ¿dónde los enviaríamos, capitán? —preguntó Aqhat.
—Aún no lo sé, pero debemos adelantarnos. Mantenedme informado de todo lo que ocurra allí —dijo señalando a la costa—. Iré a informar al general Keret y al rey de mi plan.
Los hombres obedecieron sin rechistar. Halunapi pensó que la situación se había agravado y que, si acudía a sus superiores con aquella propuesta, la verían con buenos ojos.

III

—¡Rotundamente no!
—Pero, general…, tenemos tiempo suficiente para evacuar a la mayoría de los civiles y de esa manera evitaremos muertes innecesarias —replicó el capitán de la guardia.
—¡Por El, padre de todos los dioses, capitán Halunapi! ¡¿Es que no me escuchas cuando te hablo?! ¡He dicho que no! ¡¿Qué mensaje estaríamos mandando si huyéramos de la ciudad?!
—No estoy hablando de huir. La guarnición y la milicia se quedarían defendiendo las murallas sin tener que preocuparse por nada más, general…, así que no comprendo por qué los civiles deben quedarse intramuros en una situación tan complicada como la que se nos viene encima.
—¡Eres tú quien no comprende lo que está ocurriendo! ¡¿Y si nuestros enemigos se enteran de lo que pretendemos hacer?! —repuso el general Keret indignado—. ¡¿Qué crees que harán entonces?! ¡Pues como parece que no lo has tenido en cuenta te lo explicaré yo mismo, muchacho! —aquella última palabra le dolió bastante, porque se notaba el tono de desprecio del oficial hacía él, ya que intentaba que su edad superior y por ende su experiencia prevaleciera por encima para otorgarle la razón—. ¡En primer lugar pensarán que somos unos cobardes y que no tenemos suficiente fuerza o valor para defendernos de su ataque, lo que les envalentonará mucho más y su moral aumentará, rebasando la de nuestras escasas fuerzas! ¡Y después, se encargarán de perseguir a los que abandonen la ciudad y matarlos como bestias por la espalda, o en el peor de los casos, esclavizarlos y someterlos a una vida de penuria! ¡¿Es eso lo que deseas para tus conciudadanos?!
Halunapi agachó la cabeza. No comprendía el motivo por el cual el general se mostraba tan reticente a su plan. Ni siquiera se lo había planteado al rey. Tal vez este tuviera otra visión de los hechos, y siendo un monarca inteligente y querido por su pueblo, tal vez tratara de buscar una salida más conveniente a los intereses de sus súbditos. Decidió no cejar en su empeño, e insistió sabiendo que todo pasaba por convencer al oficial de mayor rango del ejército de la ciudad.
—No estoy de acuerdo, general.
—¡¿Te atreves a contradecirme?! ¡Después de todo lo que he hecho por ti, ¿me pagas con este desacato?! ¡Eres un maldito desagradecido! —Keret se dio la vuelta haciendo un gesto de desprecio con la mano y

dejando claro que la conversación había terminado.
Halunapi guardó silencio en primera instancia, pero sacó fuerza y orgullo y, lejos de conformarse con el resultado de aquel dialogo, prosiguió:
—¡Aguarde un momento, general Keret! No le contradigo, y comprendo todos los argumentos que me ha expuesto, aunque yo tan solo digo que los invasores no tienen por qué saber que hemos sacado a la gente de dentro.

Su interlocutor se detuvo un instante y se giró hacia él. Parecía que había vuelto a captar su atención, y eso le dio fuerzas para continuar con su propuesta.

—Si la operación se lleva a cabo por la noche, al amparo de la oscuridad, sin usar antorcha alguna, ellos ni se enterarán, y los nuestros podrán poner tierra de por medio.

Keret asintió, pero no dijo nada. Fue el capitán Halunapi quien hizo un añadido a su plan:

—Es evidente que nuestros enemigos se centraran en la muralla occidental, que es la que más cerca tienen y en la que está la puerta de acceso a la ciudad. Por lo que la puerta oriental será un punto de huida ideal. Sería por allí por donde deberíamos evacuar a la población.

—No sé…

—No disponemos de mucho tiempo para informar a la población, general. Y por lo que he podido observar desde las murallas, esa chusma se organiza muy rápido —le interpeló para hacerle ver la urgencia de la situación.

—Está bien… Tú ganas, capitán. Acompáñame a ver al rey Hammurabi para exponerle el plan. Es él quien debe decidir si lo llevamos a cabo o no.

*****

Era casi media tarde cuando Halunapi apareció en la puerta de casa. Estaba sucio, por el polvo que se había levantado justo después de mediodía. Sudaba a causa del calor que azotaba el exterior a aquellas horas. Entró rápido, y sin saludarnos se dirigió a mí, preguntándome:
—¿Tenéis todo preparado?
—Sí, pero madre se niega a abandonar su casa y la ciudad —le respondí.
Él negó con la cabeza y se acercó hasta ella. La cogió por ambas manos y le dijo con un tono de voz suave:
—El rey ha ordenado que evacuemos a todos los civiles por la puerta oriental. Haliya y tú debéis recoger todo lo imprescindible y dirigiros hacia allí. Cuando se haga oscuro, partiréis con los demás hacia el este para luego virar al norte y buscar refugio en alguna de las ciudades

del reino de Hatti.
—¿Y tú, hijo mío? ¿No vienes con nosotras? —interrogó madre poniéndose en pie y aferrando con más fuerza las manos de mi hermano.
—No puedo acompañaros de momento, madre… Debo quedarme defendiendo la ciudad.
—Pero ¿entonces por qué tenemos que marcharnos nosotras?
—Debéis poneros a salvo, por si acaso la guardia y la milicia no pudieran detener el asalto —expuso Halunapi mirándome a mí, como si estuviera pidiéndome algo de ayuda.
—Madre, debemos obedecerle sin más —dije tomando la iniciativa y colocándome a su lado—. El rey, apoyado en sus oficiales de confianza, que poseen mucha experiencia en estos temas, han acordado que abandonemos la ciudad. Si lo han decidido, sin duda es porque se trata de la mejor opción. Aquí no seríamos más que una molestia para ellos. Deben centrarse en repeler el ataque de esas gentes.
—Pero tu hermano podría acompañarnos. Hay más hombres que pueden ocuparse de las murallas —insistió ella.
—Es el capitán de la guardia del rey, madre. ¿Qué imagen daría a sus hombres si se marchara en estos momentos? Una de sus funciones es encargarse de la defensa —le dije tratando de hacerle entender cuál era la obligación de mi hermano.
—Tan pronto como la ciudad esté a salvo, mandaremos a alguien para que os comunique que podéis regresar —añadió él, mirándome y asintiendo con un gesto de cabeza casi imperceptible de agradecimiento.
—Muy bien, hijo —respondió madre—, pero no te expongas más de lo necesario, que para eso eres el capitán de la guardia real.
Halunapi abrazó a madre y sonrió:
—Cuenta con ello. Ahora, acompañadme, os llevaré hasta el punto de reunión.
Cogimos los pocos enseres que había podido reunir, entre los que había seleccionado unas pocas piezas de ropa, algo de alimento y un par de odres grandes con agua, y fuimos tras los pasos de mi hermano. Tan pronto como pusimos un pie en el exterior, nos dimos cuenta de que no éramos una excepción, sino que poco a poco iba saliendo más gente de las casas, sobre todo, mujeres, ancianos y niños. Los hombres jóvenes y adultos estarían en aquellos momentos ocupando sus puestos en las murallas junto a los soldados.
—¿Nos escoltará alguien, hermano? —pregunté un poco angustiada por todo lo que veía y por todo lo que me venía a la mente.
—He seleccionado a tres de mis hombres y a cinco milicianos. No puedo prescindir de nadie más.

—Entiendo —respondí siendo consciente de las dificultades a las que tendría que hacer frente Halunapi.
—Toma esto, y guárdalo a buen recaudo —me dijo entregándome una tablilla de cera cerrada—. No la abras hasta que no lleguéis a un lugar seguro.
—¿Qué es?
—Os ayudará a empezar de nuevo.
—Pero… —no pude evitar llorar porque entendí que no podríamos regresar jamás a nuestra ciudad.
Se detuvo un instante, me aferró las manos con fuerza y me acarició la mejilla. Sonrió tímidamente y me dio un cálido beso en la frente. Uno de esos que suenan a despedida. Me había apartado un poco de mi madre, que estaba conversando con una de las vecinas que estaba en la misma situación que nosotras.
—Ahora tienes que ser fuerte Haliya. Madre te necesita, y el camino que os espera va a ser largo y duro.
—¿Y qué hay de ti? ¿Nos vas a dejar solas en esto? —le reproché.
—Es mi deber.
—¿Morir por el rey? ¿Por los hititas? ¿O por qué? —le dije enojada.
—Tú no lo entiendes.
—Claro…, soy una mujer y no entiendo este tipo de cosas. No entiendo que tengas que sacrificarte por algo que mañana quizá ya no exista. No entiendo que tengas que priorizar la defensa de unas murallas, antes que la protección de tu familia…
—No es eso, Haliya —trató de decirme.
—Por supuesto que no lo es, hermano…
Le solté las manos y me fui con madre. Pude ver antes de darle la espalda cómo su rostro se ensombrecía. Estaba triste, y mis palabras le habían dolido. Más tarde me arrepentiría de haberle dicho aquello. Si hubiera sabido que esa iba a ser nuestra última conversación, habría tratado de ser más amable y de transmitirle un mensaje de amor, apoyo y ánimo de cara a la ardua tarea que le aguardaba. Pero no fui capaz de hacerlo, y lo único que salió de mi boca fue un ataque y un reproche que imagino que atormentarían a Halunapi hasta su último suspiro.

IV

A unos cinco kilómetros al este de Ugarit, aquella misma noche

Llevábamos toda la noche caminando. Los soldados que nos escoltaban habían sido claros en el mensaje que habían transmitido a la multitud antes de abandonar la ciudad: no debíamos detener la marcha bajo ningún concepto. Todos debían hacer un esfuerzo y no se esperaría a nadie que se quedara rezagado, por eso era importante que se cargara con lo imprescindible, y que todo aquello que fuera un lastre para la marcha, se dejara atrás. Tan pronto como las enormes puertas se abrieron y los exploradores regresaron tras hacer un rápido tanteo de las proximidades, la masa ingente de ciudadanos, comenzaron su periplo de huida. Nadie sabía quién era el enemigo que nos había obligado a abandonar nuestras casas, y tampoco se le preguntó por ese asunto a ninguno de los soldados. Sabíamos que algunos, sobre todo los más ancianos, habían decidido quedarse intramuros. Otros, los más testarudos, también habían preferido permanecer dentro de la ciudad. Por lo que pude contar, debíamos ser más de tres mil personas las que componíamos aquella horda errante. Aquello significaba que en la ciudad al menos se había quedado una cantidad similar de gente. Ugarit era una ciudad próspera y había logrado crear un pequeño reino que tenía una amplia zona de control, en la que se englobaban algunos otros núcleos urbanos de menor relevancia. Muchos de los ciudadanos de esas urbes se habían asentado en la capital, ya que era allí donde estaban los negocios. Era normal que ahora, el número de habitantes hubiera crecido significativamente.

—Hija, ¿podemos parar un momento? Estoy fatigada.

—No, madre. Debemos continuar o nos quedaremos atrás.

—Pero necesito un instante —dijo mientras se sentaba en el suelo.

—Está bien. Solo un instante —le respondí mientras sacaba el odre del agua y se lo ofrecía.

Bebió un poco y cuando terminó, me lo entregó para que bebiera yo. Negué con la cabeza, sabiendo que era importante racionarla, ya que no sabía el tiempo que duraría el viaje, así como tampoco dónde estaría ubicado el siguiente pozo para reabastecernos.

—¿Sabes a dónde vamos? —me preguntó mi madre.

—Exactamente no, madre. Los soldados que nos guían se encargan de eso y tienen instrucciones claras.

—¿Estará bien Halunapi?
—Claro, madre. Sabe cuidar de sí mismo —le dije tratando de mostrarme convincente en mi afirmación.
—Es un buen muchacho, ¿verdad?
—Por supuesto, madre. Hiciste un buen trabajo —añadí cogiéndole la mano.
—Lo hice tan bien como supe, hija. Desde que tu padre murió…
—No tienes que justificarte. Somos lo que somos, y estamos donde estamos gracias a ti y a tu esfuerzo.
Ella sonrió y, pese a la oscuridad que nos rodeaba, observé cómo los ojos se le humedecían por la emoción de mis palabras. Estuvimos un rato en silencio, mientras observábamos cómo la gente iba desfilando ante nuestra atenta mirada. Pasaban muchas personas por delante de nosotros. No podíamos, es más, no debíamos demorarnos, así que me puse en pie y le alargué la mano para ayudarla a incorporarse. Ella la asió con fuerza y, justo en el momento en el que estuvo frente a mí, me dijo:
—Tú eres diferente a él, Haliya. En ocasiones no comprendo cómo podéis ser hermanos.
—No entiendo, madre.
—Sí, hija. Tú eres un espíritu libre —me dijo con una amplia sonrisa en su rostro—. Un alma indomable que hace lo que cree que es mejor, sin importarle lo que los demás opinen.

No supe bien qué responder. No entendía si era un halago, o si era todo lo contrario.

—Esa parte rebelde que tienes en tu interior es la esencia que te hace ser especial, mi niña.
Fue entonces cuando me acarició la mejilla. Aquel gesto, muy parecido al que me había hecho Halunapi cuando intercambiamos nuestras últimas palabras, me hizo emocionarme. Mi progenitora no era dada a transmitirme su cariño, así que podía sentirme muy honrada al escuchar esas palabras. Conmigo era más distante y fría que con mi hermano. A él le trataba de otra manera. Siempre había dejado claro que el papel de las mujeres pasaba por cuidar de sus casas, de sus hijos, de sus esposos y poca cosa más. Pero no era solo ella la que opinaba así, sino que la mayoría de las personas, de ambos sexos, tenían la misma percepción. En los hijos varones se debían invertir los recursos y las energías, mientras que, para las desvalidas y sufridas féminas, lo único que había que hacer era encontrarles un esposo, y cuanto mejor posicionado socialmente estuviera, mucho mejor.
—Aunque creas que no valoro todo lo que has hecho, y todo lo que haces por mí…, y por tu hermano, debes saber que lo tengo muy en cuenta. Me siento afortunada por tenerte cerca, Haliya.

Aquel alarde de sinceridad no me lo esperaba. Tal vez fuera una consecuencia directa de lo que estábamos viviendo. O quizá mi madre sabía que era el momento de transmitirme lo que sentía. No lo sé. Pero debo reconocer que agradecí todo lo que expresó. Pude ver con suma claridad en su mirada que todo lo que acababa de decirme procedía de lo más hondo de su alma. Era como si se estuviera despidiendo de mí y necesitara hacerme saber todo aquello. En aquel momento de gozo, en el que sentí que la mujer que era mi referente valoraba todo mi esfuerzo, fue cuando todo cambió.

Como si de un presagio se tratara, comencé a escuchar gritos que provenían de detrás de nosotros. Me giré con brusquedad y traté de ver algo en aquel manto de oscuridad que nos rodeaba. Poco a poco, ante la inquietud que se adueñó de mi madre, y de las numerosas personas que teníamos cerca, detecté puntos en los que aparecieron antorchas. Eran decenas de ellas. Al cabo de un instante, fueron incrementando su número, y casi sin darnos cuenta, pudimos observar cómo estábamos prácticamente rodeados. Nos detuvimos de manera innata. No sabía cuántos éramos, y si el resto de las almas que nos precedían habían hecho lo propio, o habían continuado con la marcha. Pronto comenzamos a escuchar voces y gritos. El caos se adueñó del grupo en el que íbamos. No había ningún soldado o miliciano cerca, ya que estos iban encabezando la larga columna, así que desconocíamos como proceder.

—¡Son ellos! —gritó un hombre anciano que estaba unos pasos por detrás de nosotros.

—¡Vienen a matarnos! —vociferó una mujer que estaba más cerca mientras comenzaba a correr saliendo de la columna y avanzando a toda prisa arrastrando a una niña que no llegaría a los seis años.

El pánico se apoderó entonces de todos. La gente comenzó a gritar y a proferir oraciones en voz alta pidiendo y rogando a los dioses protección. Los más ágiles emprendieron la carrera, dirigiéndose en todas las direcciones, y siendo engullidos por la oscuridad. Aferré a mi madre con fuerza por la mano y le grité:

—¡Corramos, madre! ¡Debemos huir!

—¿A dónde, hija? ¡No sabemos qué es lo que ocurre!

—¡Da igual! —exclamé haciendo más fuerza y arrastrándola.

Nos pusimos en marcha, siguiendo a corta distancia a un pequeño grupo de personas que avanzaba en dirección a donde debían estar el resto que no se habían detenido. Lo hacíamos justo en la dirección opuesta a las mismas antorchas. Huíamos de ellas, tratando de distanciarnos de los que sin duda debían ser los mismos que aquella misma mañana habían desembarcado en las proximidades de la ciudad.

—¡Por allí! —gritó una mujer que iba con nosotros—. ¡Creo que los

últimos de los nuestros que vi continuaron en esa dirección!
Como yo no lo había podido ver, ya que no había estado atenta, seguí sus pasos llevando a mi madre de la mano. Justo delante, un hombre mayor, de unos setenta años, tropezó con algo y cayó de bruces al suelo. Me detuve en seco y, soltando a mi madre, me agaché para ayudarle. En ese preciso instante, escuché más voces y griterío por detrás, y no me dio tiempo a incorporarme, ya que varias personas que venían corriendo, nos arrollaron al anciano y a mí. Caímos todos al suelo. Noté cómo el peso de un cuerpo me aplastaba el costado. En aquel tumulto, la gente comenzó a gritar y a gemir de dolor. No acerté a ver lo que ocurría a mi alrededor. Tan solo noté cómo me faltaba el aire en los pulmones ya que algo más cayó sobre mí. Intenté quitármelo de encima, pero era imposible. El pensamiento inmediato me llevó hacia mi madre. Intenté sacar fuerzas de donde no las tenía y grité su nombre a pleno pulmón:
—¡Yatpan! ¡Yatpan!
Lo hice durante un rato más, mientras luchaba por quitarme de encima los cuerpos de quienes me aplastaban. Cuando me di cuenta de que no podía, poco a poco me rendí. Desistí de todo. Notaba cómo cada vez me costaba más respirar, y los gritos de terror de los que intuía que aún huían, se convirtieron en el telón de fondo. Cada vez los escuchaba más lejos, como si fuera yo la que me estuviera escapando pese a que estaba allí atrapada e inmóvil. La oscuridad del entorno se hizo más intensa, mientras lanzaba una plegaría a la diosa Athirat, esposa de El, en la que le rogaba por mi madre y por mi hermano.

V

La luz del sol me despertó. Traté de abrir los ojos, aunque la intensidad de la luz me impedía poder ver con claridad. Tuve que esperar un buen rato hasta que recuperé la visión total. Fue entonces cuando traté de moverme, pero me di cuenta de que no podía. Me asusté. No sabía qué era lo que me ocurría, hasta que me di cuenta de que tenía unas cadenas atadas a los tobillos y a las muñecas. Las estiré con fuerza, pero tan solo cedieron un poco. Seguí con la vista la longitud de las ataduras y me di cuenta de que estaban amarradas a una enorme estaca de madera que estaba anclada en el suelo. Hice fuerza para tratar de arrancarlas de su soporte, pero no se movió nada.
—Es inútil, niña —dijo una voz femenina a mis espaldas.
Rápidamente me di la vuelta y ante una mezcla que iba del asombro al terror absoluto, observé a una mujer que estaba a escasa distancia de mí, en la misma situación que yo.
—Llevas dormida casi toda la mañana. Creía que ya no te despertarías, a juzgar por esa fea herida que tienes en la cabeza —añadió.
No pude decir nada, tan solo moví ligeramente las manos para tratar de tocar la parte donde esa mujer decía que tenía la afección. La palpé con suavidad, pero me dolió a rabiar.
—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estamos encadenadas? —acerté a preguntar.
—Es evidente, ¿no? —respondió con una sarcástica sonrisa.
Claro que lo era. Pero yo no poseía tanta información como ella. Había estado inconsciente durante un largo período, o al menos eso parecía, así que necesitaba que alguien me explicara lo que había ocurrido.
—Estoy convencida de que quien tomó la decisión de que abandonáramos la ciudad de noche, es un completo imbécil.
Halunapi. Me vino a la mente el nombre de mi hermano. Sabía que él había tenido algo que ver en aquello que criticaba la mujer. Pensé en insultarla y recriminarle sus palabras. ¿Qué diantre iba a saber ella sobre esas cosas? Mi hermano había tratado de ponernos a todos a salvo, y aquella desagradecida criticaba sus actos.
—Seguro que nuestro amado rey Hammurabi ya está muy lejos de Ugarit, a salvo, mientras nosotros hemos servido de carnaza para esos indeseables —afirmó de nuevo antes de que yo pudiera defender el honor de mi hermano.

—¿Han tomado la ciudad entonces? —acerté a preguntar.
—Poco importa eso ya, niña.
—Pero mi hermano estaba defendiendo las murallas —repliqué.
—Espero que El se haya apiadado de su alma —respondió—. Esos salvajes que nos han capturado tienen aspecto de ser poco dados a la misericordia.
Señaló con la cabeza un montón de cuerpos sin vida que se apilaban a escasos treinta pasos de donde estábamos.
—Son…
—Por supuesto. ¿Crees que iban a capturarnos con vida a todos? —respondió ella sin darme tiempo a terminar la frase.
Un nudo se apoderó de mi estómago. Pensé de inmediato en mi madre. Recordé cómo al tratar de ayudar a aquel anciano, tuve que soltarle la mano. La perdí en el tumulto de gente que se originó a continuación. Grité su nombre hasta que me quedé sin fuerzas, pero no obtuve respuesta alguna. ¿Y si estaba en aquella amalgama de cuerpos inertes? No pude evitar soltar unas lágrimas.
—¿Perdiste a alguien en la huida? —me preguntó mi compañera de cautiverio.
Afirmé con un leve movimiento de cabeza, pero sin decir nada.
—Yo también. A mi hijo de doce años. Hadad…
Ella agachó la mirada de súbito. Aquella frialdad con la que me había hablado hasta ese momento se esfumó. Desapareció como una nube que es arrastrada por el viento. Las lágrimas cayeron por sus mejillas. Se derrumbó y comenzó a llorar.
—Lo siento… —dije en voz baja para no perturbar su dolor.
Ella sollozó un par de veces y sorbió los mocos que se habían acumulado en sus fosas nasales.
—Y yo…, por tu pérdida.
Pasó un rato en el que ambas guardamos silencio, como si quisiéramos honrar la memoria de nuestros seres queridos y de todos nuestros compatriotas que estaban allí muertos, o que constaban como desaparecidos.
—¿Qué van a hacer con nosotras? —interrogué a continuación, pese a que me lo podía imaginar.
—No lo sé, niña. Tú eres joven y guapa, y si curan esa herida que tienes en la cabeza, es probable que acabes calentando la alcoba de alguno de esos miserables que han traído la destrucción a nuestra tierra —hizo una pausa y me miró con cierta misericordia—. Lamento ser tan directa, pero es preferible que sepas a lo que te expones antes de que ocurra.
Bajé la cabeza y me resigné a aceptar lo que ella me dijo. Pensé en madre, y en donde podría estar. Tal vez había podido escapar. Existía la posibilidad de que se hubiera dejado arrastrar por la marea de

gente y hubiera conseguido ponerse a salvo. Era imposible que aquellos asaltantes hubieran matado a todos los que habían escapado de la ciudad. Podrían haber capturado a unos cuantos prisioneros, pero no a tantas personas.
—¿Sabes si han capturado a alguien más? —le pregunté.
—No lo sé, niña. Aquí solo estamos tú y yo. Pero es probable que tengan más prisioneros. A los ancianos no los querrán, por lo tanto, es muy probable que los hayan matado —dijo con rotundidad—. A los niños los podrán utilizar como mano de obra, o venderlos a un buen precio, y a nosotras, las mujeres, pues ya sabes…
—¿Has podido ver a nuestros captores? —le volví a preguntar, ya que yo no recordaba nada desde la noche anterior.
—Sí.
—¿Cómo son?
—¿De verdad quieres saberlo? —me interrogó la mujer.
Me encogí de hombros, ya que no estaba segura de querer averiguarlo. En todo caso, como yo siempre había sido un poco curiosa, tenía interés en conocer el aspecto, los modales, el idioma, o cualquier otra cosa que me ayudara a entender a los responsables de mi cautiverio, que a la postre eran los mismos que habían llevado a Ugarit hasta su destrucción. Porque imaginaba que el destino de la ciudad que me había visto nacer y crecer, habría sido ese.
—Son seres despreciables —dijo poniéndose más seria—, una especie de demonios venidos del mar que hablan una lengua que no entiendo. En ocasiones parece que no hablen, sino que pronuncien ruidos guturales, como si fueran animales, y es que eso se ajusta a la perfección para definirlos, ya que he sido testigo de su comportamiento. Son como bestias salvajes. Matan por matar, y disfrutan con ello. Cuando nos interceptaron en mitad de la oscuridad, no tuvieron piedad con varios ancianos que nos acompañaban. Los asesinaron sin miramiento alguno, y no dudaron en hacer lo mismo con dos niños que trataron de ayudar a los que debían ser sus abuelos. Ni un ápice de misericordia, así que el futuro que nos aguarda no es mucho mejor que el de los que ya no están —hizo una breve pausa, mientras se le escapaban unas lágrimas, imaginé que al recordar a su hijo—. Preferiría que me hubieran matado a mí también, en lugar de ser capturada. A saber cuántos horrores nos esperan de ahora en adelante. Si no tuviera las manos encadenadas, y pudiera moverme, cogería lo que fuera para quitarme la vida.
No pude sino horrorizarme aún más de lo que ya estaba ante lo que aquella mujer me relató. Se me erizó el vello de los brazos y un escalofrío recorrió toda mi espalda al tratar de imaginar cuán sanguinarios podían ser esos salvajes. Vi en su rostro el dolor en estado puro, y no pude evitar apiadarme de su alma. Entonces pensé

en lo que escuché a mi madre decir a una de sus hermanas el día en que le fue comunicada la muerte de mi padre. Aquella frase siempre quedó grabada a sangre y fuego en mi memoria, y decía lo siguiente: «*El que se va, ni siente ni padece, es el que se queda quien tiene que soportar todo el dolor y la pena*». Ahora comprendía las palabras y entendí el verdadero significado de tal afirmación.

—Debemos ser fuertes… —dije tratando de animarla.

—Toda la vida nos han dicho que los hombres son los que poseen la fuerza, niña…, pero nosotras somos las que realmente nos tenemos que enfrentar a las situaciones más duras en esta vida. Los dioses nos han dado el papel de débiles, pero no todo es la fuerza física o la capacidad de empuñar un arma y enfrentarte a un enemigo. No…, eso son falacias. Cuentos que nos explican para que nos quedemos quietas y calladas, para que seamos sumisas —se secó las lágrimas con la palma de sus manos y sorbió de nuevo los mocos—. Pero nunca nos preparan para los momentos en los que se debe demostrar quién es realmente el poseedor de esa fuerza. Por eso, es en situaciones como la que nos ha tocado vivir, cuando surge la verdadera fuerza, niña. Pase lo que pase, venga quien venga, veas lo que veas y ocurra lo que ocurra, no olvides jamás que en tu interior hay una fuerza que nadie puede arrebatarte. Sé digna merecedora de ella.

Cuando hubo terminado de pronunciar aquel pequeño discurso, colocó la cabeza entre sus rodillas, y se derrumbó anímicamente. Toda la pena y el dolor que había retenido hasta ese momento se desbordó. Me quedé observándola durante un buen rato. Inmóvil e incapaz de abrir la boca. Al cabo de un rato, me giré y me recosté en el suelo. Quise darle intimidad, si es que la podía tener en aquella situación y en aquel lugar. Traté de hacerme la fuerte, pero no podía dejar de repetir en mi cabeza todas y cada una de las palabras que ella me había dicho. Fue inevitable pensar en mi madre y en mi hermano. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Los volvería a ver alguna vez? Sentí una fuerte presión en el pecho y el dolor también se abrió paso a través de mis entrañas. Sin vergüenza ya, dejé que saliera y no pude evitar unirme al llanto desconsolado de aquella mujer que, como yo, un día fue libre y tuvo familia, y que no sabía qué horror le deparaba el futuro.

VI

Muralla occidental de Ugarit, aquella misma mañana

Desde su posición podía observar cómo los enemigos comenzaban a organizarse. Se estaban reuniendo en la misma playa y, a juzgar por sus movimientos, no tardarían demasiado en lanzarse al asalto. Aguzó la vista y se dio cuenta de que en el campamento parecía haber más personas que el día anterior. Aunque no los había contado antes, tuvo la sensación de que allí había más gente reunida. Era como si por la noche se hubieran incorporado más efectivos, pese a que las naves que estaban varadas en la costa, seguían siendo siete, las mismas que avistaron y que componían aquella flota. Sin darle mayor importancia al tema, sus pensamientos se trasladaron hasta lo más relevante, que era el hecho de haber podido salvar a un numeroso grupo de civiles, entre los que estaban su madre y su hermana. Le había costado trabajo, pero al final tanto el general Keret como el propio monarca, habían aceptado la propuesta que había planteado.

—¿Atacarán, capitán? —preguntó uno de los soldados de la guarnición que estaba a su derecha.

Era un muchacho joven, no pasaría la veintena. Viendo su rostro no pudo evitar recordar los tiempos en los que él estaba en su misma situación. La diferencia era que ni mucho menos se tuvo que enfrentar a una situación tan complicada como la que ahora estaban viviendo.

—Todo parece indicar que sí, soldado.

El muchacho agachó la cabeza dejando claro que no era aquella la respuesta que esperaba recibir.

—Pero no te preocupes, resistiremos hasta que lleguen el ejército y la flota.

—Son muchos, capitán. Nos superan en número.

—Nosotros contamos con una posición de ventaja al estar tras los muros —respondió tratando de parecer más seguro y convencido de lo que estaba.

El buen mando debía ser consciente de que el miedo podía convertirse en un enemigo temible. Por mucho que supiera que los efectivos de los que disponía eran insuficientes para proteger con garantías todo el perímetro de la extensa muralla que defendía la ciudad, lo mejor era no hacer partícipes a sus hombres de ese temor que le invadía. Pensó que lo más lógico era no preocuparlos porque si no, eso podría influir en su rendimiento, y ahora necesitaba que estuvieran totalmente

concentrados en su tarea. Aún quedaba gente intramuros, todos aquellos que se habían negado a abandonar la ciudad, pero la mayoría de ellos eran ancianos que se habían visto incapaces de unirse a la masa. Así que, si los asaltantes rebasaban los muros, cosa que entraba dentro de las posibilidades, tampoco se podría hacer nada por ellos. Eran ciudadanos de Ugarit, pero habían tenido la oportunidad de marcharse y habían preferido quedarse en sus casas. Más de tres mil personas habían aprovechado el amparo de la noche para abandonar la protección de las murallas y salir en busca de una oportunidad.

—¡Capitán Halunapi! —gritó alguien a sus espaldas sacándole de su reflexión.

Se dio la vuelta, no sin antes comprobar cómo los asaltantes comenzaban a levantar algunas escalas.

—Dime, soldado.

—El general Keret reclama su presencia en palacio —respondió el hombre.

—¿Ahora?

—Sí, capitán.

Miró de nuevo cómo en la lejanía los invasores comenzaban a movilizarse.

—Está bien —dijo chascando los dientes—, Aqhat, ocúpate de todo hasta que vuelva.

Su subordinado asintió mientras él acompañaba al guardia que había venido a buscarle. No pasó mucho hasta que se personó en el palacio, y con una simple mirada, se dio cuenta de que había algo que no iba bien. Allí en pie, los dos hombres más importantes de Ugarit, rodeados por una guardia de corps de ocho hombres, aguardaban su llegada.

—¡Tú! ¡Maldito idiota! —gritó el general sin apenas darle tiempo a acercarse y arrodillarse ante el rey.

Fue el monarca quien puso una mano delante del pecho de su oficial supremo y detuvo su ira.

—¡Serénate por favor, Keret! —le instó con contundencia.

Halunapi se arrodilló a los pies de Hammurabi sin comprender el motivo por el cual su general le había insultado con aquel desprecio, pero temiéndose que algo fatal había ocurrido para que estuviera de tan mal humor.

—¡Levántate, Halunapi! —le ordenó el rey.

—Majestad…, ¿qué ocurre? ¿Qué es lo que he hecho para ser recibido de esta manera? —respondió él alzándose.

—Seguimos tu consejo y permitimos que se evacuara la ciudad anoche —comenzó a decir el rey.

Hizo entonces una pausa, y fue entonces cuando el capitán Halunapi se temió lo peor. Una sensación amarga se apoderó de su boca, y la saliva se le secó. Tuvo un mal presagio, pero no esperaba que fuera de

tanta magnitud.
—Pero parece que el enemigo ha pensado de la misma manera, y ha interceptado parte de la columna de refugiados, causando gran mortandad y capturando a muchos de mis súbditos.
Aquello le dejó totalmente petrificado. El primer pensamiento que le vino a la cabeza fue el de si Haliya y su madre estarían entre los muertos o los capturados, o si habrían logrado escapar de los asaltantes. Pero no tuvo demasiado tiempo para preocuparse, ya que enseguida el general Keret tomó la palabra.
—En mal momento te hice caso. Varios supervivientes consiguieron regresar hasta la puerta oriental de la ciudad y nos informaron de lo ocurrido. ¡Qué estúpido fui al creer que todo sería tan sencillo! —hizo una pausa como si esperara que el aludido dijera algo, pero en lugar de eso prosiguió—. ¡Carga con la responsabilidad de tus acciones, capitán! ¡Que te acompañe el resto de los días que te queden en este mundo!
La contundencia de sus palabras se clavó en el pecho de Halunapi como si se tratara de una lanza. No esperaba que el enemigo hubiera sido capaz de prever la huida de la población, y no pudo evitar cargar con la culpa de haber enviado a sus conciudadanos a la muerte, o al cautiverio. Agachó la cabeza en señal de vergüenza asumiendo su culpa, mientras caía en la cuenta de que el hecho de haber visto a más gente en la playa respondía a que tenían allí a los prisioneros que habían capturado.
—Lo siento mucho…, no creía…
—¡Es fácil arrepentirse cuando las cosas ya han sucedido! —le interrumpió de nuevo el general que estaba iracundo.
—No es momento para más reproches, Keret —intercedió el rey—. Ahora no…, tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos. Cuando la ciudad esté a salvo, ya nos encargaremos de aclarar lo acontecido.
El general pareció calmarse un poco y dio un par de pasos atrás, cediéndole la palabra de nuevo al monarca.
—Necesito que te centres, capitán Halunapi —dijo Hammurabi acercándose más a él y poniéndole la mano sobre el hombro—. Nada podemos hacer ya por los que huyeron de la ciudad. Tal vez, cuando todo esto concluya, podamos rescatar a los que han sido apresados, pero nuestra prioridad en estos momentos pasa por mantener la ciudad a salvo. La amenaza sigue estando frente a nuestros muros y debes encargarte de la defensa de Ugarit.
—Pero, mi rey…, ¿y si me vuelvo a equivocar?
—Todos podemos equivocarnos, capitán Halunapi. Sabes que en más de una ocasión yo he tomado alguna decisión mala, pero no por ello soy un mal monarca —dijo Hammurabi.

—Por supuesto que no lo es, majestad —respondió el soldado.
—Aclarado eso, te voy a pedir que selecciones a uno de tus mejores hombres para que lleve un mensaje al norte. Somos muy pocos para defender la ciudad y requerimos el apoyo de nuestro ejército cuanto antes.
—¿No partió un mensajero cuando se divisó a la flota enemiga, mi rey? —interrogó el capitán de la guardia real.
—Lo hizo, pero ahora la situación es mucho más grave y los nuestros tienen que darse prisa. Tal vez sea cuestión de días, o incluso de menos tiempo, por lo que debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para acelerar el regreso de los nuestros.
Halunapi entendió la demanda de su monarca, y aunque sabía que necesitaba a cada uno de sus hombres, no era el momento ni la situación para poner en entredicho una decisión de su rey, y menos después de cómo había ido la conversación anterior.
—Enseguida le envío a uno de mis hombres.
—Retírate pues y cumple con tu tarea, capitán. Confío en ti —concluyó Hammurabi.
Obedeció y antes de marcharse hizo una reverencia.

*****

—Debemos marcharnos de la ciudad, mi rey.
—Aún no —respondió Hammurabi.
—Pero no disponemos de mucho tiempo antes de que los enemigos asalten las murallas, y teniendo en cuenta que nos superan en número, acabaran entrando —añadió el general Keret.
—¿Es que no confías en tu capitán?
—En estos momentos no depende de sí confío o no en él, majestad. Halunapi es un buen soldado, leal y audaz y, aunque se haya equivocado, soy consciente de que su plan buscaba salvar a tanta gente como fuera posible. Pero por mucha pericia y dote de mando que posea, las cifras son abrumadoras. El rey debe salvarse para ponerse al frente de su ejército de nuevo y poder volver a recuperar la ciudad.
Aquellas palabras hicieron reflexionar a Hammurabi.
—Tal vez tengas razón.
—La tengo, mi rey. Sabes que rara vez doy un mal consejo —añadió el general.
El rey de Ugarit sonrió.
—Pero antes de irme, quiero mandarle una respuesta al rey de Chipre.
—Eso ya no importa, majestad. Quién sabe lo que le ha ocurrido a la isla. Lo más probable es que si esa chusma está ahora a nuestras puertas, no nos queden amigos en Alashiya.
—Son nuestros aliados, y lo menos que puedo hacer es explicarles el motivo por el cual no he podido enviarles ayuda —expuso Hammurabi

más serio, dándose cuenta de que todo lo que habían construido se estaba desmoronando a una velocidad tan rápida que no les permitía apenas reaccionar.
—Como desees…, mi señor. Mientras tanto iré preparándolo todo para la partida.
—¿Te encargas de informar a mi esposa? —interrogó el rey antes de que el general abandonara la estancia.
—Por supuesto, majestad. Enseguida doy la orden. —respondió a la vez que hacía una reverencia y se marchaba.
Cuando el veterano soldado hubo abandonado la estancia, Hammurabi hizo un gesto con la mano, y el escriba, que se había apartado un poco durante aquella conversación que no le incumbía para nada, se acercó hasta él.
—¿Por dónde íbamos, Kepa-Il?
El escriba releyó el texto que había anotado en la tablilla:
—«*Al rey de Alashiya:*

Que la paz y la prosperidad estén contigo y con tus súbditos. Te escribo hoy con el corazón afligido por la situación a la que nos tenemos que enfrentar en nuestra querida ciudad de Ugarit. Como bien debes saber ya a estas alturas, nuestra ciudad ha sido durante mucho tiempo un importante centro comercial y cultural, y nos hemos enorgullecido de nuestra posición como amigos y socios comerciales de la gente de Chipre. Sin embargo, nos hallamos en serias dificultades, ya que estamos siendo objeto de ataque por parte de gentes venidas de más allá del mar. Nuestras fuerzas militares están luchando junto al rey del país de Hatti contra una amenaza en sus fronteras y por ello tememos que pronto puedan superarnos».

El funcionario detuvo el relato y miró al monarca.
—Muy bien. Continuemos desde este punto.
El rey se aclaró la garganta y comenzó a dictar el texto:
— «*Por lo tanto, pedimos tu ayuda en esta hora de necesidad. Sabemos que tú también te has tenido que enfrentar a la amenaza que suponen estas gentes, y por ello creo que juntos podemos defender nuestras tierras y asegurar un futuro de paz y prosperidad para nuestros pueblos. Te pido, o más bien te ruego, que nos envíes cualquier ayuda que puedas brindarnos, ya sean suministros, alimentos, refuerzos militares o cualquier otra cosa que pueda servirnos en nuestra lucha.*
Espero tu respuesta y te agradezco de antemano tu amistad y apoyo.
Hammurabi II
Rey de Ugarit».
El monarca hizo una pausa y suspiró. Miró a su escriba y este le mostró la tablilla con el texto que había redactado. Lo repasó con detalle y cuando hubo concluido se lo devolvió al funcionario.
—Sé que son momentos complicados, querido y leal amigo, pero te

pido un último esfuerzo. Trata por todos los medios de hacer llegar este mensaje a nuestro aliado.
—Lo que me pides, mi rey, lo haría sin pestañear, siempre y cuando fuera posible. Pero tú mismo lo has dicho en la carta, estamos bajo ataque enemigo, rodeados por ellos, ¿cómo va a burlar este bloqueo un simple escriba? A los hechos me remito, mi rey, teniendo aún presente lo que les ha ocurrido a aquellos que han tratado de huir de la ciudad.
—¿Tan rápido vuelan las noticias? —interrogó Hammurabi.
—Las malas, me temo que sí.
El monarca se encogió de hombros.
—Dime qué hago entonces, mi buen amigo. Tal vez el general Keret esté en lo cierto y Alashiya ya no exista tampoco. ¿A quién acudo para pedir ayuda entonces? Aciagos tiempos son los que nos han tocado vivir.
Kepa-Il se encogió de hombros y se mantuvo en silencio durante un breve lapso.
—No sé si soy el más adecuado para darle consejo al poderoso rey de Ugarit.

—¿Y quién puede tener respuestas en estos momentos de incertidumbre, amigo escriba? Háblame como si estuvieras en mi lugar, como si fueras el rey de Ugarit y tuvieras que tomar una decisión para salvar a tu reino —interpeló a su vez Hammurabi.

El aludido depositó la tablilla en el escritorio y se puso en pie.

—Jamás podría estar en tu misma posición, mi rey, ya que los dioses no me concedieron tal honor, pero si quieres mi consejo, te lo voy a dar. Creo que lo más sensato en este momento pasa por hacer caso al general Keret —respondió el escriba.

Hammurabi se acercó hasta su escriba y colocándole la mano sobre el hombro, le dijo:
—Tal vez esa sea la única solución.
—Eso solo los dioses lo saben.
—¿Me acompañarás? —le preguntó de nuevo.
—Si mi rey me lo ordena, obedeceré como es mi deber, pero si mi rey tan solo me lo pregunta para saber cuál es mi deseo, le responderé que prefiero permanecer en la ciudad. Mi destino, y el de mi familia, va estrechamente unido al de Ugarit. No deseo abandonar la tierra que me vio nacer.
Hammurabi sonrió y apartó su mano del hombro de su fiel escriba.
—Eres un buen hombre, Kepa-Il, y agradezco que seas así de sincero en estos momentos. Respetaré tu voluntad, ya que tú has sido capaz de darme un sabio consejo, y aun siéndome imprescindible, permitiré que te quedes en la ciudad si esa es tu voluntad.
—La es, mi rey —respondió con una leve reverencia.

—Y ya que nos sinceramos, te diré que desearía no ser el rey de esta ciudad. Envidio tu posición, amigo, ya que yo también querría quedarme en Ugarit.
—Tú, mi rey, eres más necesario que yo. Es por ello por lo que debes seguir la recomendación del general Keret. El rey de Chipre no es la solución a nuestros problemas —dijo mientras elevaba la tablilla—, y algo en mi interior me dice que dependemos únicamente de nosotros y de nuestros recursos. La ayuda no nos vendrá de fuera, porque cada cual tiene sus propios problemas. Los que hemos decidido quedarnos aquí, aguardaremos la llegada del ejército, y confiaremos plenamente en el hombre que nos gobierna.
—Fácil es gobernar a súbditos como tú, Kepa-Il. Por El, prometo regresar lo antes posible con nuestras tropas y expulsar a los invasores, castigándolos como se merecen —aseguró el monarca.
—Que así sea, mi rey…, aguardaré tu regreso con ansia.

VII

Desde la distancia pude ver cómo la ciudad ardía. Las columnas de humo se elevaban en el cielo. No pude evitar volver a llorar y eso que ya casi no me quedaban lágrimas. Llevaba todo el día sin comer, y apenas había ingerido el agua que me habían traído mis captores. Ni siquiera sabía los días que habían transcurrido desde que me capturaran. Había perdido la cuenta, o tal vez ya no me importara llevarla. Podían ser uno, dos, o quizá muchos más. El tiempo pasaba de manera distinta cuando estabas presa. Hacía ya un buen rato que dos de esos salvajes se habían llevado a la mujer que estaba conmigo. Esta ni se había resistido, pese a que aquellos dos miserables no habían dejado de reírse y mofarse de ella mientras la arrastraban por las cadenas que le sujetaban las muñecas y le tocaban los pechos con lascivia. Pensé que ese iba a ser mí mismo destino, y estuve tentada de interceder por ella, aunque en el último instante apliqué la poca lógica y sentido común que me quedaban en aquellas penosas y adversas circunstancias en las que me hallaba. De nada me habría servido, ya que aquellos tipejos no habrían tenido ni un ápice de clemencia conmigo. Aunque no me sirviera de consuelo, al menos ahora no tendría que esconder mi estado de ánimo a mi compañera de cautiverio.

Mientras miraba cómo la otrora esplendorosa Ugarit se consumía entre el fuego y la destrucción, no pude evitar pensar en Halunapi. «Seguro que ha defendido la ciudad hasta su último aliento». No podía hacer más que sentir pena por el horrible destino de mi hermano, aunque era cierto que se entremezclaba con un ápice de orgullo por su actitud valerosa. «Valiente hasta el final, amado hermano», me decía a mí misma tratando de comprender el motivo por el cual no había huido con nosotras cuando pudo. El deber era el deber, y él lo tenía muy interiorizado. Así eran los militares, y no iban a cambiar jamás. Así era mi hermano, y yo tampoco iba a cambiarle. Entendía que aquella fuera su decisión, pero no compartía su opinión, y así se lo había hecho saber varias veces. Él estaba dispuesto a sacrificar su bien más preciado en el nombre de otros. De su rey, de sus conciudadanos, e incluso de otro monarca al que jamás había visto y que había sometido a nuestro pueblo a una condición de vasallaje. Miré al cielo, que estaba cada vez más oscuro por culpa del humo que el viento arrastraba desde las ruinas de la ciudad, y oré en silencio, pidiéndole a la diosa Sapash, la que domina el sol, que protegiera a los

supervivientes del asalto. En el fondo de mi alma no pude evitar pedirle que mi hermano estuviera entre ellos, aunque sabiendo qué clase de hombre era, lo más probable es que aquellos salvajes le hubieran abatido por el peligro que suponía alguien así.
Ya no me quedaba nada. Había perdido a mi madre y a mi hermano con toda seguridad, y ante mis ojos, la ciudad que me había visto nacer y crecer, ahora se consumía siendo pasto de las llamas y del saqueo. Y una pregunta me abordó en aquel silencio doloroso, ¿por qué aquellas gentes habían asaltado Ugarit? ¿Qué clase de personas podrían albergar tanta ira en sus corazones para actuar con semejante crueldad? Las últimas horas de mi corta vida habían sido una catarata de emociones, y a cada cual peor que la anterior. Mi futuro no presagiaba nada bueno, y ahora comprendí las palabras de la mujer que había estado conmigo hasta hacía relativamente poco. Era preferible morir a vivir como una esclava lo que me quedara de vida. Cerré los ojos, y le pedí a la diosa que fuera clemente conmigo y se me llevara lo antes posible. Jamás me había preguntado cómo era la vida de un esclavo, pese a que los veía deambular por las calles de Ugarit casi a diario. Pero ya formaban parte del paisaje urbano, y como nunca pensé que me hallaría en su misma posición, no perdí un solo instante de mi vida en tratar de empatizar con ellos. Eran meros objetos de los cuales sacar algún provecho. Ahora que estaba en su lugar, comprendí lo mal que se podía sentir cualquiera que hubiese sido reducido a tan infame condición. Uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde, y la libertad es el bien más preciado al que cualquier humano puede optar. Un regalo de los dioses, que ahora se me antojaba algo inalcanzable. Si los dioses me habían conducido hasta aquel momento, era porque así lo habían decidido. ¿Quién era yo para tratar de resistirme a su voluntad? Todos los seres vivos de este mundo nacen con su destino marcado, y el mío era ser esclava de esa gente venida del mar.

*****

Las voces me despertaron de súbito. Era una discusión. Se trataba de un grupo de cuatro personas, tres hombres y una mujer. Estaban muy cerca de donde yo me encontraba y por eso los gritos me sobresaltaron. No entendía la lengua en la que hablaban, pero los gestos y el tono de voz eran suficientemente claros para poder entender que se estaban peleando por algo. Dos de los hombres se empujaron varias veces y estuvieron a punto de llegar a las manos, pero la mujer y el otro varón se interpusieron varias veces entre ellos para tratar de calmar los ánimos. Al cabo de poco, varias personas más, entre las que había algún niño, se fueron acercando y rodearon a los implicados en la disputa.

En el tiempo que llevaba cautiva, que debía ser una eternidad, no había visto a ninguna mujer o niño, así que se me hizo raro. Si estaban en ese campamento era probable que, en lugar de ser una banda de salteadores, de piratas, o incluso un ejército, fueran algo más. Me extrañó bastante, así que presté un poco más de atención a lo que sucedía. Fue entonces, cuando de pronto, otro niño, que no tendría más de cuatro o cinco años se acercó hasta donde estaba yo. No estaba en ninguna jaula, lo cual me daba cierta sensación de libertad, pero el hecho de que me hubieran atado a un palo me hacía verme cual si fuera una bestia salvaje. Pero al menos desde donde me tenían encadenada, podía presenciar lo que estaba aconteciendo. Le hice una señal al niño con la mano para que no tuviera miedo, y poco a poco se envalentonó y dio unos cuantos pasos hasta colocarse frente a mí.

—No tengas miedo, pequeño… —murmuré en voz baja y sonriendo.

El pequeño pronunció unas palabras que no entendí. Se sacó algo de un zurrón de cuero que llevaba en la cintura y me lo lanzó. Era un trozo de pan.

—Muchas gracias —dije cogiéndolo.

Él me hizo un gesto con la mano, invitándome a comer. Hice caso y me lo llevé a la boca. Estaba un poco duro, pero no quería despreciar semejante presente. Al verme masticar, sonrió. Justo en ese instante, una mujer apareció por detrás y cogió al pequeño en brazos. Comenzó a gritarme algo que no comprendí. Se puso echa una fiera y se acercó hasta mí sin dejar de vociferar. Al cabo de un instante, varias personas más se acercaron y ella les comenzó a decir algo. No entendí lo que pasaba, pero sentí terror absoluto cuando me comenzaron a rodear. La mujer que sostenía al niño me señalaba todo el rato y el pequeño se puso a llorar. Aquel fue el detonante para que dos hombres corpulentos se acercaran hasta donde yo me acurrucaba. Sin miramiento alguno me alzaron con brusquedad, mientras la mujer en cuestión dejaba al que debía ser su hijo en brazos de otra y se colocaba justo delante. Gritaba a apenas dos palmos de mi rostro y en un momento dado me propinó una fuerte bofetada con la mano abierta en la mejilla. Fue dolorosa, pero lo que más daño me hizo fue sentirme de aquella guisa, rodeada, en inferioridad de condiciones y numérica, además de con las manos encadenadas. Ella pareció envalentonarse, y después de dirigir una serie de palabras a los que estaban cerca, se dispuso a golpearme de nuevo.

Cerré los ojos presta a recibir una nueva agresión, y me di cuenta de que no tenía más opciones. ¿Cuánto tardaría mi voluntad en quebrarse del todo? ¿Cuánta violencia más debería recibir mi cuerpo? Dolor físico, pero también dolor emocional. Me sentía peor que una bestia salvaje, cuando eran ellos los animales. Pero la bofetada no llegó. Abrí los ojos, alertada por más gritos, y comprobé cómo un hombre, el que

había mediado entre los dos que estaban discutiendo hacía tan solo un rato, tenía sujeto el brazo de la que me iba a pegar. Ella, como el resto de las personas que había allí, se quedaron en silencio. Fue él, quien bajó suavemente el brazo de la mujer, y acto seguido, sin alzar la voz demasiado, comenzó a hablar. Los dos hombres que me agarraban por debajo de las axilas me soltaron, y se apartaron un poco, dejándome algo de espacio. Debía tratarse de alguien con peso en aquel grupo, ya que todos le obedecían. Al cabo de poco llegó otro hombre, acompañado de la mujer que también había mediado, y hablaron a los demás. El discurso no fue muy largo, pero poco a poco la masa se fue dispersando. Solo se quedaron ellos, que intercambiaron palabras durante un breve lapso. Yo los observaba. Agaché la cabeza cuando ella se acercó hasta mí. Pensé que me iba a golpear. Pero no… Con un gesto de la mano me invitó a sentarme. El hombre que me había salvado se acercó hasta mí y llevándose la mano al pecho hizo una leve reverencia y me dio un pequeño cuenco con agua. Fue el otro hombre quien se dirigió a mí. Y por primera vez en tanto tiempo, pude entender lo que me decían. No es que hablara muy bien mi lengua, pero chapurreaba algunas palabras que comprendí.

—Bebe algo.

Accedí ya que tenía la boca seca. La tensión que había tenido que vivir me había hecho quedarme sin saliva. Bebí con ansia y cuando terminé, se lo entregué.

—Ahora perteneces a Lisandro —dijo señalando al hombre que estaba allí en pie mirándome fijamente—. Él te ha reclamado.

Comprendí que la discusión que había presenciado anteriormente se había producido por mi propiedad. Quedaba claro que aquel Lisandro había obtenido su botín de guerra, y al ver que alguien quería maltratar a su trofeo, había intervenido. No lo había hecho por piedad o solidaridad, sino por proteger su recompensa. Eso era en lo que me había convertido. Ahora pasaba a pertenecer a uno de esos hombres que había venido del mar para arrasar mi ciudad y convertirme en esclava. La mujer que me había acompañado hasta hacía muy poco estaba en lo cierto. Sus palabras proféticas se tornaron en realidad. Fue entonces cuando el que chapurreaba mi lengua aflojó las cadenas que me mantenían sujeta al palo. Hizo un gesto para que me incorporara y para que le acompañara.

—Acompáñame a su tienda.

No pude hacer otra cosa que obedecer. Seguí sus pasos con la cabeza gacha, resignada y dándome cuenta de que mi destino ya estaba escrito y que yo no podía hacer nada para cambiarlo. Mientras, el tal Lisandro y la mujer que le acompañaba, iban en cabeza abriendo la marcha. Me arrastraban por las cadenas, y me sentí peor que nunca. Mi tormento no había hecho más que comenzar.

—Si obedeces y te muestras dócil, Lisandro cuidará de ti. Dice que le recuerdas a alguien de su pasado.
El hombre me miró y pude ver en sus ojos que decía la verdad, pero a esas alturas, ya nada me servía de consuelo.

TERCERA PARTE: HALUNAPI

EXILIO

I

Diez kilómetros al norte de Ugarit, unos días más tarde

Era noche cerrada y la luna tenía un color rojizo. Sin duda los dioses la habían teñido de ese color para lanzar un mensaje a todos los mortales. Lo que había ocurrido en Ugarit no se podía describir. Miré al firmamento y traté de contar todas las estrellas que se podían apreciar con suma claridad. Una de ellas debía ser mi hermana, y otra mi madre. No pude recibir noticias de ellas en todos los días que duró el asedio a la ciudad, así que deduje que estarían muertas, en el mejor de los casos. En el peor, que esperaba que no hubiera ocurrido, habrían caído en manos de esos salvajes que habían arrasado con nuestra urbe.

—¿En qué piensas, capitán? —preguntó el monarca que se había acercado hasta mi posición sin que me percatara.

—En lo que hemos dejado atrás, mi rey.

—Volveremos a recuperar la ciudad.

—Dudo mucho que quede nada que recuperar —dije con sinceridad.

Hammurabi me miró e hizo el ademán de replicar, aunque en el último momento se dio cuenta de que no había nada que objetar a la afirmación que yo había hecho. Se puso a mirar el cielo y mantuvimos un largo silencio.

—Siete naves emergieron en el horizonte, y creímos que podríamos resistir hasta que llegara nuestro ejército y nuestra flota —proseguí—, y al cabo de poco llegaron veinte más, mi rey. Nadie pudo hacerles frente, por lo que no hay duda de que ahora son esas gentes las que mandan en el mar. Ahora Ugarit ya no existe, y es probable que Chipre tampoco.

Él me miró y asintió con un leve movimiento de cabeza.

—La carta que me envió su rey pidiendo ayuda, ya presagiaba algo malo. Pero es que todo ha sucedido tan rápido… Parece que esa gente estuviera al corriente de nuestra situación. Cualquiera diría que alguien les informó de que era el mejor momento para atacarnos.

Tal vez el rey tuviera razón, aunque era posible que simplemente se tratara de la propia inercia del movimiento de aquellas gentes. Por lo que había observado al combatir contra ellos, no parecían ser un ejército regular, ni tan siquiera una milicia. Vestían de forma peculiar, y no existía entre ellos una similitud, ni en rasgos, ni en idioma, ni en manera de vestir. Aquello era una amalgama de gentes que

seguramente se habían unido por una necesidad común. Su manera de actuar, con aquel salvajismo y aquella ansia no era fruto de una conquista. No. Eso no era lo que buscaban. No querían quedarse con Ugarit, sino que su intención era meramente la de saquear. No se querían asentar en los territorios que atacaban, y por eso pensé en la suerte que habría corrido la isla de Chipre. No había duda de que esa segunda flota que había arribado a nuestras costas, y que se había unido a la primera, habría dejado su huella en la isla, y aquellos que nos pedían ayuda, ya no la requerirían.

Recordé aquella noche en casa de mi madre, cuando Haliya me preguntó por lo que estaba aconteciendo allí. Inicialmente no fui capaz de decirle la verdad para no alarmarla, aunque al final no tuve más opción que confesar. Ella me conocía mejor que nadie, y supo detectar que yo estaba en posesión de información. El propio Hammurabi ya nos había informado de la petición de socorro que había llegado desde allí. Su homónimo no solo solicitaba su ayuda, sino que también le advertía acerca de lo que se avecinaba. Mi hermana fue la primera persona que lo supo y ahora me arrepentía de no haber actuado con más presteza. De haber sabido lo que se venía sobre nosotros, no habría dudado ni un instante en obligarlas a marcharse aquella misma noche. Pero ahora eso ya no importaba…

—Debemos llegar hasta el palacio del rey Suppiluliuma y pedirle ayuda a él. Que nos devuelva nuestro ejército y que nos brinde refuerzos para regresar aquí para restablecer el orden de las cosas —instó el rey, que había recuperado el ánimo.

Le miré, pero no dije nada.

—Nosotros se lo hemos prestado cuando lo ha necesitado. No solo le hemos enviado al ejército y a la flota por completo, sino que también le enviamos en su día el cargamento de grano que nos solicitaron para afrontar esa grave hambruna que estaban sufriendo. Así que, ahora son ellos los que deben correspondernos, porque el buen señor debe mostrarse dispuesto a ayudar a sus vasallos cuando estos también lo requieren.

Entendí que buscaba una respuesta, así que traté de dársela por mucho que no tuviera ganas de hablar del tema.

—No sé cómo estarán las cosas en el país de Hatti, mi rey, pero si nos han reclamado tanta ayuda en los últimos tiempos es por algo.

—Eso no es excusa para no acudir en ayuda de los que formamos parte de su imperio. Si no lo hacen, estarán demostrando debilidad.

Negué con la cabeza. No sabía cómo explicarle a Hammurabi que Hatti no se preocuparía de un reino vasallo que estaba en la punta más meridional de su amplísimo territorio. La visión de un monarca que no era consciente de la realidad me molestaba, pero pensé que en

el fondo no era responsabilidad suya. Los que le servían eran los culpables de su ignorancia y de su poca experiencia. No comprendía la realidad de lo que le rodeaba y entonces me vino a la cabeza la opinión de Haliya sobre el deber y el tener que servir a otros que no estaban a la altura.

—Claro, mi rey —acerté a decir al final dándome cuenta de que no lo comprendería por mucho que le mostrara pruebas evidentes.

Pese a tenerle al lado, opté por evadirme y recordé cómo habíamos abandonado la ciudad. Fue en el último momento, cuando aquella jauría de bestias estaba casi encima de nosotros. Tan solo habíamos conseguido escapar un pequeño grupo de quince personas, entre los que estaban el propio monarca, su esposa, sus tres hijos, cuatro de sus sirvientes, un par de funcionarios de palacio, y cuatro soldados, entre los que me incluía yo. Por suerte, pudimos coger varios de los carros de guerra que estaban en las caballerizas del recinto palaciego. Si no hubiera sido por eso, no habríamos logrado huir. El general Keret, al mando del último reducto de guardias reales, no más de veinte hombres, nos había cubierto la retirada. Aún recuerdo que sus últimas palabras fueron las más sinceras que jamás nadie me dijo: «Salva al rey y a su familia. Llévalos hasta el país de Hatti y no le permitas regresar aquí jamás. Ugarit va a sucumbir y jamás nadie volverá a reconstruirla. Eres la última esperanza de nuestro pueblo, Halunapi. Cumple tu cometido y sé digno de mi confianza». Toda la responsabilidad que había cargado sobre mis hombros los últimos días se desvaneció de inmediato. Aferré una última vez su mano, con fuerza, mientras él me miraba fijamente a los ojos. No nos dijimos nada, pero comprendí cuál era mi cometido desde aquel momento y me prometí a mí mismo cumplirlo hasta el final. No iba a volver a equivocarme más.

Quizá no se había dado cuenta de lo que había acontecido en su ciudad desde la comodidad de su majestuoso palacio. La visión que podía tener de la realidad un hombre de su posición distaba mucho de ser la misma que podía tener cualquier otro de una clase más baja. Yo, que había estado defendiendo las murallas hasta que fueron traspasadas por el enemigo, fui testigo de lo que ocurrió de veras. Pude observar en primera persona la fiereza con la que aquellas gentes combatían. En sus ojos pude vislumbrar la ira y el fuego. Cuando hice retroceder a los pocos hombres que pude salvar de la guarnición y de la milicia urbana, me di cuenta de que no dejarían nada en pie. Entonces fui consciente de lo que le aguardaba a Ugarit. La próspera ciudad que se había erigido en el centro de un poderoso reino tenía un futuro oscuro. Las antorchas se encargaron de iluminarlo, pero con otra intención muy diferente. No venían a iluminar el camino, sino a destruir lo que tantas generaciones se habían esmerado en construir.

Tras días de asedio, lo inevitable acabó llegando, y la huida fue la única salida. Habría querido quedarme hasta el último instante. Lo habría hecho ya que ese era mi deber, de no haber sido por el cometido que me ordenó el general Keret. Ahora, no sabía si considerarme afortunado o desgraciado. Cuidando de un rey que no era consciente de lo que acababa de ocurrir, o tal vez que no quisiera ser consciente de ello. Me di la vuelta y me dispuse a ir a dormir un poco. Fue entonces cuando Hammurabi habló de nuevo sacándome de mi estupor:

—¿No vamos a regresar, verdad, capitán?

Me detuve un instante y le respondí lo primero que me vino a la cabeza:

—Ya no hay lugar al que regresar, mi rey.

II

Ciudad de Karkemish, dos semanas más tarde

—¡Bienvenidos a mi palacio! —dijo efusivamente el virrey Sarri Kushu mientras abrazaba al rey Hammurabi y le daba dos besos, uno en cada mejilla.

—Muchas gracias por la hospitalidad que nos brindas en tu corte —respondió su homónimo con una sonrisa un poco forzada.

—Las noticias que te acompañan no son nada halagüeñas, Hammurabi de Ugarit, y en momentos convulsos como los que estamos viviendo, es nuestra obligación apoyar a nuestros súbditos.

La condición de la ciudad de Karkemish era distinta a la que había tenido Ugarit. Era una de las fortalezas más importantes de la frontera oriental del Imperio hitita. Cumplía con la función de ser el centro administrativo de referencia en la zona, y eso le atribuía un carácter especial en comparación con otras. De hecho, este virrey, pertenecía a la misma familia real. No era un gobernante autóctono de la región, sino que llevaba la misma sangre que el mismo Suppiululuma.

—Querría que fueran mejores, virrey, pero soy portador de infortunios. Soy un rey sin reino que gobernar —reconoció Hammurabi con pesar en su mirada.

—Quiero que me pongas al día de todos los detalles tan pronto como te sea posible —dijo Sarri Kushu—, mi deseo es informar de inmediato a mi primo, el emperador —hizo inciso a la hora de nombrar su parentesco para que quedara clara su posición de superioridad—, de cómo está la situación en el sur.

—¿Acudirá en mi ayuda entonces?

Su interlocutor hizo una breve pausa y miró alrededor. Todos los acompañantes del rey sin reino, menos los soldados que le hacíamos de escolta habían sido trasladados a otra ala del palacio, donde fueron alojados.

—Puedes hablar con tranquilidad. Es el capitán de lo que queda de mi guardia real —expuso señalándome.

—Bien —respondió no muy convencido—. Imagino que no sabes cómo están las cosas por aquí.

—Me hago a la idea, teniendo en cuenta que tuve que enviarle al emperador casi todo mi ejército y mi flota al completo.

Pensé que aquello sonaba demasiado a reproche, y temí que

esa hospitalidad que había tenido el virrey con nosotros se viera afectada por el poco tacto que había tenido Hammurabi a la hora de escoger las palabras.

—Todos servimos a mi primo, querido amigo —enfatizó de nuevo Sarri Kushu.

—Por supuesto.

Había salvado la situación, aunque fuera por el momento, y eso me permitió respirar aliviado, ya que podría haberse ofendido e incitarnos a continuar nuestro camino sin rumbo. No debíamos olvidar a quien rendíamos vasallaje, y, por mucho que nos pesara, los acuerdos y tratados estaban para cumplirse. Seguramente mi rey pensaba que él había dado más de lo que había recibido, pero la diplomacia era algo esencial y a lo que uno debía prestar mucha atención. No era prudente olvidarse de que nosotros éramos ahora unos simples refugiados en tierra extranjera, y que nuestro futuro dependía de lo que hiciéramos, y sobre todo de lo que dijéramos. Podría haber intervenido, pero lo único que habría hecho habría sido dejar en evidencia a mi señor, y eso habría sido un error garrafal.

—Los asirios están apretando duro en esta parte del Imperio, querido amigo —comenzó a relatar Sarri Kushu—, en la región de Lukka, las cosas no van mejor, ya que las gentes de allí se han mezclado con chusma que ha venido del mar y están causando problemas, alzándose contra el poder imperial. Además, hay que añadir el hecho de que algunas naves de los *ahhiyawa* andan haciendo incursiones y correrías por las costas occidentales.

—Imagino que para eso quería el emperador mi flota.

—Adivinas bien, querido amigo —sonrió el virrey—. Pero eso no es todo, sino que, además, uno de los primos del emperador, descendiente del linaje de Urhi Tessup, se ha hecho fuerte en la región de Tarhuntassa, y ha sido capaz de reunir a una serie de familias aristocráticas descontentas con el actual gobierno del Imperio.

Vaya, aquello sonaba muy mal. Los alzamientos de algunas de las regiones del vasto Imperio podían llegar a ser comprensibles, porque era algo habitual en una zona de dominio que abarcaba tanta extensión, pero lo de la guerra civil era ya otro asunto. No conocía demasiado la historia del país de Hatti, pero algo había escuchado sobre conflictos dinásticos entre varias ramas de la familia real. En tiempos complejos como aquellos, los enemigos crecían en todas partes. Me estaba dando cuenta de que todas esas amenazas sumadas podían llegar a comprometer la seguridad del Imperio. Era normal que Suppiliuluma hubiera pedido apoyo a sus estados vasallos para afrontar todas aquellas agresiones que emergían de golpe.

—Y eso no es todo, ya que aprovechando que todo está un poco revuelto, los de siempre se han sumado a la fiesta.

—¿Los de siempre?
—Sí, los gasga —añadió el virrey.
—No sé quiénes son los gasga —repuso Hammurabi.
—Verás, son una poderosa tribu que habita en las montañas septentrionales del Imperio. Son duros y salvajes, y siempre han estado en guerra con nosotros —explicó Sarri Kushu—. De hecho, llegaron a tomar la capital, Hattusa, hasta en dos ocasiones, obligando a sus habitantes, incluidos los emperadores del momento, a tener que evacuarla.
Jamás había escuchado nada acerca de los gasga, pero me di cuenta de que el Imperio al cual rendíamos vasallaje no atravesaba por sus mejores momentos. Y a juzgar por la expresión de mi rey, él también lo acababa de averiguar.
—Muchas guerras requieren movilizar ingentes cantidades de hombres para que combatan en todos esos frentes. Y aunque los tenemos, lo que nos falta es mano de obra para trabajar esas tierras que deben dar de comer a nuestros ejércitos.
Los allí presentes nos dimos cuenta de que la situación era más grave de lo que imaginábamos. Ugarit era un grano de arena en un enorme desierto, y era normal que el emperador del país de Hatti buscara defender la parte más importante de su territorio. Éramos insignificantes para él, pero se nutría de nuestros recursos como un bebé hambriento que mama leche de los senos de su madre. Eso era lo que éramos para los hititas.
—Guerra, saqueo, rebelión, cosechas escasas, y hambrunas, querido rey Hammurabi. ¿Entiendes ahora la realidad que estamos viviendo? ¿Ves por qué mi primo te pide ayuda? Tenemos tantos frentes abiertos que no podemos llegar a todas partes. Lamento mucho lo de tu ciudad y tu reino, pero llegado el momento, cuando la situación se estabilice, mi primo te recompensará por tu ayuda.
—¿Mi flota y mi ejército? ¿Sabes dónde están? —interrogó mi rey—. Quisiera reunirme con ellos para poder dirigirlos en la batalla, al menos.
—Claro, querido amigo. Tu flota está en la región de Lukka, cubriendo los puertos y abasteciendo al ejército imperial que se halla combatiendo la rebelión. Y las tropas de infantería y carros, se han dividido —expuso—. Una parte está en la frontera norte, ayudando a frenar a los gasga, y la otra está acantonada cerca de Hattusa, en la ciudad de Purushanda, preparada para intervenir en el caso de que el primo del emperador quiera dirigirse a la capital para reclamar lo que cree que le pertenece.
—Tan solo te pediré un último favor y si está en tu mano, agradecería que me lo concedieras —dijo Hammurabi.
Su contertulio hizo un gesto invitándole a continuar.

—Necesitaré que me facilites una manera segura de llegar hasta donde está uno de mis contingentes.
—No es que pueda prescindir de muchos hombres en este momento, pero haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte.
—Muchas gracias. Desearía que mi familia y mis sirvientes, quedaran bajo tu protección en la ciudad, virrey. No deseo arrastrarlos a una situación de guerra. Demasiado han visto ya —añadió mi rey.
—Podrás marchar tranquilo. Todos permanecerán a salvo aquí, hasta que regreses.
Hammurabi se acercó hasta su contertulio y le dio un abrazo, que fue correspondido.
—Y ahora si me permites, quisiera retirarme a descansar un poco.
—Por supuesto. Siéntete como si este fuera tu palacio —añadió Sarri Kushu.

III

—¿Y bien? ¿Qué opinas capitán?
—Creo que poco puedo decir, mi rey. Lo que nos ha explicado nuestro anfitrión nos presenta un panorama bastante adverso —le respondí mientras nos dirigíamos a los aposentos siguiendo a los esclavos que nos guiaban.
—Hatti es fuerte, y se repondrá tarde o temprano. Debemos confiar en nuestros aliados —añadió él convencido de lo que estaba diciendo.
Pero más que aliados, eran nuestros señores, a los que rendíamos pleitesía y a los que teníamos que rendir cuentas. Tampoco quise aportar ese dato, así que opté por guardármelo para mí. Decidí responder otra cosa.
—No hay duda de que posee fuerza aún, pero son muchas las amenazas a las que tiene que enfrentarse y todas ellas han sobrevenido a la vez.
—Cuando las superen, Suppiululuma agradecerá mi apoyo, y Ugarit renacerá de sus cenizas —dijo el rey sin dar importancia a lo que yo le había expuesto.
Ese optimismo, o el querer obviar detalles relevantes, del que hacía gala Hammurabi, no se me contagió. Si yo ya estaba desesperanzado después de lo vivido, mis malas sensaciones habían aumentado aún más después de haber escuchado el relato del virrey. Certifiqué pues, tras escuchar aquella afirmación del que continuaba siendo mi monarca, que no se estaba dando cuenta de la magnitud de los hechos. Yo estaba convencido de que lo que nuestro anfitrión nos había relatado era solo una pequeña parte de los problemas que azotaban al Imperio, y que había tratado de suavizarlos para no hacernos más daño del que ya habíamos sufrido. Me daba la impresión de que los asirios, los *ahhiyawa*, los gasga, los *lukka,* y los opositores al trono, eran más peligrosos de lo que nos quería hacer ver.

Me preocupó sobremanera todo lo relativo a la guerra, pero pensé también en lo importante que era el asunto de la falta de alimento. Tierras abandonadas y no trabajadas significaba escasez de grano, y eso llevaba irremediablemente a la hambruna. Cuando esta aparecía y la gente no recibía su sustento, buscaban la manera de alimentarse ellos y a los suyos. Lo más probable era que tarde o temprano, la propia población sobre la que gobernabas acabara levantándose en tu contra. Hammurabi, que no se había tenido que enfrentar a esa situación, por suerte para él, no era consciente de la

gravedad de todos esos factores, que, aunque por separado eran asumibles para un Imperio como el hitita, sumados, suponían una crisis de gran calado.
—He pensado que lo mejor será que nos unamos a la flota —dijo el rey sacándome de la reflexión en la que me había sumido—, eso nos permitirá tener más margen de maniobra, y creo que abastecer a las tropas que están en esa región…, Lukka ha dicho el virrey, ¿no?
—Lukka, mi señor —afirmé.
—Será más fácil que enfrentarnos a los salvajes esos de las montañas, o al primo del emperador. Dejemos que él se encargue de esas amenazas y centrémonos en el mar, ya que, al fin y al cabo, los hititas no tienen flota y dependen de la nuestra. Nos sentimos más cómodos en el mar que en la tierra.
Soltó una carcajada. Parecía satisfecho con aquella deducción. Fue en aquel momento cuando me di cuenta del todo de la debilidad de Hammurabi y de lo poco consciente que era él de ella. Como otros muchos que le servían, ya sabía que no poseía dotes ni capacidades de mando suficientes, pero siempre había estado rodeado de hombres inteligentes que habían actuado en la sombra, pero con buen criterio, y que habían tomado las decisiones adecuadas para que Ugarit prosperara. El problema era que esos consejeros ya no estaban. La mayoría de ellos, entre los que estaba el general Keret, habían fallecido, y si había algo de suerte, tal vez quedara algún alto mando del ejército o de la flota que pudiera aconsejarle sabiamente. Estaba claro que yo no tenía la preparación suficiente como para llevar a cabo esa función, por mucho que el desaparecido Keret pensara diferente. La política y la diplomacia no eran lo mío. Últimamente había errado a lo hora de tomar decisiones importantes, así que no me veía capacitado para asesorarle en aquellos momentos.
—Recuperaremos el honor de Ugarit, amigo mío, y volveremos a ser más grandes que antes —me dio una fuerte palmada en el hombro.
Miré a los tres soldados que me acompañaban. Habían guardado silencio hasta aquel momento, pero me percaté de que ellos tampoco tenían las cosas tan claras.
—Cuento contigo para esta ardua tarea, capitán Halunapi.
—Claro, mi rey —dije sin demasiado entusiasmo.
—Alegra esa cara, hoy es el primer día del resurgir de nuestro reino.
Justo en ese momento llegamos a los que serían sus aposentos. Accedió al interior y se despidió de nosotros. Uno de los hombres, Shunal, tomó la palabra cuando estuvimos a solas:
—Capitán, ¿puedo serte sincero?
Le invité a serlo con un gesto de mi mano.
—Creo que el rey no es consciente de lo que está ocurriendo. Las cosas que nos ha explicado el virrey…

—Lo sé —dije llevándome los dedos al arco superior de la nariz, ya que me estaba comenzando a doler la cabeza.
—Hablo en nombre de mis compañeros, señor, cuando digo que no sé si es buena idea ir a buscar a la flota. Quizá sea mejor quedarnos aquí, en Karkemish. Los muros de la ciudad son más altos y gruesos que los de Ugarit, y la guarnición del virrey es numerosa.
—También lo sé, Shunal.
Los tres soldados me miraban con cara de pena. Me puse en su lugar, y comprendí que ya habían sufrido suficiente. Habían escapado por poco del asalto a nuestra capital, y ahora su rey les pedía que le acompañaran en una empresa cuyo futuro era incierto. Entendía la situación en la que se hallaban, pero recordé las últimas palabras del general Keret.
—Nuestra obligación como soldados es la de servir a nuestro monarca, así que, si él decide ir a reunirse con nuestra flota, eso es lo que haremos.
Los tres soldados se miraron entre sí.
—Todos hemos pasado por una situación difícil, yo el primero, y hemos conseguido escapar por poco…
—Pero, capitán… —interrumpió otro de los soldados, de nombre Falaan—, si no hay reino, ¿tampoco hay rey al que servir?
Aquellas palabras no me gustaron nada. Lancé una severa mirada al hombre que había osado pronunciarlas, y este agachó la mirada, avergonzado.
—Lo que quiere decir Falaan, señor, es que tentar dos veces a la suerte es mucho, y que tal y como nos han pintado el escenario, deberías tratar de convencer al rey de que lo mejor es quedarnos bajo la protección del virrey. Ugarit ya ha dado más de lo que tiene, y creo que nos merecemos un descanso —expuso Shunal.
—Comprendo lo que me explicáis, y por ello no os voy a exigir que vengáis. Yo sí que lo haré, y si lo deseáis, os excusaré ante el rey —respondí dándome cuenta de que esos hombres estaban tan exhaustos como asustados—. Y ahora, será mejor que vayamos a descansar.
No les di la oportunidad de que me respondieran, ya que me marché en dirección al recinto en el que nos íbamos a alojar. Necesitaba un lecho en el que descansar, esa era mi prioridad en aquel momento. Parecía que yo era quien debía resolver los problemas de los demás, y a mí nadie me iba a ayudar. Imaginé que eso formaba parte de los quebraderos de cabeza de los cargos de suma responsabilidad y no envidié a todos los que competían por llegar hasta lo más alto de la cúspide. Si se me daba a elegir, prefería quedarme con lo que siempre había sido, aunque algo en mi fuero interno me decía que nada iba a ser tan fácil de ahora en adelante.

IV

Pasaron unos cuantos días hasta que el virrey pudo concedernos una escolta de hombres suficiente para emprender el camino hasta la región de Lukka. Durante ese tiempo, vigilé a mis hombres, por si intentaban hacer algo inapropiado a su condición. Hablé con Hammurabi y le expuse sus inquietudes y miedos, y el monarca, contra todo pronóstico, entendió perfectamente lo que sentían. Me arriesgué a que se enojara y quisiera castigarlos por desobedecer una orden, pero se mostró comprensivo y convenció a Sarri Kushu de que sus soldados se quedarían en palacio protegiendo a su esposa e hijos.
Mi sorpresa llegó el día de la partida. Una escolta de veinte jinetes, cuatro carros de guerra, y dos para el transporte de avituallamiento. Esa era la fuerza que nos prestó para poder arribar a nuestro destino. Eso era esperable, pero no comprobar cómo mis tres únicos soldados, miembros de la guardia real de Ugarit, estaban preparados para acompañarnos…, eso no tenía precio.
—¿A qué debo el placer de teneros aquí? —fue lo único que les pude preguntar.
—Agradecemos profundamente el hecho de que nuestro capitán hablara por nosotros al rey, pero hemos concluido, tras reflexionar sobre el asunto, que no podemos deshonrar la memoria de nuestros hermanos de armas. Ellos dieron sus vidas por proteger al monarca y a todos los habitantes de Ugarit, y nosotros no queremos ser menos. Es nuestro deber, tú mismo nos lo recordaste, capitán Halunapi —dijo Shunal.
Una emoción me embargó. Pensé que preferirían quedarse en Karkemish, tal y como me habían solicitado, pero en realidad optaron por comportarse de la manera más deseable. Me sentía orgulloso de ellos.
—Me alegra saber que esta ha sido vuestra decisión —respondí.
—Tenemos un gran referente al que seguir —añadió Falaan.
—El rey también estará orgulloso de vosotros.
No hace falta decir que Hammurabi, engalanado con una flamante armadura, cedida por el mismo virrey, y montando un robusto corcel, hizo lo que yo pronostiqué.
—Os deseo una buena travesía, y que el dios de la guerra, Tarhunta os proteja —nos deseó Sarri Kushu—. Os dejo en buenas manos, Walmu es el segundo al mando de mi guardia personal—añadió señalando a uno de los jinetes que estaban cerca de mí—, él conoce a la perfección

los caminos y os guiará hasta Lukka.
El aludido hizo una reverencia.
—Tan pronto como cumpla con su cometido, tiene la orden de regresar.
Walmu asintió y tiró de las riendas de su montura, que viró hasta alejarse y situarse al frente de la columna.
—Muchas gracias por todo, virrey Sarri Kushu —dijo mi rey haciendo una reverencia—, regresaremos con una victoria. Deseo que los dioses también te sean propicios en tu guerra para frenar las ambiciones de los asirios.
—Que así sea…
Abandonamos la ciudad de Karkemish y nos dirigimos hacia el oeste. Nuestro guía nos informó de que daríamos un rodeo, virando al norte cuando llegáramos a la fortaleza de Kummanni. De esa manera evitaríamos la zona donde el primo del emperador se había hecho fuerte. Pasaríamos cerca de Purushanda, donde estaba acantonado parte de nuestro ejército, y luego descenderíamos de nuevo hacia el sur, buscando el nacimiento del río Astarpa. Desde allí buscaríamos el camino real que llevaba directamente a la región de Lukka. Nuestro destino era la ciudad portuaria de Kap Gelidonya, que era donde en teoría fondeaba nuestra flota. Las últimas noticias de esta habían sido enviadas desde allí, aunque Walmu nos informó de que hasta que no estuviéramos cerca, no sabríamos cómo estaría la situación. Quería evitar entrar de lleno en las ciudades cercanas a nuestro destino, ya que desconocía si estaban bajo control del ejército imperial, o si por el contrario mantenían su independencia. Comprendí perfectamente su preocupación, y aunque no nos los dijo de manera directa, pude ver reflejada en su mirada cierto grado de inquietud.

*****

Fortaleza de Kummanni, región de Kizzuwatana, seis días más tarde

—El río Píramo tiene más actividad de la que suele ser habitual —informó el gobernador Madduwatta, que estaba al frente de la fortaleza—. Nos han llegado noticias desde la ciudad de Lawazantija, unos kilómetros más al sur, de avistamientos de pequeñas flotas que navegan en ambos sentidos.
—¿Y de quién son esas flotas? ¿Nuestras? —interrogó el rey.
—No lo creo, majestad —respondió el gobernador mientras daba unas palmadas para que los esclavos sirvieran la gran mesa en la que nos habíamos sentado todos.
—Pero mi flota…, quiero decir, la flota del emperador es la que controla la costa y los accesos fluviales —insistió Hammurabi.
—Eso no lo pongo en duda, mi rey, pero debes saber que hace semanas que ninguno de nuestros barcos se ha acercado a los puertos

que están bajo nuestro control.
—¿Sugieres algo, gobernador?
—Tan solo confirmo lo que mis ojos ven y lo que mis informadores me cuentan —trató de justificar Madduwatta.
El rey me miró con mala cara. Sabía lo que eso significaba e intuía que en breve mostraría su peor cara.
—La flota de Ugarit está compuesta por los mejores y más capaces marineros y la fama de intrépidos acompaña a nuestros capitanes. Así que, dudo mucho que nadie sea capaz de derrotarlos.
—Tampoco he dicho que haya ocurrido tal cosa, majestad.
—En ocasiones no es necesario decirlo directamente con palabras, gobernador, simplemente se trata de saber leer entre líneas —respondió Hammurabi un poco molesto.
—La situación en la región de Lukka dista de estar controlada. Y los puertos que hay entre ellos y nosotros, están ahora bajo el control del rebelde Kurunta, lo que dificulta más el acceso de los barcos de nuestra flota.
—¿Y quién es ese Kurunta? —preguntó el rey.
—El primo del emperador, majestad —interrumpió Walmu.
—Esa sucia rata que pretende usurpar el trono —añadió el gobernador antes de dar un largo sorbo a su copa.
—Entiendo…
Hammurabi hizo lo propio, dando por terminada aquella conversación que no le había gustado nada. El banquete transcurrió con normalidad, y cuando nos retiramos a los aposentos, el monarca nos dijo que a la mañana siguiente partiríamos al alba. No quería demorarse mucho más, ya que las noticias, o la falta de noticias para ser más exactos, le inquietaban. Fue Walmu quien se acercó hasta mí, una vez el rey se fue a descansar, para exponerme algo que le preocupaba.
—No es una buena señal.
—Lo sé —respondí llevándomelo un poco más lejos, fuera de las miradas de mis hombres y de los suyos.
—Esos barcos que navegan por el río, podrían ser los mismos que atacaron Ugarit —insinuó.
—He pensado lo mismo. Quería haberle preguntado al gobernador algo más acerca del tipo de navíos que eran, pero he preferido no hacerlo en presencia de mi rey.
—He observado que está un poco irritable —añadió Walmu,
—Ser un rey sin reino que gobernar, debe quitarle el sueño —dije confraternizando con ese oficial que parecía pensar como yo.
—Imagino que sí. Todos habéis perdido mucho…
Me acordé entonces de mi hermana y mi madre. Me había dejado arrastrar por la inercia de los últimos días y casi me había olvidado de

ellas. La costumbre de rezar a los dioses también la había comenzado a perder, y en realidad todo eso hacía que me sintiera incómodo.
—Sí, todos perdimos algo en Ugarit…, pero al menos podemos decir que continuamos vivos y siendo libres. Otros no están aquí para afirmar eso —respondí un poco consternado.
—Ruego que me disculpes, no quería abrir viejas heridas.
—Tranquilo, no son tan viejas. Para mí es como si eso hubiera ocurrido ayer mismo.
—Entiendo —respondió él dándome un poco de tiempo.
Nos miramos y comprendimos lo que el otro pensaba.
—En cuanto a nuestra flota…, tengo un mal presagio. Con esos salvajes campando a sus anchas y sembrando el terror, existe la posibilidad de que algo malo les haya ocurrido. Ese Kurunta del que ha hablado el gobernador, ¿posee naves? —le interrogué entonces.
—Que yo sepa, no. Ya sabes que nosotros somos más de tierra que de mar.
—Ya.
—¿Por qué lo preguntas?
—Quería saber si podría haber atacado a la flota de Ugarit por la retaguardia, o si existía la posibilidad de que esas naves que se divisaron en el río fueran suyas —respondí.
—Lo dudo mucho…, a no ser que haya hecho algún pacto con los mismos que asolaron vuestras tierras.
—¿Eso sería posible? —pregunté.
—En estos tiempos en los que vivimos, cualquier cosa es posible, capitán Halunapi. Ese traidor ansía tanto el trono que sería capaz de aliarse con todo aquel que fuera enemigo del emperador.
—Veo que es un odio ancestral lo que mueve a ese hombre.
—A ese hombre y a todos los de su estirpe que le precedieron. Todo viene de muy atrás en el tiempo, de cuando el rey Hattusili I antes de su muerte, nombró sucesor a uno de sus hijos, el príncipe Urhi Tessup. Este era en aquel momento el gobernador de la región de Tarhuntassa, y fue acusado por su hermano Muwattalli II de conspirar contra el emperador. Hattussili I hizo que se investigara el asunto, y las sospechas se convirtieron en un hecho real, ya que se demostró que las acusaciones eran ciertas. Urhi Tessup fue apresado y ejecutado antes de que se padre falleciera, dejando el trono a su otro hijo.
—Qué lio —dije.
—Tremendo, ya que sus familiares se encargaron a su vez de verter acusaciones sobre el propio Muwattalli II, diciendo que fue él quien urdió esa trama para acceder al trono y quitarse de en medio a su hermano. Por su parte, el nuevo emperador decía que Urhi Tessup realmente conspiró contra su padre y que este actuó como debía contra quien amenazaba la unidad de su Imperio.

—Y Kurunta es descendiente de Urhi Tessup —concluí.
—Eso es, capitán.
«Todo es muy complicado, pero en cierto modo puedo llegar a entender el porqué de la reclamación de los derechos dinásticos», me dije a mi mismo para no enojar a mi contertulio, que había tachado a Kurunta de traidor.
—Creo que sería mejor que nos retiráramos a descansar, nos pondremos en marcha muy temprano —le dije.
—De acuerdo.

V

Ciudad de Dereköy, región de Lukka, tres semanas más tarde

Nos tuvimos que desviar más de lo previsto inicialmente, ya que nuestro guía, basándose en la información que había ido recabando en los diferentes puestos en los que nos íbamos deteniendo, valoró un riesgo elevado si nos acercábamos demasiado a la región de Tarhuntassa. Las fuerzas del usurpador Kurunta se habían puesto en marcha hacia el norte, y eso no presagiaba nada bueno. Me asaltó en aquel momento una duda, ¿por qué ahora? ¿Qué era lo que empujaba a aquel hombre, que creía poseer los derechos sobre el trono imperial, a desplazar a su ejército hacia el norte? No teníamos noticia alguna de lo que ocurría en la región de Lukka, hacia donde nos dirigíamos, pero una sombra de sospecha enturbió mis pensamientos durante días. Walmu se mostró contundente a la hora de decidir el trayecto, y aunque mi rey se opuso con su habitual tozudez a tener que dar semejante rodeo, acabó por ceder ante los argumentos presentados por el oficial de Karkemish.

Continuamos hacia el oeste, atravesando la región de Pedassa, hasta llegar al nacimiento del río Astarpa, en las montañas. Fue un camino complicado, y no exento de dificultades, en el que perdimos uno de los carros, que se despeñó por un angosto desfiladero, arrastrando a las dos mulas que tiraban del mismo, y a los tres hombres que viajaban en él. Fue un duro contratiempo, pero las circunstancias del viaje eran esas, y no podíamos detenernos a lamentarnos. El propio Walmu fue quien instó a sus hombres a continuar. Desde allí, gracias a unos pastores que se ofrecieron a guiarnos, nos dirigimos hacia el sur, llegando hasta la ciudad de Düver. Bueno, lo que quedaba de ella, ya que, según nuestros nuevos compañeros de viaje, la otrora esplendorosa y populosa urbe, no era más que un reflejo de lo que había sido antaño. Según nos relataron, centenares de familias habían abandonado sus hogares por culpa de la guerra. Refugiados del sur, de otros centros como Parha, Kuwalabassa, Dereköy o Beylerbey, habían hecho lo propio ante la llegada de gentes procedentes del mar, que habían ido ocupando las ciudades costeras desde poco tiempo atrás. Estos recién llegados se habían ido mezclando con los autóctonos de la zona y había surgido una especie de sentimiento antiimperial. Esa había sido la causa por la que los ejércitos de Suppiululuma II habían tenido que desplazarse hasta allí, para poner orden y restablecer la

autoridad que se había perdido. Esas pobres gentes, ciudadanos humildes y trabajadores, se habían visto envueltos en una guerra cruenta que no entendía de edad, género o condición. Así pues, se vieron obligados a desplazarse de sus hogares, y buscar refugio más al norte.

Nuestros guías, nos indicaron cual era el camino más directo hacia la ciudad portuaria de Kap Gelidonya sin hacernos ninguna pregunta indecorosa. Tan solo nos advirtieron de que, en aquella zona de la región, los combates se habían recrudecido en las últimas semanas, y que no nos aconsejaban ir. Pero no fue nada más que un consejo, al que por supuesto no hicimos caso. Hammurabi tenía prisa por reunirse con la flota, ya que necesitaba tener buenas noticias. Pero yo comencé a estar más intranquilo de lo que había estado hasta entonces.

—Mi rey, creo que deberíamos hacer caso a las advertencias de esos hombres —le insinué aquella misma noche, en un lugar apartado del resto.

—Estamos muy cerca ya, capitán Halunapi. Además, esos dos no han estado en Kap Gelidonya para saber si los rumores son ciertos, o simples habladurías.

—Aunque no hayan estado, conocen a gente que ha venido desde allí —insistí.

—Podrían ser los únicos súbditos que me quedan, capitán —me dijo él entristeciendo la mirada.

Y razón no le faltaba. Sentí pena por las palabras del hombre al que servía. Pero en el fondo sabía que tenía razón, y traté de no trasladarle mis preocupaciones, porque imaginé que con las suyas ya tendría suficiente.

—Lamento mucho mi comportamiento, majestad. Pensarás que soy un cobarde al pronunciar estas palabras —me atreví a decir agachando la cabeza.

—¿Cobarde? ¿Tú? —soltó una carcajada.

Me quedé atónito ante aquella reacción. No me la esperaba. Era el rey, y como tal, pensaba que se enojaría ante mi reacción.

—¿Cómo quieres que piense así del hombre que defendió las murallas de Ugarit hasta el último aliento? ¿O del hombre que me escoltó hasta Karkemish y me siguió en esta aventura de futuro incierto? El general Keret vio algo en ti, capitán Halunapi, y yo siempre confié en su criterio —hizo una pausa acompañada de una leve sonrisa—. Ya sabes que no destaco por ser un gobernante que posea unas cualidades excepcionales, y que siempre me he rodeado de consejeros que suplan mis carencias.

No le respondí, ya que no deseaba faltar al respeto al hombre que me estaba loando.

—Vamos, no me digas ahora que no piensas así…

—Verás, mi rey. Lo que yo opine no creo que sea procedente en estos momentos —dije con cautela.
Volvió a soltar una carcajada.
—A estas alturas, tenemos confianza suficiente. No me enfadaré porque confirmes lo que yo ya sé.
—En ocasiones, dejarse aconsejar por hombres más sabios, te convierte en uno de ellos —afirmé.
—Pero esos hombres sabios que mencionas ya no están, capitán. Solo te tengo a ti, y a tus tres guardias —dijo señalando en dirección a donde estaban descansando.
—Una escolta indigna de un rey de tu talla, mi señor.
—No seas tan adulador.
—No lo soy, mi rey, un hombre de tu posición merece más que esto —dije.
—Por supuesto, y por eso vamos a conseguirlo —respondió él—. Además, estar en esta situación tan adversa me ha ayudado a entender la importancia de ser un buen rey. Dejarse aconsejar por otros que sepan más es bueno, pero uno debe saber hacer las cosas por sí mismo. Es fácil acomodarse en el cargo y permitir que otros cumplan con tus deberes y obligaciones, capitán. Pero de la desgracia también se aprende, y yo me he dado cuenta de que el reino de Ugarit merece tener un rey acorde a su grandeza.
Aquellas palabras no me las esperaba. Me sorprendieron, pero para bien. Me quedé perplejo ante el grado de madurez del discurso de Hammurabi. Entendí que de la adversidad había tratado de sacar lo poco positivo que podía existir.
—Por eso es importante que demos con los nuestros. Recuperaremos nuestra ciudad y volveremos a hacer grande el reino —afirmó poniéndose en pie y cerrando el puño al aire—. Llegado el momento de que eso ocurra, te necesitaré a mi lado, capitán. Juntos reconstruiremos lo que nos han arrebatado.
Se acercó hasta mí y me alargó su brazo. Me ofrecía que le acompañará en aquel reto. Confié en él, y vi en su mirada la seguridad de alguien que ha madurado y que tiene claros sus objetivos, así que aferré con fuerza su antebrazo.
—Aún nos queda mucho por delante, capitán, pero estoy convencido de que juntos lo conseguiremos, y que los dioses nos ayudarán. Ya nos han quitado casi todo lo que teníamos, no creo que sean tan crueles.

*****

Pero sí que lo eran. Hammurabi no era consciente de lo crueles que podían llegar a ser los seres divinos. En su infinita sabiduría, aquellos que regían los destinos de los mortales, podían ser tan, o más severos de lo que uno pudiera llegar a imaginar. Y los días venideros acabaron

por confirmar tal sospecha. Lo que se aventuraba como algo bueno, acabaría convirtiéndose en nuestra perdición. Poco a poco, a medida que avanzábamos, nos fuimos dando cuenta de que el mismo paisaje iba cambiando. Era como si nos fuéramos acercando a los dominios del dios Mot, el señor de la muerte y de la oscuridad. Los desolados páramos, carentes de vida alguna, denotaban precisamente esa sensación, y pude ver en el rostro de todos los integrantes de aquel reducido grupo, el miedo y el terror. Winuwanda estaba completamente abandonada. Comprobamos que los muros de la ciudad estaban prácticamente derruidos y que no había ni una sola alma en su interior. Fue allí, donde me di cuenta de que algo iba mal. La sensación que me había acompañado aquellas últimas semanas pasó a ser más intensa. Pernoctamos en el exterior de esta, a una distancia prudencial de diez kilómetros, ya que optamos por no hacerlo dentro por miedo a que las almas de los que allí hubieran muerto se nos aparecieran por la noche. Walmu se encargó de apostar a varios de sus hombres en los alrededores de nuestro improvisado campamento, mientras ordenaba racionar aún más los alimentos, ya que todo apuntaba a una eventual escasez de estos durante las siguientes jornadas de viaje.

—Algo me dice que deberíamos regresar, Halunapi —me dijo Walmu cuando se sentó a mi lado tras dar las últimas indicaciones.

Asentí con la cabeza.

—Se me hace extraño no haber encontrado unidades o asentamientos del ejército imperial aún —añadió el oficial.

—Se lo diría a mi rey, pero tiene otra cosa en mente.

—Estamos a dos días y medio de Kap Gelidonya, pero me asusta seguir avanzando. Mis hombres están nerviosos, y eso que son veteranos curtidos.

—Yo tampoco lo veo muy claro —le dije—, pero ya que estamos aquí, creo que deberíamos continuar.

—Veo que mis malos presentimientos no van a haceros cambiar de opinión —respondió el oficial hitita—. El virrey se comprometió a ayudaros en esto, y yo, su representante directo tengo la obligación de ser garante de sus palabras, así que cumpliré con sus órdenes. Puedes estar tranquilo —añadió apoyando su mano sobre mi hombro justo antes de levantarse y retirarse.

Me quedé solo. Pensé y medité durante un largo rato, hasta que el cansancio se apoderó de mí. Cerré los ojos lentamente hasta que me quedé dormido. Fue entonces cuando ella vino a visitarme. Haliya. Curiosamente yo estaba apostado sobre las murallas de Ugarit. La ciudad estaba impoluta, como yo la recordaba. Yo miraba hacia el horizonte, en dirección a la costa, justo cuando divisaba una flota que se acercaba hacia nosotros. Al viento ondeaban las velas de color

carmesí con la representación del dios Yam en forma de serpiente marina. No había duda de que era la flota de Ugarit que regresaba a la ciudad. Iba a dar la noticia al cuerpo de guardia, cuando mi hermana se acercó corriendo hacia mí, con las manos alzadas y gritando. Desde la distancia yo no la entendía, por eso daba la indicación a los soldados para que abrieran los portones de la muralla y se prepararan para salir en dirección al puerto para recibir a los nuestros. Era extraño, porque por mucho que ella se esmerara en correr, parecía que no se acercaba hasta donde yo estaba. Poco a poco, la ciudad se engalanaba y podía ver cómo la flota atracaba en el puerto. La distancia hasta la ciudad no era demasiada, así que los marineros no tardarían en reunirse con sus familias y amigos. Me giré de nuevo hacia Haliya, para ver que ya estaba más cerca. Escuchaba algunas palabras que decía, pero otras, la mayoría, se las llevaba el viento. Justo entonces, observé cómo el rey Hammurabi, al frente de una comitiva, salía de la ciudad, y tras él, la ciudadanía, entre alegría y jolgorio se dirigía a dar la bienvenida extramuros a nuestros valientes hombres de la flota. Yo me quedaba en los muros de la ciudad, velando como siempre por la seguridad y cumpliendo mis funciones. Pero de repente, escuchaba con claridad mi nombre. Me giraba y veía que mi hermana estaba a escasa distancia. Lloraba y gritaba hasta caer rendida en mis brazos. Entonces la miraba y veía el terror en su rostro. «¡No son nuestros marineros, Halunapi! ¡Debes advertir al rey y a los demás! ¡Vienen a tomar Ugarit!». Tras decir aquellas palabras, Haliya se desvanecía entre mis brazos, convirtiéndose en polvo y siendo arrastrada por un repentino viento de tormenta. Eran los gritos de terror que provenían del exterior de la ciudad los que me hacían reaccionar. Su presagio se cumplía. Asistía desde mi posición a una escena horrorosa. Esos marineros que habían venido en nuestra flota se convertían de repente en seres demoníacos. Les salían colmillos, garras, alas y todo tipo de deformidades abismales, y se lanzaban contra los que salían a recibirlos. Sangre y dolor. Me quedaba inmóvil, sin poder mover un solo músculo de mi cuerpo mientras presenciaba aquella orgía de muerte que acababa con todo mi pueblo. Y yo había sido el responsable por abrir las puertas de la ciudad. Yo…

VI

Afueras de Winuwanda, a la mañana siguiente

—¡Despierta, capitán Halunapi!
Me sobresalté y agarré por el pescuezo a Walmu. El pobre, que me había despertado de aquella terrible pesadilla, se apartó un poco para que no le golpeara en sueños. Me aferró con fuerza por los hombros y me dijo sonriendo:
—Tranquilo…, no era más que una pesadilla.
Respiré hondo y le solté. Cerré los ojos de nuevo y traté de poner en orden mi convulsa mente.
—Era muy real —dije.
—El mundo de los sueños es complejo, amigo, pero no es en el que vives.
—Lamento haberte agarrado con fuerza.
—No es nada —respondió él dándome la mano y ayudándome.
—Espero que lo que he soñado se quede en el lugar que le corresponde.
—¿Y qué es lo que te ha perturbado tanto? —interrogó.
Iba a relatárselo, ya que lo tenía muy reciente y fresco, pero preferí guardármelo para mí. No tenía ganas de revivir aquella terrible pesadilla, y tampoco pretendía asustar a nadie más. Mucho menos en las circunstancias en las que nos hallábamos. Habría sido una estupidez descomunal.
—Cosas sin sentido, Walmu.
—¿Qué ha perturbado tu mente? En ocasiones los sueños pueden ser avisos de lo que está por acontecer —añadió él como si fuera un adivino o un interpretador de sueños.
—Un buen desayuno me reconfortará —dije tratando de cambiar de tema—. ¿Alguna novedad esta noche? —le pregunté.
—Nada. Los hombres han hecho sus guardias con absoluta normalidad.
—Entonces pongámonos en marcha cuanto antes. El día pasa muy rápido —indiqué.
—He pensado que como algunos de los nuestros están fatigados tras estar parte de la noche en vela, y como estos caminos no parecen ser tan seguros como lo fueron antaño, sería prudente viajar a partir del atardecer. Si nos movemos usando el amparo de la oscuridad, estaremos más protegidos.

—¿Protegidos de qué? —le pregunté.
—No lo sé. De lo que los dioses quieran que haya causado todo esto.
—¿Hammurabi que opina?
—Está de acuerdo —respondió Walmu.
—Como tú creas. Eres quien conoce mejor esta región, así que seguiremos tus consejos. No nos ha ido tan mal hasta ahora.
El oficial sonrió ante aquel halago.
—Toda precaución es poca en estos tiempos.
Se retiró mientras yo me desperezaba. Aún estaba algo confuso por el sueño que había perturbado mi descanso, y trataba de comprender si aquello era algún tipo de mensaje al que debía prestar atención. Pero no tenía sentido alguno para mí. No comprendía nada ya que se mezclaban elementos reales con otros totalmente imaginarios. Pensé que lo mejor iba a ser borrarlos de mi cabeza, así que busqué cosas con las que entretenerme. Recordar lo que soñaba era algo habitual, aunque la mayoría de las veces, a medida que avanzaba el día, esos recuerdos se iban diluyendo hasta desaparecer por completo. Esperaba que en esta ocasión sucediera lo mismo.

*****

Dos noches más tarde, divisamos en la lejanía el puerto de Kap Gelidonya. El viaje fue más tranquilo de lo que esperábamos, ya que, al movernos en la oscuridad, esta nos parapetaba. Además, procuramos alejarnos de los centros de población que íbamos encontrando. Pasamos cerca de tres lugares en los que se habían librado contiendas. Los cadáveres daban fe de ello, y a juzgar por lo poco que pudimos ver, en dos de ellas, los muertos del bando imperial eran los únicos que permanecían insepultos. Habían pasado semanas desde que se combatió en aquellas ubicaciones, y lo dedujimos por el avanzado estado de descomposición en el que se hallaban los cuerpos. La mayoría de ellos despojados de casi todo y a la intemperie, a merced de los elementos y de las bestias carroñeras que merodeaban. ¿Qué clase de enemigo deja insepultos los cuerpos de los vencidos? ¿Es que no se había permitido a sus camaradas poder enterrarlos con dignidad? Aquello enturbió aún más los escasos ánimos que nos acompañaban. Tres de los jinetes de Walmu habían desaparecido la jornada anterior a nuestra llegada. Habían salido a forrajear y a ver si daban con algo de comida, ya que las provisiones escaseaban, y no habían regresado. Aunque la duda de la deserción siempre planeaba sobre nuestras cabezas, existía también la posibilidad de que los hubieran capturado.
—¿Esperamos a que amanezca para acercarnos hasta la ciudad, mi rey? —pregunté a Hammurabi sacándolo de su ensimismamiento.
—Nos moveremos antes de que amanezca, por si acaso —respondió—.

Que los hombres descansen un rato y coman algo. Al rayar el sol, estaremos con nuestra flota.
Fue decir la palabra flota, y de nuevo el turbio sueño que tuve algunas noches atrás hizo acto de presencia en mi mente. Yo que creía que se había esfumado para siempre… Nada más lejos de la realidad.
—Espero que en la costa haya más movimiento —interrumpió Walmu sentándose a mi lado.
—Yo también, amigo.
—Si hacemos caso a la información que nos dieron los pastores hace unos cuantos días, los rebeldes deben haber ocupado la línea costera —informó el oficial.
—Eso siempre y cuando no sean las tropas imperiales las que estén defendiendo esos enclaves —afirmé.
—No lo sé, Halunapi…
Nadie decía nada abiertamente, pero en el fondo todos pensábamos lo mismo. Era como si tratáramos de ocultárselo a los demás por miedo a que nuestras premoniciones se tornaran realidad.
—Venga, hombre. Hemos llegado hasta aquí de una sola pieza —traté de obviar la desaparición de sus jinetes, pero vi en su mirada que él había caído en la cuenta de ese detalle—. Lo siento.
—No te preocupes. Con suerte habrán desertado. Tal vez habría sido lo más inteligente.
—¿Por qué lo dices? —pregunté asombrado al escucharlo.
—Seamos realistas. ¿Crees que nuestro ejército controla esta región? ¿Los has visto en alguna parte?
—No…, pero tampoco he visto rastro de esa gente a la que consideráis rebeldes —afirmé con rotundidad.
—¿Y no te parece extraño?
—Desde que abandonamos la ciudad de Dereköy no hay momento en el que no me venga a la cabeza la misma pregunta. ¿Qué está ocurriendo? —dije con sinceridad.
—Entonces, ¿por qué no hemos regresado ya?
—Por él —sentencié señalando a mi rey.
Walmu me miró y asintió.
—Por su sueño, quieres decir.
—Por eso y porque es mi rey, amigo. Tu deberías entenderlo mejor que nadie. Imagino que si estás aún aquí es por lo mismo que yo. Por cumplir con tu deber.
—Últimamente me pregunto dónde está la línea que separa el deber de la cordura —añadió levantándose—. Voy a descansar un poco, si puedo.
Asentí y me acurruqué en el interior de mi capote, mientras analizaba aquellas últimas palabras de mi compañero de viaje. No le faltaba razón, pero ahora estábamos casi al final de aquella aventura, y en

cierto modo me generaba también curiosidad ver lo que nos esperaba en la ciudad portuaria. Me dormí pensando en que nuestros barcos estarían amarrados en los muelles aguardando la llegada de su rey para regresar a casa y poner de nuevo orden en el caos. Esa era mi esperanza…

VII

Cercanías de Kap Gelidonya, antes del amanecer

Estábamos muy cerca de la ciudad, pero Walmu optó por no entrar directamente en ella. Se veían hogueras encendidas en lo alto de los muros, pero no teníamos garantías suficientes, así que sugirió la posibilidad de rodear el perímetro de la urbe por la parte oriental, y hallar algún punto de acceso menos vigilado o dar con alguien que nos pudiera aportar algo de información. Hammurabi aceptó la propuesta y bordeamos la muralla hasta llegar a la costa. No se veía nada por la oscuridad, así que aguardamos hasta que clareara un poco más, y fue entonces cuando nos llevamos una grata sorpresa. Desde la distancia se podía ver el puerto. Estaba protegido por la línea de muros, pero al habernos movido un poco hacia la parte este, habíamos entrado en una pequeña península de tierra desde la cual se divisaban los barcos amarrados.

—¡Son de los nuestros, capitán Halunapi! —gritó el rey—. ¡Son las velas color carmesí con el emblema del dios Yam!

Al pronunciar aquellas palabras, no pude sino rememorar la pesadilla que me había azotado noches atrás. Caí en la cuenta de que tal vez, mi hermana se me había aparecido en sueños para advertirme de lo que nuestros ojos estaban viendo en aquel momento. Miré de soslayo a Walmu, que estaba concentrado en otear el horizonte. Mientras tanto, los demás hombres que componían el modesto cuerpo expedicionario se abrazaban con júbilo y celebraban aquella buena noticia, la única en semanas de viaje. Pude ver cómo la alegría se apoderaba de aquellos que habían pasado mil y una fatalidades para poder llegar hasta allí y no pude evitar sentir un alivio. Pero ese alivio no era satisfactorio. Había algo que no me gustaba e iba a expresarlo cuando de súbito vi cómo el rey azuzaba a su caballo para que emprendiera la marcha. No tuve tiempo de detenerlo, así que opté por galopar detrás de él. Toda la comitiva hizo la propio y avanzó forzando a los caballos en dirección a la puerta oriental de la ciudad. Podría haber intentado detener a Hammurabi, pero algo en mi interior me lo impedía, ya que analizando el estado de euforia en el que había entrado, habría sido imposible.

Fue cuando estábamos a escasos mil metros de la puerta, cuando observé cómo en la parte alta de la muralla había movimiento. Aparecieron varios hombres armados con arcos y tensaron,

obligándonos a aminorar la marcha. Todos se había percatado de aquello, y fue el rey, que iba en cabeza quien levantó la mano para ordenar que nos detuviéramos a una distancia prudencial.
—Entrégame la enseña del reino que salvamos del palacio —me ordenó entonces.
Obedecí de inmediato y la saqué de dentro de mi zurrón. Estaba muy arrugada, pero aún conservaba el color carmesí y el dibujo que mostraba la figura de serpiente marina del dios de los mares, Yam. Volví a darme cuenta de que era la misma que en mi pesadilla, y pensé si me estaba equivocando. Hammurabi la colocó al final del asta de una lanza que pidió a uno de los soldados de Walmu, y luego la elevó y comenzó a ondearla al viento. Pasaron unos instantes, que me parecieron eternos, hasta que nos respondieron desde lo alto del muro con la misma señal y bandera. No pude evitar respirar aliviado. Mis presentimientos eran equivocados, y aquella aparición onírica no había hecho otra cosa más que preocuparme sin motivo. Estábamos a punto de reunirnos con nuestra gente. Nuestra flota estaba a salvo…

*****

Al menos eso era lo que creíamos todos. Aunque no pasó mucho tiempo hasta que recibimos una bofetada de realidad. Un nuevo antojo de los dioses, que se reían en nuestras caras. Tan pronto como nos abrieron las puertas y accedimos al interior de la ciudad portuaria, nos dimos cuenta de que algo iba mal. Los soldados que merodeaban por los alrededores, pese a portar las armaduras y los cascos típicos de los hititas, no se asemejaban en aspecto a ellos. El tremendo ruido de las puertas cerrándose a nuestras espaldas, y el posterior descenso por las escaleras laterales de un numeroso grupo de hombres armados, nos alarmó del todo. Tratamos de aferrar nuestras armas, pero la voz potente de uno de los que bajaba rápidamente puso en guardia a los guerreros que estaban más cerca, y estos enarbolaron sus largas lanzas y nos comenzaron a rodear. El idioma que había usado aquel hombre nos era desconocido, por lo que dedujimos que esos no eran quienes aparentaban ser. Miré a Walmu, quien apartaba en ese instante la mano de la empuñadura de su espada de bronce. Eran más de cincuenta hombres, y nosotros un grupo irrisorio que no tenía más opción que deponer las armas y rendirse.
—¡Por todos los dioses! —gritó Hammurabi maldiciendo a las divinidades—. ¡¿Decidme de una maldita vez qué es lo que os he hecho?! ¡¿Os he ofendido en algo para que me castiguéis de esta manera?!
Traté de decir algo, pero en esos momentos no se me ocurrió nada que pudiera consolar a mi rey. Estaba furioso. Había caído en una celada sin que nadie le hubiera empujado hasta ella. El entusiasmo no le

había permitido ver más allá de lo que sus ojos le mostraban. Pero tampoco se le podía reprochar nada, ya que nadie se había dado cuenta de la realidad. Fue entonces cuando el cabecilla se abrió paso entre la amalgama de hombres que nos rodeaban. Era alguien importante, ya que todos se apartaban a su paso. Llevaba puesta la armadura de un oficial hitita, acorde al rango que él mismo debía ostentar. Deduje que sería de ese pueblo de los *lukka*, o tal vez un rebelde que se había unido a ellos en la guerra contra el Imperio. La amplia sonrisa que se dibujó en su cara no hacía presagiar nada bueno para nosotros. Aferró la mano de un hombre que estaba a su lado y le dijo algo en un idioma que no entendíamos. Cuando hubo terminado, el otro tomó la palabra:

—¿Quiénes sois y qué hacéis aquí? —preguntó en nuestra lengua.

—¡Soy yo quien debo formular esa misma pregunta, puesto que mi posición real así lo exige! —respondió con desprecio Hammurabi, sin ser consciente del calado de sus palabras.

El hombre tradujo las palabras al otro, mientras yo trataba de explicarle a mi señor que esa no había sido una buena idea.

—No debes delatar quién eres, mi señor. Debes ser tan prudente como puedas ya que esta gente no es quien creíamos que eran.

Él me miró con esa soberbia que solo un hombre de su posición puede tener. De nuevo me daba cuenta de que no había aprendido nada. Todavía recordaba cómo me había dicho que la experiencia que había acumulado le ayudaría a actuar de una manera más sensata en adelante. Ahora me daba cuenta de que eso era imposible. Aquella era su única naturaleza y se abría camino a pasos agigantados. Sin que yo pudiera hacer nada para refrenarla.

—Repetiré la pregunta de nuevo, ¿quiénes sois y de dónde venís? —insistió el hombre alzando un poco el tono de su voz dejando claro que estaba perdiendo la paciencia—. ¿Y cómo es que portáis ese emblema con vosotros?

—¿Cómo te atreves a dirigirte de esa manera al rey de Ugarit? —interrogó a su vez Hammurabi.

El hombre lo tradujo de inmediato al cabecilla, y tan pronto como hubo comprendido, el otro se acercó hasta el monarca, y aferrándole por la pierna derecha, lo desmontó arrojándolo de bruces al suelo con una rápida y fuerte maniobra. Hice un movimiento para tratar de bajar de mi animal, pero rápidamente seis puntas de lanza se acomodaron a dos dedos de varias zonas de mi cuerpo. Estaba claro que no podría intervenir para salvarle de su arrogancia. El cabecilla alzó a Hammurabi agarrándole de la pechera de la túnica. Dijo algo en voz alta, y todos los que había alrededor comenzaron a reír. Pronto el traductor intervino.

—Dice que, para ser el rey de Ugarit, estás muy lejos de tu reino.

Hammurabi hizo ademán de responder, pero el intérprete prosiguió:
—Por tu bien, rey de Ugarit, deberías escoger con más inteligencia las palabras que vas a pronunciar a continuación. Tu futuro y el de los hombres que viajan contigo, depende de ello. Sé sabio y piensa bien antes de hablar, ya que traduciré literalmente lo que salga de tu boca.
—Pagaréis cara esta ofensa. Mi flota y el ejército imperial os colgarán de la muralla de la ciudad —dijo sin pensar.
—¿A qué flota y a qué ejército te refieres? —preguntó con sorna el hombre.
—Mis barcos están varados en el muelle.
—Claro que lo están, gran rey de Ugarit —sonrió burlonamente y señaló en dirección al puerto—, el problema es que no tienes a tus marineros para que los tripulen. Muchos están ahora en el fondo del mar, otros, huyeron hasta la costa y desaparecieron poniendo tierra de por medio, y algunos, como es mi caso…, mi rey, nos dimos cuenta de que era mejor unirse a esta gente, antes que servir a un rey estúpido que no sabe dónde envía a sus súbditos.
Cuando terminó de decir aquellas palabras, le escupió en la cara. La flota, y ya de paso el ejército imperial hitita, habían sido derrotados por aquella gente. Y algunos de los marineros de Ugarit, se les habían unido.
—¡Por El y por Baal! ¡¿Se puede saber qué estás diciendo?! —vociferó con lágrimas en los ojos Hammurabi, dándose cuenta de la cruda realidad.
—¡Nos enviaste a la muerte, rey de Ugarit! ¡Te maldigo mil veces y deseo que vivas una larga vida de miseria en la que pagues por todos tus pecados! ¡Hablo en nombre de todos los que estamos aquí y que un día servimos en esos barcos, cuando digo que ya no vamos a obedecer a ningún rey más!
Aferró por el brazo al hombre que parecía que mandaba y se lo alzó:
—¡Los *lukka*, y sus aliados los *ahhiyawa*, que han venido del otro lado del mar, nos han enseñado cual es el camino! ¡No seremos esclavos de ningún tirano más! ¡Que el mensaje quede escrito en el firmamento, y que el viento lo lleve hasta todas las ciudades hititas! ¡Una nueva era ha comenzado!
Centenares de gargantas vociferaron al unísono, y fue en aquel momento cuando me di cuenta de que lo mismo que le había ocurrido a mi ciudad, estaba a punto de ocurrirle al poderoso e imbatible Imperio hitita. Lo que había ocurrido en la región de Lukka no iba a ser más que el inicio de una era que se abocaba irremediablemente hacia la destrucción, el saqueo y la guerra. El futuro era muy oscuro, y me pregunté si yo podría ser testigo de lo que estaba por venir.

CUARTA PARTE: MENSAH

SUPERVIVENCIA

I

En las proximidades de Buto, desembocadura del río Nilo. Primavera del quinto año de reinado del faraón Ramsés III (1179 a. C.)

Estábamos acampados en la orilla occidental del gran río. Habíamos llegado la tarde anterior y el campamento se había levantado a toda prisa para poder descansar el máximo tiempo posible antes de tenernos que enfrentar al enemigo. Desde mi ubicación me estremecía al observar las miles de hogueras que se levantaban en la oscuridad de la gélida noche. Aunque estaba siendo una primavera suave, por las noches la temperatura descendía considerablemente, y echarse un manto sobre los hombros ayudaba a soportar mejor ese tipo de servicios a la intemperie. No pude evitar pensar por duodécima vez en aquella nueva amenaza que se cernía sobre nosotros, y que provenía de más allá de las fronteras de nuestro reino. El abuelo de nuestro amado faraón, el gran Merenptah, la voz del dios Amón en la tierra, ya había tenido que enfrentarse a esas mismas gentes hacía más de veinte años. Los había derrotado tras una cruenta batalla librada en las cercanías de Per Ir, pero lejos de aniquilar a los supervivientes, o esclavizarlos para usarlos como fuerza de trabajo, optó por enrolarlos en sus fuerzas. Una vez los vencidos juraron lealtad eterna al rey de Egipto, fueron enviados a guarnecer los fuertes que vigilaban el país de Djahy, lo que se conoce como la región de Canaán, justo en la parte más alejada del que había sido su territorio de partida. Aunque el hombre más poderoso en la tierra no se dio cuenta de que su acción fue una señal clara de debilidad. Lejos de mejorar las cosas, su sucesor, Seti II, también el elegido del gran dios protector de Egipto, tampoco solucionó aquel problema que se había enquistado. Tener allí destacados a esos guerreros evitaba tener que destinar fuerzas autóctonas, pero en el fondo, se les estaban entregando las llaves de acceso por la frontera nororiental en caso de que decidieran revolverse contra la mano que les daba de comer.

Ahora, la nueva amenaza provenía del punto cardinal opuesto, pero no dejaban de ser gentes de origen similar a los que ya lo habían intentado en su día y que ahora servían a nuestros intereses. Era normal pues que el miedo se apoderase de nuestras mentes y hasta de nuestros cuerpos, ya que nadie sabía cómo reaccionarían las guarniciones que en teoría debían velar por nuestra seguridad. Garantías no había, y por ello, el faraón había optado por fortificar el

gran río en su orilla oriental y dejar contingentes de hombres para resistir un posible ataque simultáneo.
—¿En qué piensas, Mensah?
Me giré sobresaltado y observé a mi compañero de guardia.
—En nada, Seb.
—Te has quedado embobado y no respondías a mi llamada. Por eso me he tenido que acercar hasta tu posición. Al no verte en la oscuridad cerrada creí que te había pasado algo malo.
—Agradezco tu preocupación, amigo, pero simplemente estaba observando las hogueras del campamento enemigo —le respondí sonriendo.
—Son muchas, Mensah. Allí tiene que haber miles de guerreros.
—No hay duda de que sí —respondí.
—Los exploradores han informado de que sus fuerzas nos superan ampliamente en número.
—Lo cierto es que asusta hablar de cifras, pero debes estar tranquilo, ya que su superioridad numérica no significa que sean mejores que nosotros —le dije para tratar de tranquilizarle en un momento en el que intuía que su moral estaba decayendo, como la de la mayoría de nuestros guerreros.
—Lo sé, pero el faraón podría haber traído más hombres del sur, o de los fortines de la orilla oriental del río si sabía que somos menos —repuso él.
—No lo sé, amigo. Imagino que lo ha tenido en cuenta a la hora de trazar la estrategia. Esto es un plan global, confía en él, ya que es quien posee la capacidad de hablar en nombre de nuestro protector, Amón.
No podía dejar de mirar hacia la otra orilla mientras escuchaba las palabras de mi compañero. Pensé que aquella gente que venía de tan lejos lo único que ansiaba era apoderarse de nuestro país, saquear nuestras cosechas, esclavizarnos, o incluso exterminarnos. Se me erizó el vello de los brazos y sentí cómo un escalofrío recorría mi espalda, y no por culpa de la baja temperatura.
—¿Serán los mismos que han asolado el Levante y que están llevando a la ruina al país de Hatti? —me preguntó entonces Seb sacándome de nuevo de mi reflexión.
—No lo sé.
Me encogí de hombros ya que no sabía si lo eran, pero teniendo en cuenta las noticias que nos habían llegado en las últimas semanas, era muy probable que, si no eran los mismos que habían asolado los territorios de nuestros vecinos y aliados, sí que guardaran algún tipo de relación con ellos.
—Si Hatti cae, nosotros iremos después, hermano.
—Bah, no creo que sea para tanto, tan solo advertían de dificultades

para abastecerse, Seb. Por Amón, no seas tan pesimista —le regañé, aunque ni siquiera yo estaba convencido de aquellas palabras que le transmití.
—Lo hititas poseen un formidable Imperio, con muchos reinos vasallos que les pueden asistir… —comenzó a decir—, ¿y tienen que acudir al faraón para solicitarle grano? ¿No ves nada raro en todo este asunto, Mensah?
Claro que lo veía, pero no era el momento ni el lugar para desmotivar aún más a mi compañero. Lo más probable era que cuando el dios Atón emergiera en el horizonte, tuviéramos que librar una gran batalla contra un enemigo que nos superaba ampliamente en número. Así que, pensé que lo menos oportuno era añadir preocupaciones a uno de los hombres que tendría que luchar a mi lado. Básicamente porque si él tenía dudas, las acabaría trasladando a otros, y ya se sabe cuán importante es la moral para poder vencer cuando las circunstancias no te son favorables.
—Me asusta que esa gente nos supere, Mensah…, si lo que se explica sobre ellos es verdad, temo por lo que pueda pasarnos.
—No permitiremos que rebasen nuestra posición. El faraón lo tiene todo muy estudiado, y su Estado Mayor ha planificado una estrategia acorde a nuestro enemigo. Además, no deberías hacer caso a los rumores, ya sabes que las cosas siempre tienden a exagerarse.
—¿Cómo lo sabes?
—¿El qué? —interrogué.
—Lo de la estrategia que dices que han estudiado.
—¡Ah! ¿eso? Pues me lo explicó el capitán Ur Atum antes de repartir los turnos de guardia —respondí tratando de parecer convincente, aunque sabía que no estaba siendo sincero con él.
—Te trata muy bien el capitán —añadió él con cierta conformidad.
—No me puedo quejar. Ya sabes que es el primo de mi madre y eso evidentemente tendrá algo que ver —reconocí sonriendo, aunque no me gustara demasiado sacar ese tema.
—Cada día que pasa, te admiro más, Mensah. Un hombre con tus contactos e influencias podría estar en la guardia del faraón, lejos de la primera línea de batalla, y en cambio has elegido el camino más difícil —dijo Seb con una amplia sonrisa.
—Me dijeron que aquí hacían falta hombres fuertes y valientes…, así que acudí a la llamada raudo —respondí guiñándole un ojo como gesto de complicidad.
—Y no hay duda de que lo eres, Mensah. Suerte que te tenemos con nosotros.
Seb era un buen hombre. Valiente, aunque en ocasiones las dudas se apoderaban de él e impedían que actuara como debía, mostrando más sus debilidades que sus virtudes. Le faltaba autoconfianza, y eso era

importante en momentos como los que estaban por venir.
—Confío en ti y en el capitán Ur Atum.
Obviamente el oficial al mando de mi compañía no me había transmitido información alguna, y lo que le dije a mi compañero era lo que requería en aquel preciso instante para levantar su ánimo, ya que había detectado que estaba por los suelos. Hacía mucho tiempo que el ejército no combatía. La mayoría de los hombres que conformaban aquella fuerza jamás lo habían hecho. No habían tenido que matar a nadie nunca, y eso era una desventaja clara respecto a los que tenían que enfrentarse a nosotros, que sí que habían probado el sabor de la sangre. Muchos reclutas se habían convocado con carácter de urgencia para responder a aquellos movimientos del enemigo, y su entrenamiento era deficiente, por no decir, inexistente. Imaginé que tanto el faraón como sus oficiales de alto rango, serían conscientes de aquel pequeño detalle, y traté de comprender cuál iba a ser el planteamiento táctico de la batalla. ¿Los veteranos en primera línea aguantando el choque? ¿O los reclutas al frente para que se curtieran o para que sirvieran de carnaza al feroz enemigo y así lo pudieran desgastar? No era capaz de decantarme por ninguna de las dos opciones. Me vino a la cabeza una tercera en la que los dos tipos de tropa se mezclaban para optimizar mejor los resultados. Esa me parecía más adecuada, pero claro, yo no pintaba nada a la hora de tomar tal decisión. Debería esperar a la mañana siguiente para comprobar lo que los dioses nos deparaban.

II

En las proximidades de Buto, desembocadura del río Nilo, a la mañana siguiente

Una suave brisa, acompañada de un griterío y tumulto me despertó de mi plácido sueño. La luz ya entraba por las costuras de la tienda fabricada en tela de suave lino. Me desperecé mientras observaba cómo Sed ya estaba completamente vestido y pertrechado para el combate. Me miraba desde los pies de mi lecho con el rostro serio:

—Será mejor que no te demores mucho, Mensah. Como llegue el capitán y te encuentre aun así, se enfadará contigo. Y no te servirá de nada que seas familia suya, ya sabes cuán importante es para él la disciplina.

Asentí porque sabía que estaba en lo cierto. A Ur Atum no le agradaba que sus hombres fueran impuntuales, o que se saltaran las normas sin más, y por ello me incorporé rápidamente, presto a recoger mi pequeño y humilde camastro hecho de paja, y a colocarme los pertrechos para el combate. Fue mi compañero quien me entregó el carcaj con las flechas y mi arco.

—Muchas gracias —respondí aceptando lo que me daba.

Acto seguido cogí mi espada corta de bronce y la até a mi cinturón de cuero.

—¿Está el carro preparado? —le dije a mi amigo.

—Sí.

—¿Y los caballos? ¿Han descansado?

—Más que yo, seguro —me dijo mi auriga.

—¿Es que no has dormido?

—No mucho. He estado pensando en esa gente.

—Ya te dije ayer que no te preocuparas tanto por ellos. Ya sabes que no tienen carros y nosotros sí, lo cual nos confiere una ventaja clara en el campo de batalla — le dije mientras aferraba con fuerza el carcaj a mi cintura.

—No lo sé, Mensah…, no me gusta tener el río a nuestras espaldas. No me transmite confianza —repuso él—. Si las cosas nos vienen mal dadas, no podremos replegarnos a la otra orilla.

—Eso poco importa, la flota ha sido enviada hacia la desembocadura del río. O sea que todo se va a decidir en este lado. Sed, retroceder no es una opción.

—¡Por Amón! ¡Lo que dices es terrible!

—Puede que lo parezca, pero en el fondo eso espoleará a los hombres a luchar con valentía y a no ceder ni un solo palmo de terreno —afirmé tratando de dar una visión más optimista a aquella noticia, que, transmitida con aquella contundencia, sonaba más fuerte incluso de lo que ya era.

Mi auriga me miró con el miedo arraigado en sus ojos. Pensé que a lo mejor no debería haberle dado aquella información, pero debía ser tan sincero como me fuera posible. Mentirle habría sido una estupidez, ya que, si luego se daba cuenta de aquello en plena contienda, a lo mejor su reacción podría ser fatal.

—Agradezco tu sinceridad, Mensah.

—Es bueno saber a lo que nos enfrentamos, así nos permite estar más atentos a lo que ocurra en el devenir de la batalla —le dije poniéndole la mano sobre el hombro—. Y ahora, vayamos a ver cómo se encuentran Sekhmet y Osiris —añadí refiriéndome a nuestros dos caballos.

Me acompañó al exterior, y nos acercamos hasta donde estaban los animales y los carros de guerra. Había ya un ajetreo importante en el campamento. Los infantes, los arqueros, y los aurigas no paraban de moverse en todas direcciones, cada cual buscando su regimiento o unidad. Tardamos un poco en llegar hasta donde estaban la yegua y el semental que tiraban de nuestro carruaje. Dos ejemplares extraordinarios. Una hembra de color grisáceo y un macho de un color negro oscuro como la noche. Los tres esclavos que cuidaban de ellos, al vernos aparecer, se pusieron rápidamente en marcha y colocaron a los animales en el eje, sujetándolos con fuerza. Me acerqué a Osiris, y le acaricié el morro. El semental relinchó e irguió la cola, lo que sin duda quería decir que estaba excitado. Era increíble cómo ellos podían percibir el estado de ánimo de los humanos. Los dos sabían que íbamos a la guerra. Lo percibían en nosotros, y en todo lo que los rodeaba. El movimiento del campamento ya les había dado señales de que algo estaba ocurriendo, y el simple hecho de que los esclavos comenzaran a engancharlos al eje, fue suficiente para que comprendieran lo que iba a suceder a continuación. Estaban acostumbrados a los ejercicios duros y a los entrenamientos a los que los sometía, pero aquello, lo que estaba aconteciendo a su alrededor, era distinto. Era algo que no habían vivido antes, pero comprobé que se habían percatado de que era una situación importante.

—Sí…, hoy vamos a luchar —les dije en voz baja a ambos colocando mi cabeza entre las suyas y sujetándolos por sus hocicos con mis manos.

Los dos animales soltaron un relincho, como si se tratara de una respuesta a lo que les acababa de decir.

—No te entienden, Mensah —dijo de repente Sed, que se había

acercado hasta mí.
—Quizá no sepan interpretar mis palabras, pero estoy convencido de que saben perfectamente hacia dónde nos dirigimos, y que lo que hoy ocurra va a ser vital.
—Si tú lo dices… —respondió mi auriga justo antes de subir a la plataforma del carro.
No le dije nada. Ya estaba suficientemente tenso como para que yo ahora entrara en una discusión con él por aquel tema. Lo importante era que yo sabía que sí que existía un vínculo especial con mis caballos. Los había criado desde que eran unos potrillos, y todo el tiempo que había compartido con ellos, no solo entrenándolos, sino también, dándoles de beber, cuidando de sus heridas, durmiendo incluso junto a ellos, había servido para estrechar muchísimo los lazos.
—El capitán, Mensah…
Me giré de inmediato, y vi cómo Ur Atum se acercaba dando grandes zancadas hasta nosotros. Subí a la plataforma del carro y me cogí a la abrazadera fijando una pequeña pero resistente tira de cuero a la misma que me mantendría estable en todo momento y sujeto a la estructura.
—¡Buenos días, capitán! —saludé desde mi posición elevada.
—¡Serán para ti! —respondió con cara de pocos amigos.
Miré a Seb de reojo y este se encogió de hombros. Parecía que nuestro superior no estaba de buen humor.
—¿Estáis preparados? —preguntó.
—Siempre lo estamos —contesté aferrando mi arco angular, tensando la cuerda para comprobar la elasticidad.
—Por Amón que hoy va a ser un día muy largo —musitó cómo si no estuviéramos allí.
—Te veo preocupado —le dije.
Se situó frente a Osiris y le dio un par de palmadas en el cuello. El animal, que también le conocía, soltó un bufido de placer.
—Parece que los últimos informes que nos han llegado acerca del enemigo son poco alentadores… —hizo una pausa dramática y se fijó en mi rostro.
—Son más de los que creíamos, ¿no? —preguntó Seb mirándome de reojo.
—Muchos más…
Esa era la preocupación que tenía el primo de mi madre. Era un militar veterano, que había participado en alguna que otra guerra, pese a que el Imperio hacía tiempo que no se veía inmerso en ninguna que fuera de gran magnitud. Pero pese a eso, no era de los que se escondían detrás de sus hombres, sino que gustaba de combatir en primera línea, junto a ellos, codo con codo. Eso era algo admirable

para un hombre de su posición y de su prestigio, y los hombres que servían bajo sus órdenes admiraban aquella predisposición a ensuciarse las manos pese a ser un oficial de alta graduación. No era habitual que otros lo hicieran, así que Ur Atum destacaba por su valentía y arrojo, pese a que ya superaba con creces los cincuenta años, y su salud y energía no era las de antaño.

—¡Por Amón que no será para tanto! —dije yo tratando de levantar un poco el ánimo.

Los dos hombres me miraron, aunque no percibí en ellos demasiado entusiasmo.

—¿Y cuáles son los planes del faraón? —interrogó Seb.

—Los regimientos de carros nos desplegaremos como siempre, al frente de la infantería, y cubriremos todo el ancho del campo de batalla. Nosotros, y el regimiento de Horus, ocuparemos los dos flancos, y nuestra misión consistirá en rodear a las fuerzas enemigas una vez avancen —hizo una pausa mientras usaba un palo para dibujar la maniobra en el terreno arenoso—. Así… —mostró de esa manera el plan.

Observé con detalle lo que había plasmado sobre la arena.

—¿Solo dos regimientos para flanquear o buscar la retaguardia? —pregunté mientras pensaba en lo que había dicho el capitán antes refiriéndose a los muchos enemigos que conformaban la fuerza invasora.

—El resto deben mantenerlos a raya para que podamos llevar a cabo el ataque sorpresa —explicó Ur Atum.

—Siendo tantos como dices…, se me antoja un poco complicado frenarlos —dije un poco confundido.

—Se trata de caer sobre ellos y provocar el desconcierto en sus filas, para que luego nuestra infantería pueda cargar y rematar el trabajo.

—Demasiado ambicioso ese plan —interrumpió Seb que no lo veía claro—. Por Amón que no creo que podamos causar mucho daño siendo tan pocos.

Ur Atum se encogió de hombros.

—No podemos sacar más carros de donde no los hay. Sé que el faraón ha enviado mensajeros de manera urgente para reclamar que varios de los regimientos que están en la otra orilla del río se pongan en marcha y crucen lo antes posible.

—Pero eso no sucederá antes de mañana —expuso mi auriga—. Hasta entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Lo que se nos ha ordenado —sentencié—, ni más ni menos.

III

En las proximidades de Buto, desembocadura del río Nilo, antes de mediodía

Era el momento de cargar. Los caballos estaban nerviosos, pero se habían mantenido en calma para no ser descubiertos por las tropas del enemigo que avanzaban en grandes grupos hacia el frente. Estaban siendo atraídos por los demás regimientos de carros, que se colocaban a distancia de tiro para arrojar andanadas de flechas sobre ellos. Estos, aguijoneados constantemente, no tenían más opción que avanzar, lo cual nos favorecía, ya que no se fijaban en lo que podía haber en sus flancos. Estábamos ocultos, a una distancia prudencial, por lo que el relincho de nuestros caballos era inaudible en el fragor de la batalla. Cincuenta y cuatro carros en mi regimiento, incluyendo el del capitán Ur Atum. Sesenta y uno en el regimiento de Horus, colocado en el extremo opuesto del campo de batalla. Pensé que podríamos hacer muy poco siendo una unidad tan reducida, pero tal vez el efecto sorpresa diera algo de tiempo a nuestra infantería para poder cargar sobre el enemigo. Sabíamos que esas gentes no movían únicamente guerreros, sino que cuando se desplazaban, solían llevar a sus familias con ellos, por lo que tal vez, ese instinto protector, les obligaría a velar por ellos. Se me ocurrió una idea en aquel preciso instante. Maldije a los dioses por no haber caído antes en la cuenta, pero debía exponérsela a mi superior.

—Ur Atum…

El capitán, que estaba en su carro justo a mi izquierda, se movió un poco sobre la plataforma.

—¿Qué quieres ahora, Mensah?

—¿Y si en lugar de atacarles por el flanco, asaltamos su campamento directamente? —expuse.

—¡Por Amón! ¡¿Qué estás diciendo?

—Esa gente viaja con sus mujeres e hijos como nos han informado los exploradores —comencé a decirle—, y esa es su vulnerabilidad. Nos superan en número, pero si llevamos el combate hasta su retaguardia, no tendrán más remedio que darse la vuelta para defender lo que más estiman en este mundo. Si lo hacen, cosa que sin duda veo muy probable, ya que yo mismo lo haría sin dudar, nuestra infantería podrá arremeter sobre ellos con mucha ventaja.

El capitán me miró y se quedó pensativo. Seb sonrió por primera vez

en muchos días, lo que me tranquilizó sobremanera, ya que era un claro indicio de que mi plan le gustaba y que tal vez no era tan malo.
—¡Soreb! —gritó el capitán Ur Atum, llamando al hombre que estaba como tripulante del carro más cercano.
El aludido descendió del carro y se acercó presto hasta el pie del de su superior.
—¡Escúchame con atención! ¡Regresa hasta donde está el faraón dirigiendo la batalla, y comunícale que vamos a modificar el plan de ataque! —me miró de soslayo en ese preciso momento—. ¡Dile que el regimiento Ptah, atacará el campamento del enemigo, y que lo haremos haciendo todo el ruido posible, para llamar la atención de sus guerreros!
—Pero…, eso no era lo que estaba estipulado, capitán —replicó el subordinado.
—¡Transmite las órdenes tal y como te las he pasado!
El susodicho asintió levemente.
—¡Cuando llegue el momento de dar las explicaciones pertinentes, lo haré con mucho gusto!

Soreb hizo un gesto de aceptación con la cabeza y se montó inmediatamente sobre su carro. Dio una indicación a su auriga, y este hizo virar a los caballos sacándolos de la formación. Al cabo de poco, estaba ya galopando hacía la retaguardia del ejército. Acto seguido, Ur Atum se giró sobre la plataforma de su carro y se dispuso a transmitir las órdenes a los aurigas y tripulantes de su regimiento. Fue breve en su discurso, aunque recalcó el tema de la importancia de la nueva tarea. A nadie le gustaba la idea de matar a mujeres y niños, ya que no había nada de nobleza en acometer semejante acción, pero pude ver que todos y cada uno de los miembros del regimiento de Ptah estaban dispuestos a cumplir con las órdenes sin plantearse duda alguna. Pensé entonces en que sería yo el responsable de lo que ocurriera de ahora en adelante, pero la seguridad de Egipto estaba por encima de todo lo demás. Eran o ellos, o nosotros…

*****

Caímos sobre ellos sorprendiéndolos. No esperaban que fuéramos tan audaces, o tan insensatos como para emprender aquella acción, así que apenas habían dejado una treintena de hombres armados protegiendo a los suyos. Eso nos facilitó mucho el trabajo, ya que pasamos por encima de ellos, abatiéndolos como si fueran seres indefensos. Ni siquiera nos detuvimos, y con el campamento a nuestra merced, comenzamos a matar a todos los que se cruzaban en nuestro camino. Muchos de los tripulantes de los carros se apearon de estos y sacaron sus espadas y lanzas para perseguir y eliminar a las familias de aquellos guerreros que se habían atrevido a invadir nuestro país.

Esa osadía les iba a salir muy cara.
Sabíamos que no disponíamos de mucho tiempo para llevar a cabo la acción, pero debíamos mostrarnos contundentes, ya que el estruendo de nuestra carga pronto llamaría la atención del enemigo. Esa era precisamente la clave del éxito de aquella operación. Habíamos actuado como si fuéramos una tormenta de relámpagos. Los dioses nos habían brindado aquella oportunidad, y pese a la crueldad con la que actuamos, nuestra acometida cumplió con su objetivo principal. Pronto el terreno sobre el que se levantaban centenares de tiendas comenzó a sembrarse de cuerpos sin vida. Mujeres, niños, ancianos…, algún que otro hombre adulto que estaba recuperándose de alguna herida o enfermedad. La muerte y la desolación que aquellas gentes traían consigo se les giró en contra, y fueron víctimas de su propio destino.
Acababa de abatir de un flechazo en el pecho a una mujer que corría portando de la mano a su hija pequeña, cuando sin darme cuenta escuché un ruido fuerte bajo las ruedas del carro, que hizo que se elevara ligeramente. Miré para atrás cuando la plataforma regresó a su posición y observé como habíamos pasado por encima de un cuerpo sin vida que yacía sobre el suelo. Toque ligeramente en el hombro a Seb, que sujetaba las riendas con suma destreza.
—¿Qué ha sido eso? —pregunté pese a saber lo que habían ocurrido.
—¡No he podido esquivarlo! ¡Osiris ha impactado con algo y lo ha derribado!
—¡Para el carro allí! —le ordené señalando una tienda de piel de cabra que estaba cerca.
Me obedeció y rápidamente desaté la cinta de cuero que me sujetaba a la plataforma. Me acerqué a toda prisa hasta donde estaba la mujer que había abatido hacía nada con mi arco. Me agaché sobre el cuerpo sin vida y lo aparté hacia un lado con toda la delicadeza que pude. Allí fue donde encontré lo que buscaba. La pequeña niña que la mujer arrastraba de la mano. Por suerte para ella, el pesado cuerpo de su progenitora no la había aplastado del todo y, gracias a mi rapidez de movimientos y a mi fuerza, pude quitársela de encima. La cogí en brazos sin pensármelo y la llevé hacia el carro.
—¡Por Isis, Mensah! ¡¿Se puede saber qué estás haciendo?! —me recriminó Seb mientras depositaba a la niña a sus pies.
—¡Nos la llevamos!
—¡No podemos hacer eso! —insistió sujetándome con fuerza del brazo.
—¡¿Y quieres que la dejemos aquí para que alguno de los nuestros la mate?! ¡¿O para que algún carro pase por encima de ella como hemos hecho nosotros con ese cuerpo hace un momento?! —le respondí con contundencia mientras señalaba el punto en el que yacía el cuerpo al

que hacía referencia.
Mi auriga y amigo miró fijamente la ubicación que le marcaba, y luego soltó mi brazo.
—Haz lo que quieras, pero vas a buscarte problemas —dijo bajando el tono de voz.
—Lo sé, pero espero que al menos esta acción compense todo lo malo que he hecho hoy.
—Defender tu país no es hacer algo malo.
—Lo sé, pero he sido yo quien he dado la idea a Ur Atum, así que como comprenderás, soy el responsable de esta matanza y deberé cargar con ella lo que me quede de vida —añadí con un sentimiento de culpa que crecía por momentos.
Seb no dijo nada más. Azuzó a los caballos y estos reemprendieron la marcha. No pasó demasiado hasta que el sonido de los cuernos marcó que había llegado la hora de retirarse. Poco a poco todos los carros del regimiento comenzamos a reunirnos en el exterior de lo que había sido hasta entonces el campamento de nuestros enemigos. Ahora no era más que un cementerio. Un páramo cubierto de cadáveres y de tiendas quemadas. No habíamos tenido ni un ápice de clemencia. Había sido rápido, pero la crueldad con la que habíamos atacado a aquella gente los había borrado totalmente del mapa. Ahora, nuestro capitán nos ordenaba retirarnos, pues los carros que había apostado en la retaguardia ya daban el aviso de que el enemigo estaba acercándose hasta allí.
—No dejes que se levante de ahí. Que no la vean —le ordené a Seb.
Mi auriga asintió y colocó sus piernas delante del cuerpo acurrucado de la niña. Pude observar desde mi posición cómo estaba muy asustada. No lloraba, pero me miraba fijamente. No pude comprender qué era lo que sentía. La suciedad de su rostro, mezclada con la sangre seca que tenía, y que debía pertenecer a su madre, camuflaba perfectamente su rictus facial. Esa pequeña era el recuerdo de lo que habíamos hecho en aquel lugar. En todo lo que me quedara de vida no podría borrar de mi mente aquella imagen.

IV

En las proximidades de Buto, desembocadura del río Nilo, aquella misma noche

La victoria fue total. Nuestras fuerzas fueron capaces de resistir el envite de los invasores el tiempo suficiente como para que nosotros actuáramos. Cuando los invasores recibieron la noticia de que sus familias estaban siendo atacadas en el campamento, su frente se fue desmoronando. Los hombres no dudaban en dejar las filas de la formación para regresar a socorrer a los suyos. Ese fue su error. Si hubieran sabido que ya no se podía hacer nada por ellos, quizá habrían optado por mantenerse allí. Al menos de esa manera habrían tenido más opciones de vencer en la batalla. En cambio, el instinto fue superior a la razón, e hizo que quebraran sus líneas y muchos dieran la espalda a las tropas del faraón, que no dudaron en aprovechar las brechas que comenzaron a abrirse frente a ellos. El orden dio paso al caos, y los invasores ya no atendieron a las indicaciones de los que dirigían aquella masa ingente de guerreros, que vieron cómo poco a poco una batalla en la que tenían inicialmente ventaja se convertía en una derrota muy clara.

Nuestras fuerzas no tuvieron clemencia con sus adversarios. La infantería cargó con energía renovada y arrasó con los que se mantuvieron en sus puestos, mientras que los regimientos de carros se lanzaron a la persecución de los hombres que huían en desbandada en dirección al campamento. Fue fácil abatir a un gran número de ellos, ya que la mayoría ni siquiera intentaban atacar a aquellos que los estaban hostigando. Cuando los oficiales creyeron que era oportuno detener el avance, sonaron las trompetas y los cuernos, y los carros frenaron su marcha. Aquella jornada que había empezado con muchas dudas y con una seria amenaza sobre el reino de Egipto, se había acabado convirtiendo en un glorioso día. Y todo había sido gracias a la brillante idea que había tenido uno de los arqueros que formaba parte del regimiento de Ptah. Jugar con las emociones y los sentimientos humanos había sido la clave para darle la vuelta a la situación. Ahora, aquel hombre…, yo, Mensah, hijo de Hanif y Nailah, arquero perteneciente al regimiento de carros Ptah, del glorioso ejército del faraón Ramsés III, comandado por el capitán Ur Atum, estaba frente al mismísimo gobernante del Alto y Bajo Egipto. Postrado ante él, preparado para recibir una condecoración militar y

una recompensa por haber sido el artífice de la victoria sobre el invasor.
—¡Levántate, Mensah! —ordenó el faraón con su poderosa voz.
Obedecí, mientras observaba un poco cohibido cómo todos los hombres de alto rango que formaban parte del consejo del rey aplaudían.
—¡Que Amón te proteja durante todo lo que te quede de vida por haber salvado nuestro reino! —añadió alargándome un pequeño cofre dorado.
Lo sujeté con ambas manos y agaché la cabeza en un claro gesto de agradecimiento.
—Ábrelo sin miedo.
Obedecí al hijo de Amón, a su representante en la tierra, y observé que contenía muchas monedas de oro, varias joyas que brillaban con la luz del sol, y un pequeño papiro plegado.
—Esta es la recompensa que los dioses te ofrecen por haber servido a tu faraón con honor y lealtad. Y ahora, lee lo que pone en el papiro, Mensah.
Desplegué el documento y comencé a leer. No me lo podía creer. Era un ascenso a su guardia personal. Me nombraba oficial de su escolta, con todos los privilegios que ello conllevaba.
—¿Te satisface? —interrogó Ramsés con una sonrisa.
—Por supuesto, mi rey… —dije sin demasiado convencimiento.
—Pues viéndote la cara, cualquiera pensaría lo contrario —afirmó el monarca del Alto y Bajo Egipto.
Me fijé en la cara del capitán Ur Atum. Su rostro serio me estaba regañando en silencio. Le conocía lo suficiente para darme cuenta de que estaba recriminando mi respuesta poco adecuada. Seguro que estaba maldiciéndome por dentro pensando que era un desagradecido al haberme mostrado poco entusiasmado ante aquella recompensa.
—No es eso, mi rey… —reaccioné—. Tan solo es que el honor es tan grande que me ha cogido por sorpresa. Cualquiera que recibiera semejante recompensa estaría eternamente agradecido, pero…
Ramsés dio un par de pasos atrás, y sin dejarme responder, tomó la palabra:
—No es lo que deseas, Mensah…
Me mantuve en silencio sin saber muy bien qué responder.
—Puedes hablarme con total sinceridad, al fin y al cabo, si estamos manteniendo esta conversación, es gracias a lo que ideaste.
—No es mi intención ofenderte, hijo de Amón, gobernador del Alto y Bajo Egipto…
—No hace falta que me adules tanto, Mensah. Comprendo que no desees separarte de tu regimiento, porque, esa es la causa que te hace dudar, ¿no? —me preguntó Ramsés sonriendo.

—Sí, mi rey.
—Capitán Ur Atum —indicó el faraón.
El aludido dio un paso al frente y se postró ante su señor.
—Tú has sido quien me ha informado sobre lo que ha hecho —me señaló entonces—, y como eres su oficial al mando, le conoces mejor que nadie. Además, me han dicho que es el hijo de tu hermana, así que comprendo que lo valoras incluso más que a cualquier otro de tus soldados.
Ur Atum asintió con un leve movimiento de cabeza.
—Entiendo que él desea seguir en su puesto actual, pero creo que es justo que se le conceda algún ascenso por el mérito de sus acciones. Eres un veterano oficial condecorado y que siempre fuiste leal a mi familia —dijo Ramsés acercándose un poco más a él—, así que serás tú el nuevo comandante de mi guardia personal. Has dirigido con buen criterio el asalto al campamento, arriesgándote a que saliera mal, y eso también merece una justa recompensa. Quizá otro en tu lugar no habría desobedecido mi orden por mucho que lo viera tan claro…
El faraón hizo una pausa, dejando claro que aceptaba el resultado de la operación, pero que tenía presente el hecho de que mi capitán hubiera desobedecido su orden.
—En cualquier caso, que Mensah sea nombrado nuevo capitán del regimiento Ptah, y que Ur Atum sea nombrado comandante en jefe de mi guardia personal.
El faraón miró al escriba que estaba tomando notas de aquella ceremonia. Cuando este terminó la redacción, levantó la cabeza y asintió con un gesto de su cabeza. Ramsés alzó la mano y dando por concluida la ceremonia, se retiró a su tienda mientras todos los presentes se postraban ligeramente como muestra de respeto. Poco a poco fuimos abandonando aquella explanada improvisada frente a la orilla occidental del gran río en la que se había llevado a cabo el acto. Me quedé un poco rezagado, ya que fueron muchos los altos cargos del ejército, los funcionarios de la administración, e incluso los sacerdotes, que se acercaron hasta mí para darme las gracias y para felicitarme por mi éxito. Fue entonces cuando alguien me sujetó por el codo. Me giré para comprobar que era Ur Atum.
—Estarás satisfecho —me dijo muy serio.
—No entiendo.
—Te quedas con mi regimiento.
—No era mi intención, Ur Atum…, quiero decir, capitán —traté de justificar.
—De nuevo dejas pasar una buena oportunidad…, y todo por continuar montando en tu maldito carro.
—Verás, no me interesa entrar en la guardia del faraón. Prefiero

quedarme con mis caballos y junto a mis compañeros.
—Y ya que te pones, también con mi puesto —añadió.
Aquellas palabras sonaron contundentes.
—Tu madre querría que te alejaras de la guerra, y tú, en lugar de aprovechar esta oportunidad que te han brindado los dioses, rechazas la oferta por quedarte en un regimiento de carros —reprochó.
—Imagino que lo hago siguiendo tu ejemplo.
Esa no era la respuesta que se esperaba. Se quedó en completo silencio.
—Madre estará orgullosa de mí, puedes estar tranquilo…
Le dejé allí solo. No tenía ganas de discutir con él, aunque mientras me alejaba entendí el motivo por el cual estaba molesto. Su vida había sido el regimiento de Ptah, y ahora yo se lo había arrebatado de un plumazo. No por voluntad propia, sino por designio del faraón, que me recompensaba por la idea que Ur Atum había aceptado y había ejecutado. Él había asumido el riesgo de equivocarse y en lugar de salir beneficiado, se consideraba mal pagado. Había recibido un ascenso a una categoría superior, que le reportaría muchas más ventajas de las que ya tenía, pero en el fondo era como yo. No deseaba poder, riqueza o influencia, sino que lo único que pretendía era estar en el lugar en el que más cómodo se encontraba. Y ese era el regimiento que yo había heredado. Quizá acababa de perder a un buen capitán y a un familiar que me había protegido durante mucho tiempo, y quien sabe si me había ganado un temible enemigo. Eso solo lo sabría con el tiempo…

V

Ciudad de Pi-Ramsés, capital del Imperio egipcio, finales de abril del octavo año de gobierno del faraón Ramsés III (1176 a. C.)

—¿De cuándo son esas noticias, soldado?
—De hace cuatro días, mi rey —respondió el mensajero alzándose cuando su señor le dio la correspondiente indicación.
—¿Por tierra y por mar has dicho? —agregó el gran visir con rostro de preocupación.
—Así es, gran visir. La flota fue divisada por uno de nuestros navíos mercantes hace una semana, en las proximidades de la costa de la región de Djahy. Por la gravedad de la situación, optó por regresar lo antes posible a puerto, donde informó de inmediato a las autoridades —expuso de nuevo el aludido—. Según todo lo que sabemos, se desplazan a mucha velocidad.
—¿Cuántos son? —preguntó el faraón.
—Más de cien, mi rey, aunque no disponemos de un número exacto. Podrían ser incluso más naves.
—¿Y sobre los que avanzan por tierra? —insistió Ramsés.
—Incontables, mi rey. Se mueven con grandes carros de bagaje en los que transportan a sus hijos y mujeres. Las primeras informaciones de las guarniciones de la frontera ponen de manifiesto que se trata de un movimiento migratorio masivo.
—Podrían ser los mismos que han arrasado los dominios del país de Hatti —musitó el gran visir Hanif.
—Por supuesto que lo son —respondió el faraón levantándose de su trono—. Es evidente que no han tenido suficiente con arrasar los territorios de nuestros aliados. Quieren más, ¿no? —preguntó en voz alta cerrando el puño, pero sin esperar respuesta alguna—. De nada sirvió la victoria que obtuve sobre los invasores hace unos pocos años. Parece que mis gestas no fueron suficientemente gloriosas como para refrenar el ímpetu de esos que ahora amenazan de nuevo al país.

Hizo una breve pausa en su relato, como si tratara de evocar aquellos momentos del pasado en los que Egipto se salvó de la invasión.

—Pues yo, Ramsés, el tercero de mi nombre, les voy a dar lo que tanto ansían.

Todos los presentes, entre los que estaba el comandante Ur Atum, observaron aquel gesto de su rey. Pero fue el gran visir quien tomó la

palabra de nuevo:
—Si me permites, gran rey, deberíamos ser cautos a la hora de proceder contra esas gentes. Hace ya muchos meses que no tenemos noticias de nuestros aliados hititas, lo cual me lleva a pensar que algo grave les ha ocurrido.
—Egipto es poderoso, gran visir. Tenemos fuerzas suficientes como para vencer a esos Pueblos del Mar. Debes tener más confianza en mí, ya que cuento con el apoyo de los dioses —respondió de manera tajante Ramsés que parecía molesto por las palabras de su primer ministro.
—Confío plenamente en ti, oh gran rey del Alto y Bajo Egipto…, tan solo te pido que seas prudente y que no infravalores a esas gentes. Allá por donde han pasado, han sembrado el caos y la destrucción —expuso Hanif recordando a todos los presentes la amenaza que suponían esas gentes—. Las poderosas ciudades de los *ahhiyawa* fueron destruidas por completo hace ya años. La isla de Alashiya también fue severamente castigada hace menos tiempo, y qué decir del próspero reino de Ugarit que los presentes ya no sepan… Tan solo deseo que nuestro país no sufra un destino semejante, mi rey.
—No lo sufrirá porque Amón me ha elegido a mí para conducir a nuestros ejércitos hacia la victoria. Nuestros dioses son antiguos y poderosos, más que los de los que han perecido, y por eso nos asistirán en estos convulsos tiempos que nos ha tocado vivir —hizo una breve pausa y acto seguido se sentó de nuevo en el trono—. Podéis estar tranquilos, porque yo, como vuestro padre, soy el protector de Egipto, y jamás permitiré que nadie nos arrebate nuestras tierras —. Tal y como ocurrió en mi quinto año de reinado, cuando derroté a la coalición de los libios y esos Pueblos del Mar, volveré a alzarme con la victoria. Allí donde los demás han fracasado, Egipto vencerá.
La fuerza con la que hablaba Ramsés denotaba seguridad, pero todos los que asistían a aquel consejo de urgencia no podían evitar sentir miedo en sus corazones, ya que las noticias que acompañaban a esas gentes venidas de más allá del mar no eran muy alentadoras. El país de Egipto se preparaba para enfrentarse a una nueva amenaza, y nadie podía saber si sería de igual o mayor magnitud que la acontecida pocos años atrás. A ojos de todos los presentes daba la sensación de que en esta ocasión se trataba de la mayor amenaza en siglos.

*****

La veía jugar y correr con los demás niños y me sentía feliz. Sabía que no era mi hija, pero yo había aprendido a tratarla como tal. Jamás le expliqué cómo se habían unido nuestros caminos, y ella, pese a que seguramente algo recordaba de lo ocurrido, tampoco me preguntó nada al respecto. Jendati era una niña especial. La dulzura era lo que

la caracterizaba, y aunque no hablaba nuestra lengua cuando me la llevé del campamento, la aprendió muy rápido. Su tez morena, su cabello negro como el carbón y sus ojos de color esmeralda eran una combinación perfecta de armonía. Incluso Seb, que inicialmente me había reprochado que me la llevara, se había encariñado de ella, y pasaba mucho tiempo en mi casa. Una casa que me había sido asignada por el mismísimo faraón por mi nuevo rango adquirido, y que estaba ubicada justo al lado de los cuarteles donde mi regimiento estaba acantonado, en la misma ciudad de Pi-Ramsés. La cercanía al lugar en el que estaban destacados mis hombres era lo que me había hecho aceptar el tenerme que desplazar. Bueno, eso, y también el tener conmigo a Jendati, ya que no me gustaba tener que criarla y verla crecer en un ambiente lleno de militares. Casi sin darme cuenta me volqué en la pequeña. Aquello que hice en el campamento en el que ella estaba junto a su familia, siempre me acompañó, y por lo tanto el único alivio que sentía pasaba por ocuparme de ella.

—¡Padre! ¡Mira lo que hago! —gritó Jendati desde el patio reclamando mi atención.

Alcé la mano saludándola. Estaba junto a Annipe, la esclava nubia que había comprado cuando me trasladé hasta mi nuevo hogar. Los que se encargaban de mis caballos pertenecían al ejército y tenían sus propias funciones en el cuartel por lo que no me los pude llevar conmigo. Lo cierto era que tampoco habrían podido ayudarme con ese asunto, ya que no tenían experiencia en la cría y el cuidado de niños. Aquel cofre de monedas que recibí de manos del mismísimo faraón Ramsés después de lograr la victoria sobre los pueblos libios, acompañado de mi nueva condición de capitán, me permitían poder disponer de tres nuevos esclavos, entre los que estaba Annipe, que se dedicaba exclusivamente a los cuidados de mi hija adoptiva.

—¡Mira quién viene a vernos, padre! —me dijo de nuevo cuando vio cómo llegaba Seb acompañado de dos hombres.

No era muy normal que llegara en compañía de otras personas sin haberme avisado, por lo que dejé lo que estaba haciendo y me acerqué a su encuentro. Por los ropajes que vestían esos dos, debían venir de palacio, y si era así, seguramente las noticias que traían no eran buenas.

—Lleva a Jendati dentro —ordené a la esclava.

—Pero, padre, quiero saludar al tío Seb. Hace días que no pasaba por aquí —replicó la pequeña.

No podía negarle nada, y menos cuando me miraba con aquella cara que me enternecía.

—Está bien. Puedes saludarle, pero después entrarás en casa con Annipe mientras hablo con él y esos hombres que le acompañan.

Se acercó hasta mí y me dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

No pude evitar emocionarme, aunque como siempre, me hice el fuerte para que ella no se diera cuenta. Cuando me soltó, se dio la vuelta y se dirigió corriendo hasta donde estaba Seb, que sonrió y se agachó abriendo los brazos, presto a recibir un fuerte apretón. Los vi a ambos felices, y recordé de nuevo el día que decidí subirla a mi carro. El Seb de entonces no era el mismo de ahora. Estaba mucho más relajado. Seguro que el hecho de haberse beneficiado de mi nuevo rango al continuar siendo mi auriga había ayudado. Además, él era el único que conocía la historia de Jendati. Ninguno de mis hombres había preguntado jamás por ella, pese a que solía acompañarme al cuartel varias veces a la semana. Imaginaba que el mismo Seb se había encargado de explicar alguna curiosa historia sobre la repentina aparición de la niña en mi vida. Jamás le pregunté, y él tampoco me explicó la versión que había expuesto.

—¡Tío Seb!

—¿Cómo estás, cariño? —le dijo él, besándole en ambas mejillas.

—¡Bien! ¡Hacía días que no venías a vernos!

—He estado ocupado con varias tareas que me ha asignado tu padre. Es que me hace trabajar mucho —respondió el auriga mientras me miraba cambiando su rictus de alegría a uno más serio.

Me acerqué entonces hasta él, que se había adelantado unos pasos a los dos hombres que le acompañaban y me agaché justo al lado de mi pequeña.

—Ahora ve con Annipe mientras el tío Seb y yo atendemos a los invitados. Es un asunto importante.

—Claro, padre —dijo ella apartándose de mi auriga y dirigiéndose hasta donde la esperaba la esclava.

Esperamos un momento hasta que ambas entraron en casa, antes de comenzar a hablar.

—¿Quiénes son?

—Son funcionarios de palacio, Mensah —me dijo Seb.

—¿Qué ha ocurrido?

—Será mejor que te lo expliquen ellos.

Nos acercamos hasta ellos y se presentaron como consejeros del gran visir Hanif. Tras los saludos protocolarios, me explicaron las noticias que llegaban desde la frontera y las costas de Djahy. Aquella región que durante las últimas décadas había estado en paz, después de los tratados de amistad firmados con nuestros vecinos del país de Hatti, parecía atravesar unos momentos difíciles, y fe de ello daban los testimonios que nos llegaban desde las guarniciones más avanzadas que teníamos allí ubicadas.

—Son muy malas noticias —dije cuando terminaron de explicarme todo.

—Lo son, capitán —respondió uno de ellos.

—¿Lo saben el resto de los capitanes de regimiento? —interrogué.
—No. Eres el único que dispone de esta información…, al menos por ahora.
—¿Y por qué se me ha comunicado únicamente a mí?
—Son órdenes expresas del faraón —concluyó el hombre—. Desea que vayas a palacio lo antes posible para reunirte con él.
Miré a Seb, que sin duda estaba más preocupado que nunca, y asentí.
—Entonces no perdamos más tiempo.

VI

—No esperaba verte aquí.
—Ya ves…, imagino que yo tampoco esperaba que se me mandara llamar —respondí a Ur Atum que había salido a recibirme junto a un nutrido grupo de guardias del faraón.
—Imagino que Ramsés guarda un buen recuerdo de tu gesta, y quiere verte en esta nueva situación complicada que se nos presenta. Al fin y al cabo, eres el salvador de Egipto…
Aquellas últimas palabras las dijo desde la ira y el rencor. No había duda de que aún estaba resentido conmigo por haberle quitado lo que más quería en esta vida: su regimiento de carros. Habían pasado tres años desde aquello, y el destino no había querido que nuestros caminos se volvieran a cruzar.
—Ya ha pasado mucho desde aquel día, Ur Atum…
—Para mí es como si hubiera ocurrido ayer mismo, querido sobrino —respondió.
—Ya te dije en su momento que no deseaba lo que me fue concedido —añadí.
—A mí me ocurrió lo mismo…, y mira dónde estoy.
Un tenso silencio se apoderó del pequeño espacio en el que estábamos. Aunque había más hombres alrededor de nosotros, parecía como si estuviéramos allí solos. En el fondo me dolió mucho su reacción tan hostil, ya que hasta el fatídico día en el que nos fueron concedidos nuestros respectivos ascensos habíamos tenido una excelente relación. Aquel incidente de hacía tres años lo había cambiado todo. Tal vez había sido culpa mía por no haber buscado un acercamiento a él para tratar de resolver aquel malentendido. Ahora ya era demasiado tarde. Su herida continuaba abierta e infectada. Supuraba pus y ya no existía manera alguna de curarla. Esa brecha que se había abierto entre nosotros parecía insalvable.
—Acompáñame… —dijo Ur Atum rompiendo el silencio—. Te está esperando.
Seguí sus pasos a cierta distancia, temeroso de que en cualquier momento se girara y me atravesara con su espada. Sabía que no era algo que fuera a ocurrir, pero algo dentro de mí me decía que estuviera alerta. Observé cómo la comitiva de guardias seguía nuestros pasos a una distancia prudente. Caminamos atravesando un largo pasillo hasta llegar a un jardín de grandes dimensiones. Me quedé asombrado ante tanta belleza. Jamás había tenido el honor de visitar

el palacio del faraón y no podía sino quedarme asombrado. Con cada paso que daba me maravillaba más de la magnificencia que se respiraba en aquel recinto. Después de atravesar el florecido vergel accedimos a otro ancho pasillo. No pude evitar que mi mirada se desviara hacia las paredes, que estaban decoradas con decenas de preciosos relieves detallados que representaban escenas de todo tipo. Había, desde cacerías de fieras, hasta batallas libradas contra enemigos de todo tipo de procedencia. También algunas en las que se encarnaban acciones más mundanas, como la construcción de templos y palacios, o incluso cosas más cotidianas como por ejemplo una que me llamó poderosamente la atención, y que representaba un par de navíos surcando las tranquilas aguas de nuestra fuente de vida. Los colores vivos de aquellos murales resaltaban aún más la figura de todos los faraones que estaban representados, que por ser los gobernantes del Alto y Bajo Egipto estaban esculpidos en un tamaño gigante en comparación con el resto de las personas que los rodeaban.

—El faraón está junto al gran visir y varios de sus ministros —me dijo deteniéndose ante una gran y pesada puerta doble mi guía—. No te voy a decir cómo debes dirigirte a él, pero te aviso que está de mal humor por las noticias.

—Comprendo…, y gracias por decírmelo.

Ni siquiera respondió, tan solo hizo un gesto a los guardias que custodiaban el acceso y estos empujaron las losas para facilitarnos la entrada. Ur Atum iba delante, abriendo la comitiva. Entramos y todos nos postramos ante el faraón, que estaba justo de espaldas, con los brazos apoyados en una gran mesa sobre la que había desplegado un enorme mapa.

—Mi rey —comenzó a decir el comandante de la guardia—, traigo a tu presencia al capitán Mensah, tal y como ordenaste.

Ramsés se dio la vuelta e hizo un gesto con la mano para que me acercara hasta su posición.

—Bienvenido, capitán…

Hice una reverencia mientras él me invitaba a colocarme a su izquierda.

—Este es el mapa de la región de Djahy, con la ubicación de todos nuestros fuertes —señaló con el dedo la zona a la que hacía referencia —. Este es el punto por donde creemos que intentará colarse esa gran masa que conforma el ejército invasor —añadió marcando el estrecho corredor que se abría entre dos ciudades del territorio que dominábamos en la región de Canaán.

—Comprendo.

—Necesito que tu regimiento, junto al de Ra, al de Osiris y al de Bastet, vayáis cuanto antes a reforzar a las unidades que están apostadas en aquel sector para frenar el avance del enemigo —me dijo

el faraón.
—Claro, mi rey. Reuniré de inmediato a mis hombres y nos pondremos bajo las órdenes del comandante en jefe del ejército de frontera.
Ramsés soltó una sonora carcajada y me dio un suave golpe en la espalda.
—Veo que no lo has entendido, capitán Mensah.
Algunos de sus consejeros que estaban presentes en la reunión, sonrieron tímidamente. El gran visir estaba muy serio.
—Es por ello por lo que debes ser tú. Esa naturalidad y humildad que demostraste tener en su día cuando nos salvaste a todos, es un talento natural que debemos aprovechar.
Seguía sin entender lo que quería decir Ramsés.
—Irás allí en calidad de comandante supremo de los cuatro regimientos de carros, y serán las tropas de frontera las que se pongan bajo tus órdenes —dijo ya mucho más serio.
Aquello sí que no me lo esperaba. ¿Yo comandante de los cuatro regimientos de carros? Pero si tan solo hacía unos años que me había hecho cargo de una unidad… No tenía la experiencia suficiente para dirigir a cuatro, y mucha menos para tener que hacerme cargo de un ejército completo. Un ejército que dispondría de sus propios oficiales y que estaba curtido por haber defendido la complicada frontera de la región de Djahy. ¿Acaso pensaba el faraón que le harían caso a un recién llegado sin más? Observé la cara de Ur Atum, que se mantenía inexpresiva, aunque sabía lo que estaría pensando en aquel momento.
—Pero, mi rey, no sé si yo…
—Lo sé, capitán, pero debes tener más confianza en ti mismo. Estamos en peligro, y yo debo quedarme aquí para hacer frente a una posible invasión procedente del mar. Por desgracia los dioses no me han dotado de la capacidad de poder estar en dos lugares a la vez, y por eso tengo que delegar la defensa terrestre a alguien de confianza.
—Hay hombres mucho más capaces que yo, con una amplia experiencia en combate que lo harían mucho mejor, mi rey —le dije con el susto aún en mi cuerpo mientras mi vista se posaba en Ur Atum.
—Por supuesto que él es un militar más experto que tú, pero se quedará conmigo aquí. Le necesito a mi lado para asistirme en lo que está por venir.
Hizo un movimiento con la mano, y uno de los consejeros se acercó hasta él portando un papiro enrollado.
—Este es tu nombramiento oficial, comandante Mensah —me lo entregó y no me quedó más opción que cogerlo—, y adjuntas van las órdenes para los oficiales al mando del ejército de frontera. Confío en ti plenamente y deposito las esperanzas de nuestro pueblo en tus

habilidades. Que Amón te proteja en adelante y que te permita alzarte con la victoria.
Me quedé sin respuesta, pero me di cuenta de que él tampoco la esperaba. Hice una reverencia y me retiré dejando al faraón con su consejo real. Al salir de la estancia, me dispuse a deshacer el camino andado, presto a cumplir de inmediato con las instrucciones. Pero alguien me llamó:
—¡Un momento!
Sobresaltado me di la vuelta y comprobé que era Ur Atum. ¿Qué querría ahora de mí? ¿Mofarse aún más por la maldición que habían parecido lanzarme los dioses? No tenía ganas de volver a enzarzarme en una discusión, y menos con él, así que hice un gesto con la mano derecha y me dispuse a marcharme de allí.
—¡Aguarda, Mensah!
Me llamó por mi nombre, y eso fue lo que me retuvo.
—¿Qué quieres ahora? —le interrogué.
—No te pongas a la defensiva, por favor.
—¿Después de cómo me has tratado hace un rato, me pides eso? —le increpé tratando de que comprendiera que estaba dolido por lo que me había dicho antes.
—Entiendo que no te apetezca hablar conmigo, pero ahora todo ha cambiado, y lo único que quisiera decirte antes de que te marcharas a la guerra, es que lamento mucho mi comportamiento…, sobrino.
Aquella reacción era la que menos me esperaba, y me quedé sorprendido, aunque pude ver la sinceridad en sus ojos.
—Solo quiero que entiendas que me molestó sobremanera lo que ocurrió hace unos años, aunque no sirva para justificar mi manera de actuar.
—Lo comprendo perfectamente, pero quizá deberías ser tú quien entendieras que no fui yo quien pidió aquel ascenso, sino que me vino dado. No ha pasado un solo día en el que no me arrepintiera de no haber aceptado el puesto de oficial en la guardia del faraón que me fue ofrecido. Aquello habría servido para no perderte, tío.
Ur Atum tragó saliva, visiblemente emocionado antes de hablar.
—Lo sé, y reconozco que fui demasiado avaricioso en aquel momento, pero es que el regimiento lo era todo para mí.
—¿Y crees que no lo sabía? ¿Crees que me sentí cómodo al recibir el mando a la vez que tú lo perdías? —le reproché.
—Es por ello por lo que te pido disculpas por ser tan injusto en mi trato contigo, y tan solo quiero que sepas que yo también confío en ti —añadió acercándose un poco más—. Sé que la misión que te ha encomendado el faraón puede parecer imposible, pero te conozco lo suficiente como para saber que, si hay alguien capaz de llevarla a cabo con éxito, ese eres tú. Los dioses están contigo y te protegen,

Mensah… Estoy orgulloso de ti.
Vi cómo los ojos se le enrojecían. Jamás había visto emocionarse de esa manera al primo de mi madre. Siempre le había visto como un hombre duro, pero ahora me daba cuenta de que incluso los que parecen serlo, en momentos determinados dejan expuesta su humanidad. La misma culpa que me había acompañado durante los últimos tres años, estaba convencido de que había sido su sombra también.
—Gracias, comandante —le dije mencionando su cargo.
—¿Quién me iba a decir que alcanzarías tan pronto mí mismo rango? —sonrió abriendo sus brazos e invitándome a corresponderle.
—No es que sea la mejor manera de lograrlo, tengo que reconocerlo —dije yo aceptando la oferta.
—Lo harás bien, Mensah…, lo harás bien.

VII

—Pero, padre, ¿por qué tienes que irte?
—Son las órdenes del faraón, y tengo que cumplirlas —respondí con todo el dolor de mi corazón.
—¿El tío Seb también irá contigo?
—Sí, ya sabes que es él quien se encarga de dirigir mi carro.
—¿Y yo que voy a hacer sin ti? ¿Y si te ocurre algo malo? —me preguntó entre sollozos Jendati.
—No me va a pasar nada, pequeña. Amón y los demás dioses están con nuestro pueblo.
Miré de reojo a la esclava mientras la niña se me abrazaba y rompía a llorar.
—Annipe cuidará de ti hasta que yo vuelva. Además, tu abuela vendrá aquí para estar contigo.
Jendati se separó un poco más de mí y se secó las lágrimas con la palma de la mano.
—No me gusta estar con la abuela.
—¿Por qué dices eso ahora? —le pregunté.
—Siempre me mira raro, padre.
—Eso no es cierto.
—Tú no lo sabes porque lo hace cuando estamos a solas —me dijo más seria—. Y además dice cosas feas de mí. Ella lo ha visto y lo ha escuchado —añadió señalando a la esclava.
Me giré hacia ella y le pregunté:
—¿Es cierto eso, Annipe?
La joven se ruborizó antes de hablar:
—Sí, amo.
—¿Y por qué no me habéis dicho nada antes? —les recriminé a ambas.
La esclava evidentemente agachó la cabeza avergonzada, pero la pequeña Jendati no se calló:
—Porque tú ya tienes suficientes problemas como para tener que preocuparte por mí, padre.
—Pero deberías habérmelo dicho. Es mi obligación preocuparme por ti, hija mía.
—Déjala, es una señora mayor y yo no le doy importancia a lo que dice —respondió sonriendo—. Yo sé que no soy tu verdadera hija, pero te quiero mucho porque me tratas como si lo fuera.
Me quedé asombrado ante aquellas palabras tan maduras que pronunciaba una niña tan pequeña. ¿En serio mi madre le había dicho

algo que no correspondía a Jendati? Ella sabía cuál era la procedencia de la pequeña y cómo había ocurrido todo, pero jamás creí que fuera a ser capaz de ser tan cruel con una niña. Evidentemente pensé que habría deseado que me casara con una mujer egipcia y que le diera nietos, pero las cosas habían ocurrido de aquella manera y mi mente estaba centrada en otros asuntos.
—¿Qué es lo que te ha dicho? —le pregunté un poco indignado.
—Ya sabes, cosas como que yo no soy tu hija y tampoco su nieta. Que me rescataste por pena y que deberías haberme dejado allí donde me encontraste para que los dioses me hubieran dado el destino que merecía.
No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Mi madre era una buena mujer, y la veía incapaz de hacer semejante atrocidad. Jendati era una niña muy pequeña para tener que escuchar aquellas cosas y me dolía en lo más profundo de mi alma saber que le estaban haciendo pasar por una experiencia tan negativa como esa. Pero lo que más me sorprendió era la naturalidad con la que me relataba todo aquello. No sabía la edad que tenía cuando la salvé del desastre que yo mismo ocasioné. Era muy pequeña y aunque hablaba, no entendía nuestra lengua. Tres años después, continuaba siendo una renacuaja, pero había adquirido una soltura hablando y una inteligencia que no iba acorde con la edad que aparentaba tener. Yo ya había hecho un cálculo rápido, y hablando con Seb en varias ocasiones, deduje que debía tener unos tres años o cuatro cuando nos la llevamos del campamento, así que ahora tendría unos seis o siete.
—No te preocupes, no te dejaré con la abuela…, buscaré a alguien que se ocupe de ti en mi ausencia. Y ya hablaré con ella seriamente cuando regrese.
—¿Y si me llevas contigo? —preguntó ella con una sonrisa picarona—. Creo que será lo más cómodo para todos.
—Jendati…, sabes que no puedes venir. Voy a la guerra, y ese no es un sitio para una niña.
—Prometo que no te molestaré, padre —insistió ella.
—He dicho que no —le respondí en un tono más serio.
—¿Y con quién me quedaré?
—Se me ocurre alguien que estará encantada de acogerte…

*****

Dos días después, los cuatro regimientos bajo mi mando, que sumaban casi cuatrocientos carros, acompañados por más de tres mil infantes ligeros que les daban cobertura en calidad de *hapiru*, partimos de Pi-Ramsés en dirección a la región de Djahy con la misión de frenar el avance de los Pueblos del Mar. Por fortuna para mí, la esposa de Ur Atum, Bahiti, había aceptado hacerse cargo de los cuidados de Jendati durante mi ausencia. Cuando se lo propuse a mi antiguo superior, con

el que parecía que había recuperado la relación previa a nuestro pequeño incidente, no dudó en decirle a su cónyuge que se ocupara de mi pequeña. Él me dijo que era una buena mujer y esposa, y que había criado a tres hijos varones y dos hembras, con lo que tenía mucha experiencia. La garantía de que se quedara con ella me permitió poder despreocuparme de esa cuestión, ya que con la ardua tarea que se me habían asignado, ya tenía suficiente responsabilidad sobre mis hombros. Más de la que estaban acostumbrados a soportar.

Los días de marcha tampoco aliviaron mi mente y, cuando deteníamos la marcha para descansar, pasaba casi toda la noche en vela. No podía dejar de pensar en posibles estrategias para plantear la batalla que deberíamos librar para conservar la independencia de nuestro país. Teniendo en cuenta todo el daño que habían ocasionado esas gentes errantes, se me antojaba una misión difícil de cumplir. Habían arrasado todos los reinos vasallos de los hititas sin apenas oposición. Nuestros aliados del país de Hatti no daban señales de vida desde hacía ya mucho tiempo, lo cual nos hacía pensar que las cosas no les estaban yendo muy bien, en el escenario más optimista posible. Y ahora nosotros nos dirigíamos al encuentro de los que habían asolado, devastado y arrasado ciudades enteras sin compasión. Y eso sin tener en cuenta la calidad de las tropas destacadas en los fuertes fronterizos. Ya en tiempos del faraón Merenptah, cuando derrotó a una confederación de pueblos libios, entre los cuales había gentes venidas de más allá del mar, muchos de esos enemigos fueron capturados. Una gran mayoría, los que aceptaron someterse a la voluntad del gobernante de Egipto, optaron por enrolarse como tropas dentro de nuestro ejército. Juraron defender la frontera del Imperio a toda costa, a cambio del perdón. Ahora, los que aún estuvieran vivos, y sus hijos, porque los habrían tenido sin duda con mujeres de la región de Djahy, serían los que nos ayudarían a detener a gentes de procedencia similar a la suya…, si no de la misma. ¿Serían leales a la causa? ¿O aprovecharían la oportunidad para vengarse por la derrota en la batalla de Per-Ir? Lo que parecería ser un gesto inteligente por parte del faraón, para mí no era más que un signo claro de debilidad. Debilidad ya que demostraba que Egipto requería prisioneros de guerra liberados para defender su territorio. Ese era un mensaje claro para todos aquellos que intentaran atacar de nuevo el país. Los libios lo habían hecho hacía muy poco tiempo, y se habían salvado por muy poco. Ahora una nueva amenaza acechaba desde el norte, por tierra y por mar. Muy complicado todo. Demasiadas variables que me quitaban el sueño.

VIII

Ciudad de Biruta (Beirut), cerca de la frontera del Imperio Egipcio, dos semanas más tarde

—Dice que te recibirá de inmediato.
Asentí con un movimiento de cabeza.
—Si me permites, creo que deberías haberte presentado directamente en su palacio.
—Tal vez, Seb…, pero creo que es mejor entrar con buen pie —le dije a mi auriga.
—Eres el comandante en jefe del ejército de Egipto, debería ser él quien te agasajara. Pero en lugar de hacerlo, no sale a recibirte a las puertas de la ciudad y lo hace como si no fueras nadie.
—Es normal que desconfíe. A estas alturas ya debe saber todo sobre mí —añadí tratando de quitarle importancia al asunto.
—Teniendo en cuenta que dispones de un documento que te acredita como el jefe de todos los destacamentos de la frontera, deberías actuar con más contundencia, ya que si no tu autoridad se verá mermada.
Me lo había dicho varias veces desde que el ejército acampó a las afueras de la ciudad, pero yo preferí no darle tanta importancia. El respeto era algo que uno debía ganarse, y si entraba de manera muy contundente, exigiendo que se cumplieran mis órdenes, corría el riesgo de ponerlos en mi contra, y eso no era conveniente en esos momentos. Nadie dijo que fuera a ser sencillo, pero ahora tenía que añadir una nueva complicación con la que no había contado, la de tener que lidiar con los que en teoría estaban en mi bando.
—Debemos ser diplomáticos, Seb. No todo en esta vida es imponerse por la fuerza. Estoy convencido de que lo que menos nos conviene ahora es un enfrentamiento interno con la que se nos viene encima.
—Como quieras, tú eres el que manda.
—De momento no hay noticias del enemigo y eso podría ir en nuestra contra —dije meditando el tema en cuestión—, así que creo que, si le ponemos un poco de drama a la historia, ellos mismos se darán cuenta de qué les conviene más.
Seb me miró con asombro y no pudo evitar la mueca de una sonrisa en su rostro.

*****

—Bienvenido a Biruta, comandante Mensah —me dijo el capitán de la guarnición haciendo una leve reverencia.

—Gracias —respondí sin demasiado entusiasmo.
—Espero que no te hayas molestado por la espera, pero tenía algunos asuntos importantes de los que ocuparme.
—No es precisamente tiempo lo que nos sobra en las circunstancias actuales —le dije en un tono seco.
—Si te refieres a los Pueblos del Mar, no se sabe nada de ellos desde hace días.
—Siendo previsor, mientras no me dabas audiencia, decidí enviar a unos exploradores más al norte para ver si detectaban al enemigo —hice una pausa y bebí de la copa que me entregó uno de los esclavos que se había retirado para dejarnos hablar de nuestros asuntos.
—¿Hay noticias entonces? —se interesó.
—Para nuestra desgracia sí…, y no son precisamente buenas.
Aquello pareció captar un poco más su atención. Depositó su copa sobre la bandeja que había en la mesa de al lado y se incorporó ligeramente de la silla que ocupaba.
—¿Son graves?
—Imagino que lo esperado, capitán.
—Cifras, comandante, por favor —espetó un poco tenso.
—Reuniste a las tropas del resto de fuertes tal y como te pidió el faraón hace unas semanas, ¿no? —interrogué sin darle la información que solicitaba por el momento.
—Sí…, trescientos carros de guerra, dos mil arqueros y cinco mil quinientos infantes, teniendo en cuenta los contingentes compuestos por los *shardana,* los libios *kehek* y los libios *mashauash* que deberían estar a punto de llegar. Están tardando un poco más ya que son las que estaban guarnecidas más al norte.
—¿Aún quedan de esos?
—Sí, aunque la mayoría son los descendientes de los que el faraón Merenptah acantonó allí en su día. Hace ya casi treinta años de aquello, así que podría ser que casi todos fueran muy mayores, o que hubieran dado el paso a la otra vida —me explicó.
—¿Y contamos con su lealtad?
—Bueno, pese a que el grueso de ellos parece estar integrado en las estructuras del Imperio, incluso hablan únicamente nuestra lengua, no puedo poner la mano en el fuego por nadie.
Estaba claro que ese capitán ni siquiera se había preocupado por lo que ocurría más al norte de su posición. En los últimos años, aquellas guarniciones compuestas en parte por prisioneros liberados, con dudosa lealtad, habían quedado un poco a su libre albedrío.
—Al menos los dirigen oficiales nuestros, ¿no? —pregunté con una mezcla de curiosidad y desconocimiento.
—Que yo sepa sí, aunque hasta que no los tengamos aquí, no podré confirmar nada.

—¿No has mantenido comunicación con ellos a lo largo de todos estos años? —le pregunté un poco molesto por esa pasividad que mostraban sus actos y el desconocimiento de la situación sobre la defensa.
—Puntualmente sí.
Me quedé pensativo durante un instante, ya que existía la posibilidad de que no llegáramos a contar jamás con esas tropas. Podrían incluso haberse pasado al bando enemigo y engrosar sus filas. Comprendí en ese instante que teníamos suerte de que las cosas se hubieran mantenido estables en aquella frontera. La pasividad con la que habían actuado los cargos militares de la región habría facilitado mucho las cosas a aquellas gentes si se hubieran organizado antes. Aún teníamos algo de tiempo para reaccionar, pero debía apresurarme para tomar el mando y controlar la situación antes de que fuera demasiado tarde. Decidí que había llegado la hora de actuar.
—Capitán Horemheb…
Me miró con cara de asustado ya que mi tono de voz sonaba más contundente.
—No vamos a quedarnos aquí esperando a que nos ataquen, sino que vamos a salir a buscarlos.
—Pero ¿no son más que nosotros? ¿Y si esperamos a que lleguen los refuerzos del norte? —preguntó tratando de ganar algo de tiempo.
—¿Esperar? ¿Y si se han pasado al enemigo? Los vamos a sorprender cayendo sobre ellos antes de que se puedan preparar.
—Querrás que alguien se quede controlando la ciudad, ¿no?
Lo miré con más desprecio que antes. Me daban asco los cobardes y no me gustaba tenerlos cerca, pero en aquella ocasión no iba a permitir que ese ser miserable se saliera con la suya.
—Eres el jefe de la guarnición de Biruta, ¿me equivoco?
—No te equivocas, comandante.
—Y, por ende, ¿tienes el respeto de las tropas de esta ciudad y de las fortalezas más cercanas?
—Imagino que sí.
—Entonces vendrás conmigo —sentencié—. Necesito a alguien a quien los hombres conozcan a mi lado. Y como llevas mucho tiempo en esta región, la conoces mejor que nadie. Horemheb, eres una pieza crucial en lo que está por venir. Amón, el faraón Ramsés III y todo el pueblo de Egipto estarán en deuda contigo.
Se puso blanco. No esperaba que le fuera a decir aquello, pero claro, tampoco quería quedar como un cobarde a mis ojos, así que no le quedó más opción que asentir. Me había ganado su respeto mediante el miedo, pero, al fin y al cabo, había conseguido convertirme en el comandante en jefe de aquel ejército con una simple y mera conversación. En el fondo lo había hecho de manera inconsciente, dejándome llevar por el momento, y no pude evitar pensar en las

palabras que me dijo Ur Atum al salir de la reunión con el faraón. Tal vez sí que estaba hecho para cumplir con esta misión. La respuesta solo me la podría dar el tiempo.

IX

A 30 kilómetros al noroeste de la ciudad de Gebal (Biblos), tres días más tarde

—Suerte que al final enviaste los exploradores.
—Alguien que ambos conocemos me lo enseñó en su día. Hombre precavido vale por mil —dije haciendo clara alusión a las enseñanzas adquiridas de Ur Atum.
—Todo se pega, amigo —respondió Seb con una sonrisa mientras trataba de serenar estirando de las riendas a Osiris que parecía estar nervioso.
Nos habíamos adelantado con diez carros más de mi antiguo regimiento para reconocer el terreno. Las noticias que nos habían traído los exploradores, que obviamente había enviado antes de ser recibido por el capitán Hormeheb, no eran buenas. Hacía semanas que no se habían detectado movimientos importantes en nuestro territorio, pero eso no era más que la calma que precedía a la tormenta. En todo ese tiempo que nosotros habíamos creído que el enemigo se había asentado con carácter estacional, en realidad lo que estaban haciendo era esperar la llegada de más gente. Imaginamos que la noticia de que iban a entrar en suelo egipcio había atraído a muchos otros más que se les habían ido uniendo, y lo que teníamos frente a nosotros ahora era más inmenso de lo que decían los primeros mensajes que habían llegado a Pi- Ramsés algunas semanas atrás.
—El faraón se ha quedado corto a la hora de asignarnos tropas —dijo Seb sacándome de mi estupor.
Me había quedado embobado viendo desde aquel altiplano cómo la planicie que se abría ante nosotros estaba repleta de tiendas. Al menos habría cinco mil, y si en cada una cabían de cuatro a cinco personas, los cálculos sumaban unas cifras enormes. Era posible que allí hubiera más de treinta mil almas reunidas, con todo lo que eso conllevaba. Por allí por donde pasaban, arrasaban. Comida, agua, cosechas, ciudades…, todo lo que se interpusiera en su camino era pasto de sus necesidades.
—No quiero pensar en todo el caos y destrucción que habrán sembrado desde que tenemos noticias de su presencia. Me estremezco al imaginarme todas las correrías que habrán llevado a cabo estas gentes —dije en voz alta.
—Desde tiempos del faraón Merenptah que campan por el mar. No me extraña que nuestros predecesores les pusieran ese nombre.

—Los Pueblos del Mar… —sentencié antes de soltar un suspiro—. El terror de todos los reinos e imperios, amigo mío.
—Y nosotros aquí, intentando hacer algo que los demás no han sido capaces —añadió Seb que se había unido a mi reflexión.
—Viendo este escenario, a uno se le esfuman las pocas esperanzas que pueda tener.
Mis palabras salieron de lo más profundo de mi corazón, y fueron tan sinceras que no me di cuenta de que habían sembrado el pánico en el ánimo de mi auriga. Tras darme cuenta pensé que, de todas maneras, si no las hubiera pronunciado en voz alta, Seb habría tenido la misma sensación al observarlo con sus propios ojos.
—¿Sabemos algo de los *shardana* y los libios? —pregunté tratando de cambiar de tema.
—De momento nada, Mensah.
—Espero que al menos no estén entre esa gente —dije mientras levantaba la mano para dar la orden de regresar.
Antes de que el carro se pusiera en marcha, eché un último vistazo girándome y recé a Amón rogándole por mi hija. Si yo no lograba detener esa invasión, tarde o temprano acabarían llegando hasta el Nilo, y entonces arrasarían aquello, como habían hecho con todos los lugares por los que habían pasado.

X

Solo dos días más tarde, el ejército estaba formado en esa misma llanura. Ordené desplegar los carros en primera línea, y los mandé acompañar por los corredores de carros que tenían la orden de protegerlos. Corrían a los lados, casi al mismo ritmo que los animales y cumplían la función de proteger a las tripulaciones de posibles ataques. Además, si el enemigo tenía también carros, que no era el caso, por suerte para nosotros, se encargaba de intentar abatir a las tripulaciones enemigas, a los caballos que tiraban de los carros, o incluso de acabar con los que quedaban inutilizados para continuar moviéndose.

La infantería quedaría en el centro y a los lados situé a las tropas de los *shardana* y los libios, que aparecieron milagrosamente el día antes, cumpliendo de esa manera con las palabras que habían dado a Merenptah en su día. Era cierto que sus oficiales seguían siendo egipcios y, según parece ser, ellos mismos dudaron hasta el último momento sobre la lealtad de sus subordinados. Al final, sumando todos los regimientos disponibles, el ejército estaba formado por mis cuatrocientos carros, ciento cincuenta y seis más de las tropas de frontera, tres mil corredores de carros, dos mil arqueros, y cerca de cinco mil seiscientos infantes entre tropas egipcias, de *shardana* y libios. Nuestras fuerzas sumaban un total de quinientos cincuenta carros y más de diez mil hombres de a pie. Unos números elevados, aunque seguían siendo inferiores a los del enemigo, que se presentó el día de la batalla con casi el doble de efectivos a juzgar por lo que mis ojos pudieron ver y calcular.

—Son muchos más, comandante —me dijo desde su carro el capitán Horemheb, al que había nombrado mi segundo al mando para poder mantener la lealtad de sus tropas.

—Lo sé, pero nosotros tenemos carros y ellos no. Eso nos da una ventaja clara en velocidad.

Mi interlocutor me observó en silencio y pude ver en sus ojos la desconfianza que albergaba en su fuero interno. Era evidente que no comprendía el significado de mis palabras. No tardó mucho más en expresar aquel sentimiento.

—Tal vez deberíamos replegarnos y buscar refugio en la ciudad de Gebal. Allí tendríamos más posibilidades de resistir, siempre y cuando no pasaran de largo —sugirió.

—¿Huir y escondernos? ¿Estás diciéndome que lo más sensato por

nuestra parte sería ocultarnos tras los muros de la ciudad y orar a los dioses para que pasaran de largo? —hice una pausa mientras le daba algo de tiempo para que reflexionara acerca de su propuesta.

Evidentemente no se pronunció al respecto, así que no me quedó más remedio que continuar con mi reproche. Lo hice elevando un poco el tono de voz, para que los que estaban cerca escucharan. Estaba dispuesto a hacerle pasar vergüenza y a dejarle en evidencia delante de todos los guerreros.

—¿Sabes que si hacemos lo que propones, dejarlos pasar sin más, no habrá nada ni nadie que se interponga entre ellos y Egipto? ¿Es eso lo que insinúas que hagamos, capitán?

—Bueno, no exactamente… —comenzó a decir mientras observaba a su alrededor, dándose cuenta de que muchos de los soldados estaban atentos a lo que iba a decir—. Me refiero a usar los muros de la ciudad para resistir, comandante Mensah —dijo tratando de maquillar un poco lo que había expuesto.

Lo tenía arrinconado, y en el fondo, aunque inicialmente no era mi intención, me crecí y decidí ir un poco más allá para que todos se percataran de la clase de hombre que era, a la vez que lanzaba un mensaje claro sobre mis intenciones. Hice sangre, y tal vez fui demasiado contundente. Imagino que me dejé arrastrar por la tensión y los nervios del momento, pero mi lengua iba más rápida que mi sentido común.

—Actuar de esa manera sería de cobardes. Si nos encerramos tras los muros, los carros no nos servirán de nada y perderemos esa gran ventaja. Somos el último bastión de defensa que tiene el Imperio, así que vamos a actuar de la manera que se espera…, plantando cara a la amenaza y mirándola a los ojos. Si esa gente quiere pasar, deberá hacerlo por encima de nuestros cadáveres. ¡¿Ha quedado claro?!

No hizo falta decir nada más, ya que lo entendió a la perfección y agachó la cabeza pasando la mayor vergüenza de su vida. Envalentonado como estaba, proseguí con mi discurso aprovechando que había captado la atención de todos los guerreros que estaban más cerca.

—Lanzaremos los carros contra sus flancos y los coseremos a flechazos. Les arrojaremos tantos proyectiles, que ocultaremos la luz del sol. Luego nos retiraremos y dejaremos que sean ellos los que tomen la iniciativa. Esconderemos los carros tras aquellas colinas —expuse mientras señalaba sendos promontorios a ambos lados de lo que iba a ser el campo de batalla—, y cuando las infanterías choquen, volveremos a cargar por los flancos y la retaguardia sorprendiéndolos.

El plan era excelente a mi parecer.

—¿Y cómo actuarán nuestros arqueros? —preguntó otro de los oficiales que estaba a mi diestra.

—Se encargarán de soltar andanadas desde la retirada de los carros hasta que el enemigo esté a poca distancia de la infantería. Luego se recogerán detrás de nuestros lanceros para seguir disparando por encima de sus cabezas todas las flechas que les queden. Al ser más que nosotros, los enemigos tendrán mayor profundidad de filas, y eso permitirá a nuestros arqueros seguir impactando sobre ellos.
—Pero ¿podrían herir a nuestros caballos y tripulaciones cuando des la orden de cargar?
—De ahí que debamos estar atentos a todos los movimientos de los otros cuerpos de ejército. La concentración tiene que ser nuestra premisa en esta batalla. Nuestros hombres deberán detenerse cuando emerjamos de la emboscada para evitar causar estragos entre los carros y los corredores —terminé de explicar.
Todos me miraron, como si esperaran alguna indicación más. Me di cuenta de que en mi cabeza el plan era sencillo, pero una cosa era lo que yo pudiera ver dibujado en un hipotético escenario, y otra muy diferente lo que de verdad aconteciera en la práctica. Mi poca experiencia dirigiendo tropas en batalla era un detalle que yo mismo no había tenido en cuenta. No era lo mismo recibir órdenes de otro y cumplirlas, que tener que darlas tú. Las consecuencias de las decisiones no se podían comparar. En aquel preciso instante, al observar los rostros de aquellos a los que estaba enviando a un destino incierto, fui consciente de ello. Era como si estuvieran esperando que les dijera que todo iba a salir bien. Pero no era capaz de pronunciar una frase con la que garantizarles que mi plan iba a ser exitoso. El silencio se adueñó del espacio que ocupábamos y el tiempo se detuvo. Tenía que decirles algo a aquellos hombres antes de que la sombra de la duda se adueñara de sus corazones. Tragué saliva mientras rogué a Amón que me diera fuerza para mostrarme convincente. Era mi deber elevar el espíritu combativo de mis guerreros en una hora tan oscura como aquella.
—¡Sois la esperanza de Egipto, soldados! —me di cuenta de que había captado su atención de nuevo—. ¡Amón, padre de todos los dioses, por boca de su representante en la tierra, nuestro amado faraón, Ramsés III, os ha elegido para que llevéis a cabo esta heroica tarea! ¡¿Que es difícil?! ¡Por supuesto! ¡Nadie dijo que enfrentarse a este enemigo iba a ser sencillo, y es precisamente por eso por lo que estáis aquí! ¡Los dioses saben que no hay nadie mejor para acometer esta acción que vosotros!
Alcé las manos al cielo y oré en voz alta:
—¡Amón, padre de todos los dioses, ruego que protejas a estos valientes que defienden con suma valentía a su país! ¡Vela por ellos y por el futuro de Egipto, y permíteles alzarse con la victoria en esta batalla! ¡Infunde fuerza en nuestros brazos, coraje en nuestros

corazones e inteligencia en nuestra estrategia! ¡Permite que el día de hoy sea recordado por siempre como aquel en el que el ejército del faraón libró la más grande de las contiendas y erradicó la amenaza de sus fronteras!

Bajé los brazos de súbito y desenvainé mi espada de bronce. La levanté al aire y grité con todas mis fuerzas:

—¡Por Egipto! ¡Por el faraón Ramsés!

No pasó ni un instante hasta que las gargantas de todos los que allí estaban respondieron al unísono con el mismo grito. La fuerza y la motivación de mis palabras se contagió de unidad a unidad, y en poco tiempo todo el enorme ejército vociferó aquella consigna. Estábamos preparados para librar el mayor combate de nuestra vida, aquel en el que nos jugaríamos la supervivencia.

XI

Eché mano de las flechas de mi segundo carcaj. Había lanzado más de veinte del primero, y había abatido al menos a doce enemigos. Estábamos a una distancia prudencial de ellos, protegidos por los corredores de carros, y desplegados a lo ancho del campo de batalla. Observé cómo todos los tripulantes arrojaban saetas contra la enorme masa que avanzaba corriendo hacia nosotros. Había dado la orden de replegarnos cuando los tuviéramos a corta distancia, y para ello había ordenado que se marcaran algunas piedras que estaban en el terreno. De esa manera, cuando la formación enemiga llegara a ese punto, todos los carros debían retroceder hasta resguardarse en los puntos indicados. A ojos de aquellos salvajes, parecería una huida en toda regla ya que nos desplazaríamos a toda velocidad hacia los extremos del campo de batalla. Los carruajes portaban cinco carcajs con veinte flechas cada uno, suficientes como para ser arrojadas sobre las fuerzas invasoras. Estratégicamente ordené que se situaran puntos de reabastecimiento allí donde debíamos ocultarnos. De esa manera cuando despareciéramos de la vista del enemigo, podríamos reponer todo lo que habíamos lanzado.

—¡Mantén el carro fijo, Seb! —le grité a mi auriga al notar cómo la plataforma se desplazaba hacia un lado.

—¡Los caballos están nerviosos, Mensah! —respondió él.

—¡Entonces trata de calmarlos!

Estiró de las riendas para intentar controlar a los dos corceles. Pero no era sencillo. Osiris y Sekhmet estaban inquietos, y no paraban de relinchar. Escuchaba de fondo los sonidos que emitían, y que estaban haciendo que perdiera poco a poco mi concentración. Erré mis dos últimos lanzamientos, pese a que los enemigos se presentaban como objetivos claros.

—¡Por Amón, cálmalos de una maldita vez! —grité de nuevo.

De reojo vi cómo Seb estiraba con más fuerza de las riendas. Comprendí que ver cómo una masa ingente de hombres corren a toda velocidad contra ti no es algo que te permita mantener el control de la situación. El carro se ladeó ligeramente hacia la derecha y erré de nuevo el tiro que estaba preparando. Miré a ambos lados y observé que los carruajes que tenía más cerca estaban pasando por una situación similar, y aunque quedaba aún distancia hasta las marcas que habíamos hecho sobre el terreno, opté por dar la orden en aquel momento. Alcé la mano y el soldado que estaba de pie junto a mí, uno

de los ocho hombres que se encargaba de protegernos, se llevó el cuerno a la boca y emitió el sonido que marcaba la retirada. Mi auriga, sin cuestionar la orden, dándose cuenta de que era la mejor opción que teníamos, hizo virar a Osiris y Sekhmet, que casi golpean a dos de los corredores que estaban situados más cerca. Los dos hombres se tuvieron que apartar. Tan pronto como mi cuerno sonó, otros más fueron reproduciendo la orden, y así, en poco rato, ya estábamos huyendo del campo de batalla.

—¡No ha ido como esperaba! —grité a Seb que estaba concentrado en la conducción.

—¡Existía esa posibilidad!

—¡Espero que no haya más variables de ahora en adelante! —añadí.

—¡No depende de nosotros, Mensah!

Observé cómo los caballos comenzaban a ganar distancia respecto a los corredores, que poco a poco se iban quedando rezagados. Entraba dentro de lo previsto, ya que la carrera de un hombre no puede compararse a la de un animal. «Ya llegarán hasta nuestra posición», me dije a mi mismo dando por hecho aquello. Pero fue entonces cuando algo llamó mi atención. Me fijé en algo que se movía a mi izquierda. Fijé la mirada en aquel punto y me quedé de piedra al ver cómo una fuerza de guerreros emergía en diagonal.

—¡¿Quiénes son esos?! —grité a mi auriga mientras le daba un suave golpe en el hombro y le señalaba en la dirección por donde emergían aquellas fuerzas.

—¡No lo sé, pero no parece que sean de los nuestros!

Yo tuve la misma sensación, y un escalofrío recorrió mi columna.

—¡Avanzan muy rápido! —añadí— ¡A ese ritmo de carrera interceptarán a nuestros corredores!

—¡¿Y qué hacemos?!

—¡Haz virar el carro hacia el flanco, Seb! —ordené.

—¡Pero es una locura!

—¡No voy a dejar que caigan sobre los nuestros sin más!

—¡Pero eso provocará que nos quedemos atrapados entre ellos y aquellos de los que huimos! ¡Modificará sustancialmente el plan establecido! —alegó mi auriga.

—¡Lo sé, pero no nos queda otra opción!

Seb no replicó. Sabía que nuestra obligación era esa, por mucho que los corredores de carro pudieran parecer tropas prescindibles. En otro momento quizá lo habrían sido, pero no en aquellas circunstancias en las que nos encontrábamos. No podíamos prescindir de nadie. Todos los hombres eran importantes, aunque fueran de bajo escalafón social. La guerra no diferenciaba entre condición, edad, género o destreza. Alcé la mano de nuevo para dar la señal de advertencia a los carros que iban detrás del mío. Cuando Seb hizo lo que le había ordenado,

todos los que nos seguían viraron en pos de nosotros, colocándose en diagonal respecto a la fuerza que acometía contra nuestros corredores. Estos, al ver que maniobrábamos, se dieron cuenta de la amenaza que acechaba desde su flanco, así que no dudaron en hacer lo propio y encararse hacia el enemigo. Pasamos al cabo de poco por delante de ellos, con los arcos ya en ristre, y comenzamos a lanzar una lluvia de proyectiles. Los carros no se detuvieron, sino que le di la indicación a Seb de que se mantuviera en constante movimiento para evitar que nos alcanzaran. Cayeron varias decenas de hombres que iban en primera línea, lo que provocó que los que iban detrás tuvieran que frenar la carrera para no caer también. Eran muchos menos que el grueso principal, pero nosotros éramos casi la mitad de los que habíamos sido al principio, ya que la otra parte de los carros se había replegado hacia el otro lado. No tuve tiempo de girarme para asegurarme de que todo iba bien en el flanco derecho. Además, el polvo que se había levantado por el galope de los caballos ocultaba la visión de aquel sector del campo de batalla.

—¡Solo me queda un carcaj y medio! —le dije a Seb.

—¡Cuando ordenes nos retiramos!

Esa no era mi intención. No iba a dejar allí a mis hombres, expuestos a un fatal destino. Justo cuando los corredores llegaron a nuestra posición, tuve una idea. No teníamos apenas tiempo de reacción, pero ordené al oficial de mi unidad de protección que reuniera a tantos hombres como pudiera y que cargara de frente. Sabía que no iban pertrechados con armadura de calidad, pero le hice ver que necesitaba que hiciera esa maniobra, ya que para que mi plan funcionara requería una distracción suficiente para poder conducir a los carros hacia el flanco del enemigo.

—¡Lo que propones que hagamos es un suicidio, comandante! —me dijo el aludido gritando sin importarle que sus hombres le escucharan.

Fui consciente de que podía parecer eso, pero era la única salida que se me ocurrió. Ahora solo tenía que convencerle de que no había más opción que esa para que todos pudiéramos tener una oportunidad.

—¡Sé que te estoy pidiendo lo imposible, pero no hay muchas más opciones!

—¡¿Y quién me garantiza que no nos vais a dejar a nuestra suerte una vez carguemos contra el enemigo?! —preguntó de nuevo.

—¡Si esa hubiera sido mi intención, ten por seguro que no estaríamos teniendo esta conversación!

Me miró pensativo, luego observó a los hombres que tenía más cerca, y al cabo de un instante asintió con un leve gesto de su cabeza. Di la orden a Seb para hacer virar mi carro, y cuando los demás lo vieron, se unieron a la maniobra. Impartí las indicaciones a los tripulantes y aurigas que estaban junto a mí, y luego la información se fue

extendiendo por el resto de los carros. Se trataba de fingir una nueva retirada y que los enemigos se pensaran que abandonábamos a los nuestros. Eso distraería su atención provocando que se centraran únicamente en los que atacaban de frente, y así nosotros podríamos cargar por el flanco sin que se percataran de nuestra presencia. El único inconveniente era que estábamos casi sin flechas, así que la única opción que nos quedaba era la de acercar los carros tanto como nos fuera posible, para después hacer que los tripulantes de los carruajes descendieran de los mismos para atacar a pie a los desprevenidos invasores. No se me ocurría nada más, y aunque parecía también un suicidio, debíamos estar a la altura del sacrificio que estaban a punto de hacer nuestros corredores. No había tiempo para explicaciones, ya que el tiempo corría en nuestra contra. Esperaba que cuando mis hombres me vieran actuar, su coraje hiciera el resto. Rogué a Amón en silencio para que esta vez las cosas salieran mejor que la anterior.

*****

Cuando los tripulantes de los carros me vieron apearme del mío, asir mi lanza y mi espada de bronce, dudaron un instante. No esperaban que fuéramos a atacar cuerpo a cuerpo. Estaban suficientemente preparados, ya que yo mismo había intensificado los entrenamientos durante los últimos meses, pero a la hora de la verdad no lo tenían tan claro. Pertenecer a un regimiento de carros era un privilegio y un honor que no obtenía cualquiera, y por eso muchos de los soldados que formaban parte de este tipo de unidades de combate, veían muy lejana la posibilidad de tener que luchar usando la espada o la lanza. Pero aquella situación era una excepción. La gravedad de los acontecimientos me obligó a tener que pedir a mis hombres que dieran un poco más de sí mismos. Sabía que no estaban acostumbrados a combatir a la usanza de la infantería, pero deberían hacerlo para salvar a aquellos que velaban continuamente por su seguridad. Había llegado la hora de devolverles el favor.

No les di demasiado tiempo a pensar, ya que era consciente del poco tiempo que necesita un hombre para darse cuenta de dónde se está metiendo. Dejé a Seb a las riendas de mis caballos, ya que de alguna manera tendríamos que salir de allí una vez hubiéramos conseguido nuestro objetivo. No hizo falta que le dijera nada, ya que comprendió cuál iba a ser su papel a partir de aquel instante. Una sola mirada fue suficiente para decirnos adiós. Esperaba que fuera un simple hasta luego, aunque nunca se puede saber cuál es el destino que nos deparan los dioses. Esgrimí mi lanza y sujeté mi escudo de mimbre y con un gesto de mi arma, di la orden de que me siguieran. Esperé un instante hasta que varios de mis guerreros se situaron a mi lado, y

cargamos contra el flanco del enemigo. Nos separaba poca distancia, y nuestros gritos, fruto más de la tensión y el nerviosismo, retumbaron en sus oídos cuando apenas estábamos a veinte pasos de ellos. No tuvieron tiempo de reaccionar, así que caímos sobre ellos con suma fiereza. Ensarté al primer hombre con mi lanza con una letal estocada que perforó su costado. Saqué mi arma con fuerza y la liberé a tiempo para propinar otro golpe al que estaba a su lado. Pude ver el terror en sus ojos justo antes de que la punta de mi lanza atravesara su cuello. Fue como clavar un cuchillo en un pedazo de queso. No hubo tope, y mi arma entró más de un palmo y medio en su cuerpo. La saqué de inmediato y asesté otro lanzazo en el pecho de otro enemigo que trataba de girarse. En esa ocasión costó más. La punta de bronce de mi asta tocoó hueso y quedó trabada. Traté de sacarla con fuerza, pero no había manera. Aquel infeliz no paraba de gritar, así que antes de que me arrastrara al suelo con él, solté mi arma y aferré la empuñadura de mi espada curva *kopesh*. Golpeé a otro hombre con el escudo para quitármelo de encima. Le di también una patada en la espinilla ya que se resistió más de lo que pensaba. Fue entonces cuando noté cómo algo rasgaba la piel de mi brazo derecho. El dolor se apoderó de la extremidad, pero no la bajé. Sabía que, si lo hacía, mi flanco quedaría expuesto, y algún enemigo aprovecharía para atacar.

—¡Avanzad! ¡Por Amón y por el faraón! —grité alentando a mis hombres que estaban ganando cada vez más terreno.

Golpeé a otro enemigo con el filo de mi espada en mitad del rostro. El infeliz se llevó ambas manos a la cara mientras la sangre brotaba a borbotones. Le aparté de una patada y entré un poco más en la formación enemiga. Apenas podía ver ni escuchar nada, ya que todo eran gritos y alaridos. De repente vi cómo una lanza aparecía desde detrás del hombre que tenía enfrente y se dirigía hacia mi pecho. Elevé el escudo para defenderme de la estocada, pero fue tarde, la punta se clavó en mi hombro derecho. Aquella punzada fue mucho más dolorosa que la herida que había recibido antes. Me mareé incluso y noté cómo la vista se me nublaba. Justo entonces alguien me sujetó por las axilas y me arrastró hacia atrás. Traté de resistirme ya que estaba convencido de que era la muerte misma que venía a buscarme, pero fue imposible. Poco a poco la luz del sol se iba difuminando y la oscuridad se apoderó de mí. Noté cómo las piernas me flaqueaban, pero por mucho que intentara mantenerme en pie, era una ardua tarea. Me dejé llevar sin más, siendo consciente de que había hecho todo lo posible para hacer bien mi trabajo. Ahora ya no dependía de mí. Mi último pensamiento fue para Jendati y también para Seb. ¿Qué sería de ella cuando yo no estuviera? ¿Qué haría mi auriga cuando yo no regresara al carro? ¿Cómo reaccionaría el ejército a mi pérdida? ¿Se desvanecían las pocas esperanzas de victoria con mi

marcha? Demasiadas dudas y preguntas que no tuve tiempo de responder. No me dio tiempo a pensar en nada más ya que la oscuridad se apoderó de todo y caí en el profundo y eterno sueño.

QUINTA PARTE: JASÓN

DERROTA

I

30 kilómetros al noroeste de la ciudad de Gebal (Biblos), aquel mismo día

Logramos sobreponernos a la situación que se había vuelto tan adversa para nosotros. Tan pronto como los escuché cargar por nuestra izquierda, pensé que nos iban a barrer del campo de batalla en menos de lo que se tarda en engullir una jarra de vino. Aparecieron de repente por el flanco de la formación y nos sorprendieron mientras estábamos enfrascados en una dura lucha cuerpo a cuerpo contra sus corredores de carro. Por suerte para mí, estaba situado justo en el centro, por lo que tuve tiempo de posicionarme bien y aguardar el envite de los enemigos. Tengo que reconocer que estuve a punto de ser abatido cuando los guerreros que estaban a mi izquierda cayeron muertos. Pero su sacrificio fue lo que me mantuvo con vida, ya que me permitió analizar la situación y lanzar el ataque preciso que nos salvó a todos los demás. Logré ensartar con mi lanza a uno de los soldados egipcios que combatían en primera fila. Y por lo que aconteció justo después, debía de tratarse de alguien de importancia, ya que pude observar cómo tras retirar la punta de mi lanza de su hombro, varios de sus hombres le arrastraban hacia atrás. No era muy normal que, en pleno combate, los soldados que luchaban por sus vidas perdieran tiempo en hacer esa maniobra tan arriesgada. No sé si la mano de algún dios gobernó la mía, pero solo puedo afirmar que fue fundamental para que nuestros enemigos buscaran replegarse ganando algo de espacio respecto a nosotros. Tanto los que estaban frente a nosotros, como los que nos había flanqueado. Y eso nos vino muy bien para tomar un poco de aire. Nuestra actitud defensiva fue suficiente para finalizar aquella escaramuza. Justo al concluir el enfrentamiento, me di cuenta de que estábamos en inferioridad numérica, pero pese a eso, optaron por ir retrocediendo poco a poco hasta colocarse junto a sus carruajes. Nosotros hicimos lo propio y fuimos caminando de espaldas, buscando la seguridad de la distancia respecto a ellos, y dando por buena nuestra pequeña emboscada. Dejamos el combate en tablas, pareciendo ambos bandos conformes con el resultado. No hizo falta mediar palabra alguna, ya que las miradas y los gestos expresaron suficiente.

—¡Dejad que se retiren! —grité al percatarme de que varios hombres hacían el ademán de adelantarse abandonando la seguridad que nos ofrecían las filas compactadas.

Me miraron extrañados, como si quisieran que les diera una orden diferente, así que insistí de nuevo para evitar que ninguno de ellos cometiera una estupidez que nos lanzara de nuevo a tener que combatir:

—¡Por todos los dioses, he dicho que no avancéis más! ¡Retroceded en orden!

Poco a poco comenzaron a hacerme caso, y nuestros enemigos comprendieron el significado de la maniobra. Aprovecharon para hacer lo mismo. No pasó mucho tiempo más hasta que los carros estuvieron cargados con más guerreros y dieron la vuelta levantando una nube de polvo que impidió que viéramos hacia donde se desplazaban. Fue al cabo de un instante, que se me hizo eternamente largo, cuando Yemos, que estaba a mi izquierda, cayó extenuado sobre sus rodillas. Varios de los guerreros que componían aquella exigua unidad, hicieron lo propio. Mi amigo, y segundo al mando sonrió desde el suelo y me dijo:

—¡Nos hemos librado por poco, Jasón! ¡Creía que no salíamos de esta!

—Yo también lo creía, amigo.

—¡Debía ser un alto oficial aquel al que has alcanzado si se la han jugado tanto por sacarle de primera línea! —me dijo mientras aferraba la mano que le ofrecí para incorporarse de nuevo.

—Imagino que sí. Ha sido un golpe de suerte —respondí.

—O algún dios que te ha señalado el camino —añadió sonriendo.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo otro de los hombres desde la fila de atrás.

—¡Esperaremos la llegada del grueso del ejército y nos uniremos a ellos! —indiqué—, ¡así que aprovechad esta pausa para descansar un poco y retomar el aliento, que esto aún no ha terminado!

Oteé el horizonte y vi que, a nuestra derecha, a más de dos mil pasos, a juzgar por la distancia, comenzaba a vislumbrarse el grueso de nuestro enorme contingente que se desplazaba a un buen ritmo de marcha.

—¡Han huido como ratas! —escuché que gritaba otro de los guerreros alzando los brazos con euforia.

—¡Ares nos ha bendecido y ha cargado nuestros brazos para que fuéramos sus armas implacables y nos impusiéramos en la batalla! —añadió a pleno pulmón otro de mis hombres.

Pensé que lo único que habíamos hecho era sobrevivir a una leve escaramuza con unas fuerzas que realmente nos habían emboscado a nosotros. Por suerte habíamos podido observar a los carros del enemigo gracias a nuestra tarea de avanzadilla de exploración, y eso nos había permitido caer sobre los corredores que se habían quedado algo rezagados. Aunque había sido una suerte poder escapar de aquel jaleo en el que nos habíamos metido, preferí no llevar la contraria a

mis guerreros, ya que la batalla todavía no había terminado y necesitaba tenerlos lo suficientemente motivados como para continuar peleando. En lo relativo a si había mediado o no el dios de la guerra, pues tampoco podía confirmar o desmentir que hubiera intervenido en nuestro favor. Existía la posibilidad de que la suerte hubiera estado de nuestra parte. Esta acompañaba a los mortales de vez en cuando, aunque en ocasiones aparecía para favorecer a aquellos que eran más piadosos. Al menos eso era lo que me había explicado mi padre. Fue en ese preciso momento cuando me acordé de él. El gran Lisandro. El conductor de hombres, como le llamaban. Uno de los hombres que comenzó todo aquello. El líder de lo que quedaba de un pueblo casi extinto. Un hombre que pertenecía a una civilización que había dominado el Egeo y que había controlado vastos y lejanos territorios, pero que había sucumbido tan rápido que no había tenido ni tiempo para reaccionar. Un apátrida que se había esforzado en conseguir un lugar en el que su gente se pudiera asentar y comenzar de nuevo. Pero esa no era una tarea sencilla de llevar a cabo, y tras un largo periplo, se había marchado a la otra vida sin haber podido ver su sueño cumplido.

Pensé que estaría orgulloso de ver cómo su hijo se había convertido en un hombre de peso dentro de aquella unión de pueblos de diversidad étnica que se desplazaba ahora hacia la fértil tierra de Egipto. Si la muerte no se lo hubiera llevado recientemente, habría encabezado en persona aquel ejército que ahora se enfrentaba a las tropas que el mismísimo faraón había enviado allí para detenerlos. Tantos años vagando y deseando encontrar un hogar para asentar a su pueblo, y a todas esas gentes que se habían ido uniendo por el camino, y se iba a perder la culminación a todo el esfuerzo que había llevado a cabo. ¿Pero era esa la manera en la que él habría querido que se hiciera? De eso no estaba tan seguro. Tantos años luchando habían hecho mella en él y en su carácter. Se había convertido en otra clase de hombre. Alguien que trataba de conseguir su objetivo usando otra vía, un camino en el que no se tuvieran que sacrificar más vidas. Uno que le condujera hasta el descanso y la paz. Ese era mi padre, y yo, su único descendiente, deseaba hacer las cosas a su manera pese a la dificultad y al peligro que esas ideas entrañaban.

—¿En qué piensas, Jasón? —me preguntó Yemos sacándome de mi estupor.

—En mi padre…

—Un gran hombre —añadió él.

—Le habría gustado estar hoy aquí —dije conteniendo la emoción.

—Él está aquí…, contigo —llevó la mano hasta mi pecho—, con nosotros… Cuando se vio obligado a abandonar su tierra, muchos años atrás, jamás pensó que podría reunir a tanta gente a su alrededor. Más

de media vida sin hogar, y ahora gracias a él, todos estos hombres y sus familias, están muy cerca de conseguirlo. Tenemos la oportunidad de cumplir los deseos de tu padre.
—También hemos hecho cosas malas en este largo camino que hemos recorrido.
Yemos guardó silencio.
—Hemos quemado, matado, esclavizado… —añadí.
—Pero no ha sido por placer, sino por mera supervivencia —dijo mi amigo como si tratara de justificar todas esas malas acciones en las que tanto él como yo habíamos intervenido.
Yo sabía que aquello no era cierto, ya que se habían cometido actos que iban más allá de actuar para sobrevivir. No había sido un trayecto fácil y mucho menos durante los primeros tiempos, cuando según me había explicado mi padre, las cosas fueron complicadas y tuvieron que dedicarse más a la piratería que a otra cosa. Aunque sabía que mi padre había tratado de hacer las cosas bien, no siempre había sido posible. Sin ir más lejos, en el mismo saqueo de la ciudad de la que era oriunda mi madre, Ugarit, la presión ejercida por las demás gentes que iban con su grupo, acompañada por la situación de carestía que los acompañaba, obligaron a proceder con crueldad y sin misericordia para con los habitantes de aquella ciudad.

En cuanto a mi madre, no hablaba mucho de aquel momento de su vida, parecía que prefería tenerlo guardado en lo más profundo de su corazón, pero el tío Zósimo y su esposa, Safo, que me trataban como si fuera el hijo que nunca pudieron tener, me habían explicado en más de una ocasión en qué circunstancias se conocieron mis padres. Lo suyo fue más casualidad que otra cosa, ya que mi madre fue capturada y esclavizada durante el ataque y posterior saqueo de su ciudad. Los dioses quisieron que se cruzara en el camino de mi padre, que por aquel entonces estaba entre los que guiaban a aquellos apátridas que habían tenido que huir de su tierra por causas de fuerza mayor. Se habían unido a unas gentes de dudosa reputación, pero que se habían convertido en los únicos capaces de otorgarles una salida a su situación de carestía y miseria. Esos, que hoy formaban ya parte de su mismo grupo, fueron los que quisieron atacar Ugarit, sometiéndola a un largo asedio que acabó con la destrucción total de uno de los enclaves más prósperos de la región. Y como Ugarit, otros centros urbanos fueron sometidos después, usando el mismo método: las armas y la violencia. Pero mi padre siempre defendió que aquello se hizo en un momento de dificultad extrema en el que se buscaba conseguir un territorio en el que asentarse y comenzar de nuevo. La dificultad radicaba en el hecho de que cada vez era más gente la que se reunía en torno a mi padre y sus seguidores y eso conllevaba más bocas que alimentar. El espacio inicial era insuficiente para tantos, así

que lo más normal había sido buscar nuevas tierras en las que asentar a un número de población tan elevado, y eso irremediablemente pasaba por tener que arrebatárselas a otros. Para conseguir tal propósito era necesario el uso de la fuerza.
—Necesitamos un lugar en el que prosperar, Jasón —añadió Yemos.
—Lo sé, amigo.
La parquedad en mis palabras pareció no agradarle demasiado.
—No empieces otra vez —me advirtió—, ya sabes lo que piensan los hombres sobre ese tema.
Claro que lo sabía. Era consciente de que ellos ansiaban arrebatarles a los egipcios su país. Eso era lo que habían estado escuchando durante mucho tiempo. Mi padre había sido partidario de llegar a una entente con el faraón para hallar una manera de convivir en paz con ellos. Una cesión de tierras a cambio de servirlos de algún modo. Pero eso era una utopía, y más cuando a su alrededor había otros con los que compartía poder, que deseaban tomar las cosas por la fuerza, tal y como ya habían hecho en ocasiones anteriores. Hubo un momento en el que llegué a estar convencido de que esos que decían ser sus hermanos habían tenido algo que ver con la repentina muerte de mi progenitor. Él era el único que había intentado poner algo de sensatez a la situación. Pero el vacío que había dejado fue rápidamente ocupado por otro hombre, que casualmente estaba de acuerdo en la estrategia de hacer la guerra. Mi tío y su esposa ya hacía dos años que nos habían dejado para hacer la larga travesía a la otra vida, así que nadie pudo reclamar el legado de Lisandro. Al menos nadie que estuviera de acuerdo con el cambio de rumbo que debíamos seguir. A mí me dieron el mando de una unidad de infantería más por deferencia que por otra cosa, ya que era joven e inexperto y evidentemente no suponía peligro o amenaza alguna para los demás líderes de la coalición. De haberlo sido, no habría pasado mucho tiempo antes de acompañar a mi padre en su viaje a la otra vida. En todo caso, pensé que lo que me había salvado de aquel fatal destino había sido el hecho de no estar a la altura de Lisandro. Era imposible que su único hijo estuviera listo para ocupar su lugar. Aún…, esa era la palabra que resonaba en mi cabeza. Estaba convencido de que expresar en voz alta lo que rondaba por mi mente no me beneficiaría mucho, pero pensaba que era lo menos que podía hacer por honrar la memoria de mi padre. Sabía que había gente que pensaba como él, pero en aquella ingente masa de población, la opinión de unos pocos no tenía fuerza alguna.
—Tienes razón, Yemos. Disculpa mi insistencia —dije a mi amigo para evitar hablar más sobre el tema.
—Es mejor así. Ya sabes que, aunque creas que nadie te escucha o, aunque confíes en la lealtad de tus propios hombres, no puedes dar

nada por hecho. Siempre hay ojos que observan y oídos que escuchan. Bajó un poco el volumen de su voz, y me apartó un poco del grueso de la tropa mientras yo recordaba que esa era una de las frases que Lisandro siempre me decía.
—Puedo comprender que quieras respetar el legado que dejó tu padre —hizo una pausa y miró a su alrededor para ver si alguien nos observaba—, pero la decisión se avanzar y no negociar la tomaron todos los líderes de manera unánime. Hombres muy poderosos y que no tienen muchos escrúpulos que digamos. Imagino que vendrán tiempos mejores en los que podremos tomar nuestras propias decisiones, pero por el momento, debes adaptarte a las circunstancias que nos rodean, Jasón.
—Lo sé.
—Entonces, por tu bien…, y por el nuestro, será mejor que no expreses en voz alta tus opiniones al respecto.
—Gracias por el consejo, Yemos —concluí dándome por enterado de lo que era una advertencia.
—Centrémonos en devolver a estos hombres a la realidad, ya que esto aún no ha terminado.

II

30 kilómetros al noroeste de la ciudad de Gebal (Biblos), un rato más tarde

No pasó demasiado hasta que volvimos a unirnos al resto de nuestras fuerzas. Los egipcios se habían retirado. Sus carros habían desaparecido del campo de batalla sin dejar rastro alguno. Era como si se los hubiera tragado la tierra, o como si hubieran decidido huir dejando a su suerte a sus compatriotas. Nadie se preguntó en ese momento el motivo de tal decisión, pero yo siempre trataba de ver más allá de la visión que mis ojos me proporcionaban. Mi padre me había enseñado a buscar indicios más lejos de lo que mis sentidos me mostraban. Aplicar la lógica y el sentido común debería ser algo innato a la naturaleza humana, pero últimamente me estaba dando cuenta de que no era tan sencillo encontrar gente que fuera capaz de hacerlo. En lugar de guiarse por ello, parecía que lo hacían por un instinto animal y salvaje. A ojos de nuestros ahora enemigos, eso nos dibujaba más como animales que como seres humanos, y provocaba en ellos no solo el temor, sino también una voluntad férrea de luchar por conservar su mundo. Los egipcios siempre se habían vanagloriado de ser una civilización muy antigua, con unos fuertes rasgos culturales y con una creencia de estar por encima del resto de pueblos. Su larga historia estaba repleta de momentos de grandeza, y de otros de crisis, pero pese a estos últimos, siempre se habían sabido sobreponer. Por eso, ahora, cuando de nuevo se tenían que enfrentar a otra amenaza, contaban con la responsabilidad de que sus ancestros siempre se habían impuesto a todos aquellos que los habían puesto en peligro.

—Esto no me gusta —le dije entonces a Yemos, que estaba justo a mi diestra, liderando el avance de nuestra unidad, que se había ubicado en la primera línea del flanco izquierdo del ejército.

—¿Por qué dices eso ahora? ¿Acaso no te has dado cuenta de que los carros egipcios han huido? Tenemos todo a nuestro favor, los superamos claramente en número.

—No estoy tan seguro de que hayan abandonado a los suyos—repuse mirando hacia uno de los laterales de la extensa planicie.

—Ah, ¿no? Pues ya me dirás dónde están entonces.

—A esa duda no te puedo responder…, aún.

Yemos movió la cabeza mientras chasqueaba su lengua. Me percaté de que ni mis propios hombres eran capaces de darse cuenta de que algo

fuera de lo normal estaba ocurriendo. La euforia era tan elevada entre nuestras filas que perdían de vista variables como aquellas. Lo daban todo por hecho, pero una de las premisas de la guerra era que nunca se podía dar algo por hecho, ya que en un breve instante las cosas podían cambiar, y lo que creías ganado, podías llegar a perderlo.
—Sería prudente que se vigilaran los flancos y la retaguardia a medida que vayamos acercándonos al enemigo —sugerí a mi segundo como si él tuviera algún peso en la toma de aquella decisión.
—Deja de ver fantasmas donde no los hay y sigue las órdenes que te han dado.
Aquella fue su respuesta. Me quedé perplejo al escucharla, pero caí en la cuenta de las palabras que él mismo me había dicho hacía tan solo un rato. Resonaron de nuevo en mi cabeza como si se tratara de un mensaje de advertencia enviado por los mismos dioses: «ya sabes que, aunque creas que nadie te escucha o, aunque confíes en la lealtad de tus propios hombres, no puedes dar nada por hecho. Siempre hay ojos que observan y oídos que escuchan». Opté entonces por no ir más allá, y guardé silencio, centrándome en hacer cumplir las instrucciones a los hombres que componían mi unidad. Cuando ese tipo de mensajes llegaban era por algún motivo. Lisandro también me dijo en su día que un hombre prudente vale por mil, así que la hora de la prudencia había llegado.

*****

Nos recibieron con una intensa lluvia de proyectiles. Miles de flechas cayeron sobre nosotros, entorpeciendo y ralentizando el avance. Los gritos de euforia y victoria que se habían escuchado hasta entonces y que se habían ido contagiando a toda la ingente masa de guerreros que componían aquella fuerza de choque, se tornaron en terror y pánico. El miedo se adentró en las filas de nuestro ejército sin que pudiéramos hacer nada para frenarlo. Era un enemigo invisible e implacable ante el que no servían ni escudos, ni armaduras, ni lanzas, ni tampoco espadas. A medida que los hombres iban cayendo al suelo, heridos o muertos, la moral de los que los veían abatidos disminuía de manera proporcional. Daba la sensación de que los egipcios contaban con un arsenal infinito de proyectiles ya que la lluvia era incesante. Yo mismo me estremecí cuando vi caer al hombre que iba a mi izquierda atravesado por una flecha que le entró en la cuenca de un ojo. Tan pronto como se desplomó, dos saetas más le alcanzaron, una en el pecho y otra en el cuello. Áyax se llamaba aquel infeliz, que se reuniría con sus antepasados tras perecer de aquella manera tan cruel e indigna, sin haber tenido la mínima oportunidad de esgrimir su lanza contra los que nos frenaban el paso. Ordené a los hombres que se juntaran más y que colocaran los escudos sobre sus cabezas ya que

los proyectiles que nos disparaban caían sobre nosotros en parábola. El paso se ralentizó un poco más, ya que nadie se atrevía a avanzar demasiado rápido para quebrar aquel muro detrás del cual nos protegíamos. Tampoco nadie osaba asomarse por los huecos de los escudos para comprobar cuál era la distancia que nos separaba del enemigo. Salir de la protección era algo muy arriesgado. En aquel momento no pude evitar pensar en cómo los egipcios se estarían regocijando, viéndonos de aquella guisa, aunque también traté de imaginar el momento en el que nuestra primera línea llegara hasta ellos. No querría estar en la piel de esos arqueros que recibieran la carga enfurecida de los que habían tenido que soportar aquella tremenda lluvia de proyectiles sobre sus cabezas.

No pasó demasiado hasta que los golpes de las flechas comenzaron a disminuir de manera considerable. Alcé un poco la vista por encima de mi elemento defensivo, asumiendo el riesgo que correspondía a un hombre de mi categoría, y me percaté de que estábamos ya muy cerca de las filas de infantes egipcios. Deduje, al no verlos, que sus arqueros se habían replegado detrás de sus lanceros para buscar protección, dejando que fueran sus compañeros los que tuvieran que aguantar nuestra acometida. Los gritos de miedo cesaron, y volvieron a ser de nuevo de rabia e ira. La ira de todos los dioses caería sobre aquellos que estaban plantados frente a nosotros. Los diferentes pueblos que componían aquella amalgama cultural, lingüística y étnica, se iban a dar un festín de sangre pasando por encima de esos infelices que seguramente estarían deseando estar muy lejos de allí. Alcé mi lanza con punta de hierro y miré hacia atrás. Todos mis hombres estaban atentos a mis indicaciones, así que procuré ser escueto, pero mostrar seguridad. Los pasos que había dado mi padre desde que abandonara su Micenas natal, ya hace muchos años, nos habían conducido a todos hasta aquel lugar y hasta aquel preciso instante. Podía gustarme más o menos la manera en la que se había logrado arribar al punto en el que nos hallábamos, pero ya no se podía retroceder. El futuro estaba justo detrás de las tropas del faraón, y si queríamos ver lo que los dioses nos deparaban, no había más remedio que atravesar las filas enemigas.

—¡Esos malnacidos son el último obstáculo que se interpone entre nosotros y nuestro destino! —grité a pleno pulmón—. ¡Haced que vuestros padres, hermanos, esposas e hijos estén orgullosos de vosotros! ¡Que Ares nos guie, hermanos!

Pronto me respondieron con sonoros gritos. En el fondo había pronunciado aquellas palabras con toda la sinceridad que sentía. Pero ¿estaría Lisandro orgulloso de mí y de lo que íbamos a hacer? No tuve tiempo suficiente para reflexionar sobre aquel tema, ya que en un abrir y cerrar de ojos me vi corriendo, al frente de mis hombres, en dirección a las fuerzas de infantería egipcias, que ya habían colocado

sus lanzas en posición defensiva. No había marcha atrás, rogué en silencio a los dioses para que nos fueran propicios en la batalla. Hasta ahora no había habido más que tanteos y pequeñas escaramuzas, pero nuestro futuro se dirimiría en aquel preciso instante.

III

30 kilómetros al noroeste de la ciudad de Gebal (Biblos), un poco más tarde

Llevábamos un buen rato presionando a la infantería enemiga. La fuerza con la que caían los rayos del sol era tan o más implacable que la propia resistencia de los egipcios. Aunque sabíamos que eran menos que nosotros, no estaban dispuestos a ceder ni un solo palmo de terreno. Seguro que alguien los había alentado a combatir no solo por sus vidas, sino también por las de todos sus compatriotas. Eran el último bastión de defensa de su país, y sabían que, si ellos caían, Egipto lo haría a continuación. Esa motivación era suficiente para que un hombre lo diera todo en el campo de batalla. De ahí que, pese a ser menos que nosotros, lucharan con una fiereza asombrosa. Tuvimos que retirarnos en varias ocasiones, para recobrar el aliento, y regresar de nuevo al combate. Después del primer repliegue, pude contar que habíamos perdido al menos catorce guerreros. Seguíamos siendo muchos, pero al comprobar que los egipcios habían tenido menos bajas que nosotros, la duda planeó sobre mi cabeza. No pude evitar pensar en si mis guerreros se hallarían en la misma situación que yo. Por suerte, la furia que nos acompañaba se mantenía aún intacta, y cuando ordené la segunda carga, todos respondieron con gritos de rabia. En ese nuevo envite las cosas fueron aún peor que en el anterior. La fortuna que me había acompañado en el primero, se esfumó por completo, y entre la maraña de hombres y armas en la que nos habíamos sumido, fui alcanzado por la punta de una lanza en mi brazo izquierdo. La herida no fue letal, pero cuando el bronce del arma de mi rival rasgó piel y músculo, sentí una punzada de dolor terrible. Mis fuerzas flaquearon durante un instante y estuve a punto de caer al suelo.

Si hubiera ocurrido eso, estoy convencido de que la muerte habría acudido a llevarme a la otra vida. Pero por suerte para mí, Yemos, que estaba atento en todo momento, se percató de mi difícil situación y abatió al hombre que me había herido atravesándole la garganta con su lanza. Eso evitó que aquel miserable tuviera la oportunidad de rematarme, pero mi segundo, al levantarme del suelo, cometió el garrafal error de bajar su guardia un instante. Tan solo fue un breve lapso de tiempo, pero el suficiente como para que otro de los enemigos que estaba atento, aprovechara aquella ocasión para hundir

con fuerza la punta de su lanza en el costado izquierdo de mi amigo. Este, al notar la punzada, lanzó un terrible grito de dolor, pero se mantuvo en pie y resistió lo suficiente como para herir a su adversario y dejarlo fuera de combate, mientras me apartaba del frente. Cuando logré incorporarme, vi una sonrisa en su rostro. Estaba satisfecho de haberme ayudado, incluso habiendo expuesto su propia vida. Ordené entonces un nuevo repliegue, y eso evitó que la situación fuera a mayores. Una vez alejados del frente enemigo, y escuchando de fondo los vítores de los infantes egipcios que se regocijaban tras habernos hecho retroceder de nuevo, pude ver cómo mi lugarteniente apenas se mantenía en pie. Le sostenían dos de los guerreros, uno por cada brazo. Me giré hacia él, y le aparté la mano con la que se cubría la herida. Su armadura de cuero no había sido capaz de frenar la punta de bronce de la lanza del enemigo, que se había ido abriendo paso por el interior de su cuerpo sin oposición. Volví a taponar la herida que no paraba de sangrar con su propia mano. Le sujeté ambas mejillas justo después de dejar mi arma y escudo en el suelo y acerqué mi frente hasta tocar con la suya:

—¡Hermano! ¡Saldrás de esta!

Él me miró y sonrió.

—No sabes mentir, Jasón.

Tosió y escupió un borbotón de sangre.

—Los dioses me reclaman —dijo mientras los hombres que le sujetaban retrocedían arrastrando su cuerpo entre los demás guerreros, buscando un lugar donde tumbarle.

Fui detrás de ellos mientras el dolor, no físico, sino emocional, se adueñaba de mí. Varios de los soldados se fueron apartando para dejar espacio suficiente. Yemos fue tendido con sumo cuidado sobre el suelo, y yo me arrodillé junto a él y le sujeté la mano con la que no se cubría la herida.

—Sé digno sucesor de tu padre, Jasón. Cuando me reúna con él en la otra vida, le diré que su alma puede descansar en paz, ya que su hijo es un buen hombre, y que vela por la seguridad y el futuro de su pueblo.

Tosió de nuevo y di la orden de que alguien me trajera un odre de agua. Le dio un sorbo, pero apenas pudo beber, ya que tosió y escupió el líquido que estaba en su boca.

—¡Yemos, no te puedes ir todavía! ¡Tenemos que hacer muchas cosas juntos aún! ¡Tienes que ver las orillas fértiles del gran río que atraviesa Egipto! ¡Tienes que ver esas ciudades maravillosas que construyeron sus antepasados!

—Lo veré, hermano, pero desde otro lugar. Ya no te hago falta aquí… —tosió más sangre—, he cumplido con mi cometido y puedo irme en paz…

En aquel momento observé cómo los ojos se le ponían en blanco y dio una serie de espasmos. Justo después del último de ellos, la vida se le escapó en un suspiro y su alma se fue al reino de los muertos en busca del descanso eterno. Como bien había dicho él mismo, su misión, fuera cual fuera, debía haberse cumplido, por eso los dioses le reclamaban. Me enjuagué el reguero de lágrimas que se deslizaban por mis mejillas y le cerré los párpados. Había sido un duro golpe, ya que no solo había perdido a un amigo, sino que también a un gran guerrero. Estaba convencido que su alma cruzaría la laguna sin ningún problema ya que en vida había sido un valiente. Me mantuve agachado a su lado un instante, rogándole al dios del inframundo que velara por su travesía, cuando de repente unos gritos procedentes de nuestra retaguardia llamaron mi atención:

—¡El enemigo se acerca por detrás!

—¡Recomponed las filas! —comenzó a escucharse entre la multitud.

Las voces se extendieron rápidamente. Hice un gesto a varios de mis guerreros para que se ocuparan del cuerpo de Yemos, mientras yo me incorporaba y avanzaba entre la amalgama de hombres que estaban dándose la vuelta en aquel instante. Dejé apartado el dolor durante un instante para ocuparme de lo que caía sobre nosotros. Aparté a varios de los guerreros que estaban encarados hacia la retaguardia hasta colocarme al final de la formación, y oteé el horizonte para darme cuenta de que mis peores presagios se habían tornado realidad. Lo que venía hacia nosotros eran centenares de carros de guerra. No había duda de que eran los mismos que se habían retirado y a los que habíamos tratado de interceptar en la pequeña emboscada que habíamos montado. Comprendía que no habían huido dejando a los suyos a su suerte. No. Simplemente habían fingido tal maniobra para que nosotros nos confiáramos lo suficiente como para pensar que ya no estaban. Ahora, flanqueados por centenares de corredores de carro que los escoltaban, se acercaban a toda velocidad por la espalda. Habíamos caído en una celada. Al menos pensé que Yemos no tendría que ver esto, ni tampoco tendría que reconocer que se había equivocado cuando le dije que lo que estaba a punto de ocurrir ya lo había predicho yo.

IV

30 kilómetros al noroeste de la ciudad de Gebal (Biblos)

Fue peor de lo que nadie podía imaginarse. Las tripulaciones de los carros egipcios nos lanzaron todo lo que tenían mientras por detrás, la infantería enemiga avanzó sobre nosotros con dureza. Aunque tratamos de aguantar durante un tiempo, poco a poco nuestra resistencia se fue quebrando, tanto por los lanzamientos precisos de las flechas, como por la carga y el ímpetu de los infantes. Nuestras fuerzas se vieron obligadas a luchar en dos frentes, y eso nos debilitó mucho. Nos fueron ganando terreno lentamente, ya que no podíamos abandonar la línea para perseguir a los carros. Estos se movían muy rápido y no dejaban de lanzar proyectiles. La motivación que teníamos un rato antes comenzó a convertirse en desesperación. Los heridos y muertos empezaban a acumularse y los gritos de dolor se escuchaban por doquier entre los nuestros. La batalla había dado un vuelco total, y de ser los atacantes, habíamos pasado a ser los atacados. La estrategia ofensiva que habían acordado todos los líderes de la coalición, basada en la superioridad numérica de nuestras fuerzas, se había visto truncada por un planteamiento mucho más inteligente de los egipcios. La resistencia de sus fuerzas de infantería había sido la clave para poder contraatacar, y en el fondo maldije a aquellos que nos habían llevado hasta ese momento. Si mi padre hubiera estado vivo, no habría permitido que se actuara así. El afán por querer más nos había conducido irremediablemente hacia un destino fatal. La ambición era una mala compañera de viaje, y ahora ya era demasiado tarde para modificar el plan. Íbamos a ser víctimas de nuestra propia avaricia. Pensé que tal vez habría sido mejor morir en el momento en el que Yemos dio su vida por mí, ya que al menos me habría ahorrado el tener que vivir ese momento.

Refugiado bajo mi maltrecho escudo, observando y escuchando cómo mis hombres caían uno detrás de otro, impotente al no poder salvarlos, pensé en mi madre. Ella había tenido que ver cómo su pueblo caía bajo el ataque sanguinario de las gentes a las cuales pertenecía ahora. Había perdido a seres queridos, entre ellos a su hermano, al que yo nunca conocí, pero al que siempre admiré, por todo lo que ella me contó. Había perdido a su esposo, al hombre que la rescató de una vida de esclavitud, y que le dio aquello que más amaba en su vida: a mí. Y ahora, teniendo en cuenta lo que estaba por

llegar, yo también la abandonaría y la dejaría sola en este mundo. Una vida llena de sufrimiento que no pintaba mucho mejor. Cuando nuestro ejército fuera derrotado, porque lo sería, los egipcios no se conformarían con vencernos, sino que se encargarían de erradicar toda amenaza sobre su país. Esclavizarían a nuestros padres, a nuestros abuelos, a nuestras esposas y a nuestros hijos. No los dejarían marchar en libertad, sino que los condenarían a una vida mísera a su servicio. Pero pensé que, si hubiera sido al revés, y nosotros nos hubiéramos alzado con la victoria, habríamos hecho lo mismo. Llevábamos años haciéndolo, así que era una consecuencia natural de los movimientos migratorios que hacíamos. Tal vez, uno solo se daba cuenta de la crueldad de esas acciones cuando le afectaban directamente. La visión era muy distinta a la que uno tenía cuando era el autor de semejantes conductas. Cerré los ojos con resignación y aflojé la mano que sujetaba el escudo. No sabía si era mejor morir en aquel campo de batalla, o vivir toda una vida siendo esclavo de los egipcios. Los dioses no me decían nada, o al menos yo no era capaz de escucharlos.

—¡¿Qué hacemos, Jasón?! —preguntó Yolcos, uno de mis hombres más veteranos que estaba situado junto a mí —¡A este paso nos van a aniquilar en poco tiempo!

Miré a mi alrededor y vi que estaba en lo cierto. No había más que cuerpos de muertos y heridos. Sangre y desolación. El hedor de los cuerpos carentes de vida se estaba apoderando de mi unidad. Pero ¿qué podía hacer yo para evitarlo? ¿Existía alguna manera de sobreponerse a lo que estábamos viviendo? Miré a Yolcos con incredulidad, pero vi en sus ojos que necesitaba una respuesta. Ni él ni el resto de los hombres que estaban aún en condiciones de combatir eran capaces de encontrar una salida a aquella situación. Esperaban que fuera yo quien se la diera. Yo no era un conductor de hombres como había sido mi padre. Yo no era Lisandro. Era tan solo un muchacho al que el destino le había encomendado una responsabilidad para la que aún no estaba preparado. La repentina muerte de mi padre puso a todos sus guerreros bajo mis órdenes, pero yo no poseía la experiencia suficiente como para dirigirlos, aunque ellos lo creyeran. Lo cierto era que heredar una fuerza como aquella era algo formidable, pero los demás líderes de la confederación de pueblos no me tuvieron tan en cuenta a la hora de tomar decisiones importantes. Para ellos no era nadie. Pero para mis hombres sí. Y ahora, en un momento de suma dificultad, dependían de mí. Sus vidas eran responsabilidad mía, y estaba convencido de que la decisión que iba a tomar habría sido la misma que habría tomado mi propio padre. Aunque no tuviera influencia política suficiente para hablar por todos, sí que la poseía para decidir el futuro de aquellos que servían bajo mis

órdenes.

—¡Juntad escudos y formad un cuadro lo antes posible! —grité a pleno pulmón mientras aferraba de nuevo con fuerza renovada el mío.

La esperanza revivió en mi ánimo y decidí que debía intentar salvar a tantos hombres como fuera posible. Las posibilidades de acabar siendo esclavos eran altas, pero al menos les salvaría la vida. Tal vez yo estuviera dispuesto a morir, pero no podía tomar aquella decisión en nombre de los que me acompañaban. Mi obligación como comandante suyo era tratar de evitar que murieran.

—¡Cuando estemos formados, apretaos tanto como podáis y aguantad! —grité de nuevo mientras los guerreros comenzaban a seguir mis instrucciones.

Pisamos a varios de nuestros muertos, y tratamos de ayudar a algunos heridos. Alzamos a varios hombres y los protegimos de la mejor manera posible. Fue entonces, una vez las órdenes se cumplieron, cuando hablé a Yolcos bajando un poco el volumen de mi voz:

—Pase lo que pase, haz lo que te he ordenado. Mantén la formación de esta manera hasta que yo regrese.

El veterano guerrero, que había servido con mi padre durante muchos años, iba a decir algo, pero no le dejé. Abandoné la formación con el escudo en alto y avancé en dirección a dónde estaban los carros de guerra más próximos. No tenía nada que perder más que mi vida, pero sí mucho que ganar, la de mis hombres. Si los dioses exigían mi sacrificio para salvar a los míos, estaba dispuesto a asumirlo sin más.

V

¿Que si volvería a hacerlo de nuevo? Pues no estoy seguro del todo. Lo único que puedo afirmar es que me salió de dentro. Alguna fuerza me impulsó a reaccionar de aquella manera, y estoy convencido de que, si salió bien, fue porque los egipcios fueron los primeros sorprendidos. De hecho, pude avanzar sin que ninguno de sus arqueros disparara contra mí. Llegó un momento en el que me sentí casi invulnerable, como si fuera un dios, aunque era plenamente consciente de que bajar el escudo habría sido un suicidio. Mantuve el paso firme hasta llegar a una distancia prudencial del primero de los carros. Debía ser el del oficial que comandaba aquella operación, ya que tan pronto como cruzamos las miradas, bajó su arco y alzó una mano indicando a los tripulantes más cercanos que hicieran lo mismo. Varios de los carruajes detuvieron la marcha y se colocaron a ambos lados, pero sus tripulantes no dejaron de apuntar hacía mí. Un poco asustado por aquella acción que me estaba pareciendo cada vez más estúpida, me di la vuelta por instinto y observé a mis hombres, y ya de paso hice un barrido general de nuestras líneas, hasta donde alcanzaba mi vista. El panorama era desolador. Más que un campo de batalla, aquello se había convertido en un cementerio. Cuerpos caídos por doquier, hombres gimiendo y gritando sembraban el terreno sobre el que nos habíamos defendido con uñas y dientes del doble ataque por parte del enemigo. Hacía ya rato que nos habían derrotado, y lo que habían hecho después, durante un largo rato, era dedicarse a masacrarnos sin piedad. Una piedad que nosotros no habríamos tenido tampoco con ellos de haber sido los vencedores del choque.

El hombre que estaba frente a mí pareció entender mi gesto, y dio una orden para que los arqueros se relajaran, ya que no apreciaba en mí amenaza alguna. Casi a la vez, la infantería egipcia, estando en posición muy ventajosa aún, comenzó a retroceder en orden cerrado hasta colocarse a una distancia segura. El oficial egipcio tenía el control total de las operaciones, y todo el ejército obedecía sus instrucciones. Aquel respiro fue crucial y comprendí que estaba dispuesto a escucharme. Fue entonces cuando dejé caer mi escudo y mi lanza al suelo en señal clara de rendición. Me acerqué lentamente hasta el carro de guerra y una vez estuve a escasos pasos, me arrodillé y agaché la cabeza mirando fijamente al suelo. El mensaje que lanzaba actuando de aquella manera era claro, y simplemente el cese de la contienda supuso música para mis cansados y fatigados miembros. Un

silencio se apoderó de todo el entorno, y lo único que se escuchaba eran los gemidos de los heridos y moribundos. Todo lo demás se había diluido.

Levanté tímidamente la cabeza y observé cómo el oficial egipcio descendía de la plataforma de su carruaje. Varias decenas de corredores de carro se colocaron a su alrededor ofreciéndole escolta, justo antes de que caminara hacia mi posición. A medida que se acercaba reconocí su rostro, y fijándome en uno de sus hombros me di cuenta de que era el hombre al que herí en la escaramuza previa a la batalla. El mismo al que alcancé con mi lanza y que fue retirado por sus soldados. Su armadura de cuero estaba aún manchada de sangre seca y no comprendí cómo podía estar disparando su arco con semejante herida. Pero la entereza que muestran algunos hombres en ocasiones va más allá de cualquier límite y sin duda ese era uno de los elegidos de los dioses, si no, cómo iba a estar ahora ante mí. Me dio vergüenza mirarle a la cara, porque tal vez él acabara reconociéndome y quisiera cobrarse justa venganza. Agaché la mirada de nuevo para tratar de ocultarle mi rostro. Pasó un rato hasta que vi cómo una sombra se proyectaba en el suelo hacia el que yo miraba atentamente. Después, una voz que hablaba en un dialecto que yo entendía perfectamente, el de los *peleset*, tomó la palabra:

—El comandante Mensah, jefe del ejército del faraón Ramsés III, te saluda, y te pide que por favor te pongas en pie para poder conversar con él.

Obedecí sin más, y me di cuenta de que el que hablaba era uno de los corredores de carro que le acompañaba. El egipcio hizo una leve y apenas imperceptible reverencia y después se llevó una mano al pecho en señal de saludo. Dijo algo a su intérprete y este tradujo:

—El comandante reconoce tu valor al haber abandonado la protección que te ofrecía tu línea, y acepta tu rendición y la de tus hombres. Pregunta cuál es tu nombre.

Me quedé en silencio inicialmente ya que yo no era el líder de aquel ejército. No era más que un oficial al mando de un contingente, pero estaba claro que ese comandante me había tomado por un igual. Me di la vuelta para ver si alguno de los reyes o jefes se adelantaba para tomar el mando de las negociaciones, pero me di cuenta de que estaba solo. O bien preferían mantenerse ocultos entre sus hombres por miedo a posibles represalias de los egipcios, o bien habían muerto en el transcurso del combate y estaban ya de camino a la otra vida. Al verme allí comprendí que debía tomar el control de la situación si queríamos salir de una pieza y con garantías. No podía titubear o mostrar duda ante un hombre de su posición.

—Soy Jasón, hijo de Lisandro, el que fuera líder de los *ahhiyawa*.

Cuando el intérprete hizo su trabajo, el comandante egipcio asintió

levemente. Me daba la sensación de que no se acordaba de mí. Era posible que ni siquiera supiera quién fue el enemigo que le hirió, ya que en el fragor de la batalla uno a veces no se da cuenta de quién tiene en frente. Rogué a los dioses que así fuera, ya que al menos de esa manera tendríamos mayores posibilidades. Además, caí en la cuenta justo entonces de que yo le golpeé desde la segunda fila, por lo que era probable que ni siquiera me hubiera visto. Dijo algo al traductor, que cuando terminó de escuchar, se dirigió a mí de nuevo:

—El comandante dice que no ha escuchado hablar jamás de tu padre, pero que está convencido de que debió ser un hombre justo y de principios, que te supo educar bien a juzgar por la decisión que has tomado. Afirma también que admira a los líderes que saben anteponer las necesidades de sus subordinados a las suyas propias, y que por eso ha ordenado el cese del combate. Siente curiosidad por saber qué es lo que pides y, sobre todo, qué es lo que ofreces.

Asentí al recibir aquel halago, aunque no acababa de fiarme del todo. No todos los días un comandante del ejército del faraón de Egipto lanzaba ese tipo de comentarios hacia un enemigo que había intentado invadir su país, pero proceder con cautela era algo que también había aprendido de mi padre.

—Agradezco las palabras del comandante Mensah —añadí en el idioma de los *peleset*, que aprendí de pequeño y que hablaba con cierta fluidez.

—El comandante Mensah sugiere que el siguiente paso para seguir negociando debería ser el de ordenar a tus hombres que depongan las armas de inmediato.

Era justo y evidente lo que solicitaba. No se podía iniciar una negociación sin gozar de cierta ventaja sobre el derrotado. Me di la vuelta de nuevo y observé que algunos de los guerreros ya se habían desprendido de sus armas, tal y como yo mismo había hecho, pero aún quedaban bastantes que las empuñaban. Entendía que no se fiaran todavía.

—Lo haré, pero necesito garantías de que sus vidas serán respetadas —me atreví a decir sabiendo que no estaba en posición de exigir nada.

El intérprete hizo su trabajo. Observé cómo el comandante asentía a medida que escuchaba y cómo al concluir, me miraba fijamente y afirmaba con su cabeza.

—El comandante Mensah —comenzó como las anteriores veces el corredor de carro—, dice que cumplirá con tu demanda siempre y cuando le ofrezcas garantías suficientes de que todos tus hombres obedecerán las órdenes. No desea que haya más muerte en la jornada de hoy, ya que los dioses ya han tenido bastante sangre en forma de ofrenda.

—Dile que lo harán, pero que para que eso ocurra, sería prudente

asegurarles que sus esposas e hijos no sufrirán castigo alguno por lo que ellos hayan hecho —respondí arriesgando un poco más, pero siendo consciente de que el egipcio también tendría que ofrecer algo a cambio que nos convenciera de llevar a cabo el acto que nos solicitaba.

Mientras el traductor le transmitía mi petición a su superior, rogué en silencio a los dioses deseando que aceptase lo que yo le proponía. Evidentemente no tenía ninguna obligación de hacerlo. Es más, como vencedor de la batalla, le correspondía decidir sobre la vida de los que habían sido derrotados, y de los que los acompañaban. Sabía que era mucho pedir, pero estaba convencido de que mi padre también lo habría intentado, de estar en mi lugar.

—El comandante Mensah dice que comprende tu petición, y que entiende que trates de salvar a las familias de tus guerreros, pero, por otra parte, desea que sepas que lo que pides no puede serte concedido.

Esa era la respuesta que no quería recibir. El intérprete prosiguió:

—No puede permitir dejar sin castigo un acto de guerra contra Egipto de tal magnitud. Debes entender que vuestra acción ha sido una ofensa contra el faraón y contra todos sus súbditos —hizo una breve pausa para retomar luego el diálogo con algo que no esperaba escuchar—, y te pregunta a su vez si tú habrías sido tan benevolente como él de haber sido el vencedor.

No fue necesario pensar mucho la respuesta, ya que era muy clara.

—Personalmente lo habría sido…, pero yo no soy el que comandaba este ejército, sino alguien al que le ha tocado hacerlo por designio de los dioses. Yo solo dirijo a los *ahhiyawa*, y no al resto de pueblos que componen esta fuerza. No puedo hablar por los otros líderes porque seguramente ya estén en la otra vida, pero comprendo que lo veas así.

Cuando el traductor expuso mi respuesta a su superior, el egipcio meditó durante un breve período antes de hablar con el corredor.

—El comandante Mensah tiene en cuenta lo que expones y ve en ti a un líder, por mucho que digas que lo eres por mera casualidad —dijo mientras elevaba la vista al cielo—, y por ese motivo desea recompensar tu sinceridad y tu manera de proceder con un gesto a tu favor. Te ofrece la posibilidad de que tus hombres y tú, los que os hacéis llamar *ahhiyawa,* acompañados de vuestras familias, regreséis al lugar del que venís en paz, con la promesa firme de que jamás volveréis a poner un pie en suelo egipcio.

Vaya, aquello sí que no me lo esperaba. El honor de aquel hombre era manifiesto, y la oferta que me hacía era muy superior a lo

que merecíamos por nuestros actos hostiles hacia ellos. Tal vez quisiera recompensar mi valor y mi acto altruista. La encrucijada en la que me hallaba era la más complicada que había tenido en toda mi corta vida. Me vino a la cabeza de nuevo Lisandro. ¿Qué habría hecho él? Estaba convencido que lo primero habría sido pedir más tiempo para meditar la oferta.

—Esta decisión es complicada, comandante Mensah, por lo que te rogaría algo de tiempo para poder tomarla. Necesito compartirla con mis hombres, ya que no es algo que deba resolver yo solo.

No pasó mucho hasta que obtuve su respuesta:

—Tienes hasta el final del día. Si no decides, se os tratará como al resto de prisioneros.

Hice una reverencia y me dispuse a regresar a mi formación. Pero el intérprete me retuvo un instante.

—No te marches aún…

Me detuve y miré directamente a los ojos del oficial egipcio.

—El comandante Mensah desea que te encargues personalmente de desarmar a los guerreros que aún no han dejado sus armas. Como ya te he dicho antes, no quiere que se vierta más sangre en esta aciaga jornada, por ello te insta a que cumplas con tu parte del trato.

Asentí y me di la vuelta dejando mi escudo y mi lanza en el suelo. Ya no las necesitaría para nada. Anduve con la cabeza gacha hasta llegar a la posición en la que estaban mis hombres, y desde la distancia pude ver cómo poco a poco se habían ido reuniendo en torno a ellos varios guerreros de otras naciones que querían saber qué había estado hablando con los egipcios. Pregunté antes de nada por los demás líderes y jefes, y sus hombres me confirmaron lo que yo creía que había ocurrido. Todos habían perecido en el combate, por lo que era yo quien tenía el mando sobre aquel reducido grupo de hombres que habían logrado resistir a los envites constantes del enemigo. Nuestras fuerzas habían quedado seriamente diezmadas, ya que, en los últimos compases de la batalla, nuestros enemigos habían actuado sin piedad y la fortuna les había favorecido. Al verse descabezadas cuando sus líderes habían caído, algunas unidades habían perdido la poca moral que les quedaba, siendo incapaces de sobreponerse a los constantes ataques de los egipcios. Eso había reducido exponencialmente nuestra fuerza, e inevitablemente las líneas se habían quebrado, permitiendo que nuestros enemigos se dieran un opulento festín a costa de nuestra sangre.

No era lo que más deseara en aquel momento, pero indudablemente los dioses habían querido que fuera yo quien decidiera sobre el destino de aquellos hombres. Lo peor de todo era que lo que yo eligiera simplemente beneficiaria a mi pueblo, pero no a

los demás, y tenerlos allí expectantes no hacía sino complicarme mucho más la existencia. Expuse lo que los egipcios demandaban de nosotros, y eso me llevó un tiempo, ya que no todos hablaban mi lengua. Tuve que ir buscando intérpretes para la traducción y eso alargó la situación más de lo que hubiera deseado. La mayoría aceptó deponer las armas a cambio de salvar sus vidas, pero fueron algunos grupos reducidos, como por ejemplo el de los *shardana*, quienes se opusieron firmemente a rendirse. Su jefe, un tal Etiocles, que yacía muerto a escasos treinta pasos de donde estábamos, había sido el más ferviente defensor de la invasión del país de Egipto, así que convencer a sus guerreros iba a ser harto difícil. Y menos si lo tenía que hacer alguien como yo, al que apenas conocían. Pero la sorpresa llegó cuando los propios guerreros que habían depuesto sus armas hicieron presión para que los más reticentes hicieran lo mismo que ellos. Nadie quería arriesgarse más de la cuenta a perder la única vía de escape que quedaba.

—¿Y qué van a hacer ahora con nosotros? —me preguntó Yolcos en nuestro idioma y bajando un poco el tono de voz.

—Me han ofrecido la posibilidad de regresar por donde vinimos… —dije en primera instancia, apartándole del resto de los hombres—, pero solo a nosotros y a nuestra gente. Los demás tienen un futuro más incierto. El comandante egipcio me ha dicho que debemos darle una respuesta lo antes posible —añadí—, y no demorarnos demasiado.

Yolcos asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Debemos ser prudentes y discretos a la hora de tomar una decisión de semejante importancia. No deseo levantar sospechas entre los demás.

—La razón me dice que debemos aceptar la oferta, Jasón, pero el corazón me dice que no es lícito salvarnos mientras condenamos a los demás a un destino de esclavitud y muerte.

Eso no me ayudaba demasiado, ya que era lo mismo que yo había pensado en el trayecto de regreso a las filas del ejército.

—Tengo una responsabilidad para con estos hombres —dije señalando en dirección a mis guerreros—. Y también para con sus familias.

—Lo sé, y no envidio nada tu posición —respondió Yolcos.

—Tus palabras no me ayudan nada.

—Lo siento mucho, Jasón —se encogió de hombros—. Estaré contigo decidas lo que decidas.

—¿Qué es lo que habría hecho mi padre de estar en mi situación? —pregunté a mi segundo buscando alguna pista que me ayudara a resolver el dilema.

—La premisa de tu padre siempre fue la de proteger a su

pueblo…

«¿Por qué me has hecho esto, padre?», me pregunté a mí mismo tratando de maldecirle por haberse marchado antes de tiempo. «¿Por qué me has dejado solo precisamente ahora?». Entonces, como si de una aparición se tratara, vi a mi madre ante mí. «Haliya…, madre…, ¿qué debo hacer?», le pregunté. Ella sonrió. No hizo nada más. Entendí perfectamente lo que trataba de decirme. Me giré hacia Yolcos y le dije con firmeza:

—Ya he tomado una decisión…

VI

El comandante Mensah cumplió con su parte del acuerdo. Permitió que mi pueblo abandonara aquel lugar y que regresara hacia el norte, siguiendo el mismo camino que había hecho para arribar hasta suelo egipcio. Todo fue tan rápido que apenas tuve tiempo de hablar con los guerreros y las familias que quedaron atrás, prisioneros de nuestros enemigos. No hubo reproche alguno por parte de nadie. Ninguno de los míos me recriminó nada, así como tampoco aquellos que sufrieron un destino incierto. Los egipcios fueron rápidos y no nos dieron demasiado tiempo para recoger nuestras cosas. Pude ver miradas de odio en el rostro de muchos de aquellos soldados que nos veían abandonar aquel lugar. Estaba convencido de que, de ser por ellos, jamás nos lo habrían permitido. En el fondo, la decisión del comandante Mensah era muy inteligente. No fue tomada a la ligera ni se había dejado llevar por la compasión, sino que lo que le había empujado a perdonarle la vida a mi gente era que su mensaje y el de su faraón llegara a todas partes. El mensaje mediante el cual se hacía saber que Egipto había vencido y que continuaba siendo una gran potencia a la que tener en cuenta. Ellos habían sido los únicos que se habían podido sobreponer a la amenaza que suponíamos desde hacía años. Éramos por tanto los testimonios vivos de que todo aquel que osara entrar en su país se expondría a un grave peligro. Y los esclavos que habían obtenido como botín por la victoria también dejaban clara cuál era su posición.

A mí me acompañaría todo lo que me quedara de vida el peso de mi decisión. Esa carga no se la deseaba a nadie…, ni al peor de mis enemigos. Para eso nadie me había preparado. Mientras abandonábamos aquel páramo en el que se había convertido nuestro otrora enorme campamento, la idea de haber podido hacer las cosas de otra manera no dejaba de atormentarme. Mientras encabezaba la lenta y pesada marcha de regreso, mi madre se situó a mi lado, y como si supiera cuáles eran mis pensamientos, me aferró por el antebrazo con fuerza:

—Él estaría muy orgulloso de ti, hijo mío.

La miré y vi como sonreía.

—¿Cómo lo sabes, madre? —le pregunté.

Se llevó la mano al pecho y afirmó:

—Simplemente lo sé, Jasón.

Me acarició la mejilla, y comenzó a andar, asiéndome por el brazo con

suavidad, pero invitándome a emprender la marcha a su lado.

—Los dioses escribieron el mismo día en el que viniste a este mundo lo que hoy iba a acontecer, así que no te atormentes ya que nosotros no somos más que sus instrumentos. Ellos son los que deciden.

—Pero, madre…

—No hay pero que valga, Jasón —me interrumpió—, es hora de mirar hacia adelante y dejar el pasado en el lugar que le corresponde. Piensa en lo que está por venir ya que ahora eres el líder de tu pueblo, y ellos dependen de tus decisiones.

—No sé si estoy preparado para ello.

—Claro que lo estás —dijo ella sonriendo—. Eres su salvador y como tal te seguirán allá donde los lleves.

Miré arriba. Las nubes que se habían adueñado del cielo aquella misma mañana comenzaron a abrirse y un haz de luz iluminó el sendero que se abría ante nosotros.

—Esa es una señal, Jasón —me dijo mi madre.

Me giré una última vez para echar un vistazo a lo que dejábamos atrás, como si esperara que los demás guerreros y sus familias se unieran a la columna de marcha. Eso no ocurrió, pero noté cómo la presión de mi pecho disminuía un poco. Las palabras de mi madre me habían reconfortado, aunque sabía que el peso de la responsabilidad jamás se extinguiría del todo. Miré hacia adelante y pensé que le había dado una nueva oportunidad a mi pueblo. Un pueblo errante que llevaba ya mucho tiempo en marcha y sin poder establecerse en un lugar al que llamar hogar. Esa debía ser ahora mi única preocupación, hallar un sitio en el que asentarnos, una morada para toda aquella gente que llevaba tanto tiempo vagando sin rumbo fijo. Eso era lo que mi padre había tratado de hacer durante toda su vida. Ahora era yo quien tomaba el relevo y quien tenía la obligación de culminar su obra. No iba a ser fácil, pero tampoco me iba a rendir. Miré a mi madre, me uní a su estado de felicidad con una sonrisa y un cálido beso en la mejilla, justo antes de decirle:

—Cumpliremos el sueño de padre…

SEXTA PARTE: RAMSÉS III

SALVACIÓN

I

Ciudad de Pi- Ramsés, capital del Imperio Nuevo, principios de verano del octavo año de reinado de Ramsés III (1176 a. C.), algunos días más tarde de la batalla terrestre contra los Pueblos del Mar

Decidí que los escribas reales dejaran plasmado en papiro aquel gran acontecimiento. Tal y como ordené que hicieran con la victoria del quinto año de mi reinado, quise que las generaciones futuras supieran que yo, el faraón Ramsés, hijo de Amón, había vuelto a salvar al país de las fuerzas invasoras. Estaba orgulloso del resultado de las operaciones en el país de Djahy, y de haber elegido a un gran oficial para que dirigiera a mi ejército. El comandante Mensah se había erigido en el protector de Egipto, pero por mucha gloria que hubiera obtenido en su gesta, siempre estaría por debajo de mí. Los dioses se comunicaban con los mortales mediante mi persona y, por lo tanto, era yo quien tenía su favor. Los seres supremos me concedían a mí el honor de la victoria, y yo la hacía extensiva a través de hombres capaces como Mensah, que me servían con devoción. Todos mis súbditos lo sabían, y por ello en la misiva que recibí a los pocos días de la victoria, el propio comandante reconocía haber actuado en mi nombre a la vez que me otorgaba a mí el éxito de las operaciones. Razón no le faltaba, ya que, al fin y al cabo, había sido yo quien le había concedido a él la capacidad de mando de las operaciones y, en definitiva, la plena confianza para encargarse de la defensa de aquel punto. Leyendo y repasando las anotaciones de los escribas reales, tuve que corregir algunos puntos que no acababan de convencerme del todo.

Pequeños detalles en los que hacían constar aspectos como la rendición de los enemigos de manera voluntaria o que el comandante, en su infinita benevolencia, y en mi propio nombre, hubiera permitido que un pequeño grupo de invasores, los pertenecientes al pueblo de los *ahhiyawa*, se retiraran de nuevo hacia el lugar del que habían venido. Aquello no me interesaba demasiado, y evidentemente de haber estado yo al frente del ejército, habría actuado con mucha más contundencia que mi oficial. No quise juzgar su manera de proceder, ya que lo habría hecho por algún motivo que yo en aquel preciso instante desconocía, pero no estaba dispuesto a que las crónicas recogieran esa información, así que ordené que se eliminaran y se cambiaran por victoria sin rendición y por esclavitud total de los

vencidos.
Todo faraón tenía que labrarse un nombre y una fama, así que no reflejar según qué aspectos era algo totalmente lícito. Estaba seguro de que yo no era el primero que omitía información, ni tampoco iba a ser el último, así que di el beneplácito para que procedieran a registrarlo de manera oficial y a trasladarlos hasta el archivo imperial, para que quedará bien guardado para la posteridad. Pensé entonces en que había llegado el momento de esculpir en forma de relieve esas escenas en las paredes del gran templo funerario que estaba comenzando a edificarse y que iba dedicado a honrar al gran dios protector de mi reinado. Además, allí sería donde depositaría todos esos documentos en los que constarían mis gestas y hazañas. Esa sería la prueba de que me había ganado el poder estar al lado de los dioses. Todo faraón, además de haber vencido en batallas contra los enemigos del país, debía tener su lugar para el descanso eterno. Antiguamente se erigían las grandes y formidables pirámides, como las de Keops, Kefrén, Micerinos, Snofru, y otros grandes reyes. Posteriormente los gobernantes de Egipto optaron por enterrarse en grandes y opulentas tumbas. Pero pese a que sus restos fueran depositados en esos lugares sagrados, muchos de ellos ordenaron construir también como tributo a los dioses, grandes templos que tenían un carácter ritual similar, como hizo el gran Ramsés II en la necrópolis de Tebas, en la orilla occidental del gran río. Sí, yo estaba erigiendo mi propio templo justo al lado del de otro de los grandes reyes de Egipto. Mis gestas iban a ser comparables a las suyas, así que nadie se opondría a mi decisión. Me había hecho con los servicios de los mejores arquitectos del país, que se estaban encargando desde hacía ya algunos años del desarrollo de aquel colosal proyecto. Deseaba que en las paredes del mismo templo quedaran esculpidas para siempre las escenas de mis grandes victorias para que mi nombre fuera recordado por siempre, así que no pude evitar que una sonrisa se dibujara en mi rostro.
Me levanté del trono e hice una señal con la mano a los escribas para que se retiraran. Otro gesto con los dedos y varias de mis sirvientas me acercaron algo de comer y beber. Me sentía orgulloso y complacido después de la lectura de los papiros. Estaba convencido de que la inspiración a la hora de ser redactados procedía del mismo Amón, y que me había hecho saber que estaba orgulloso de mis acciones destinadas a rendirle tributo por toda la ayuda que me había brindado desde que subiera al trono. Sabía que los dioses podían ser exigentes, pero se me antojaba un justo precio por su ayuda. Era lo menos que podía hacer, ya que a la larga esa acción me reportaría también beneficios a mí. Fue en ese preciso instante, cuando yo estaba sumido en mis pensamientos, cuando el gran visir solicitó audiencia.
—¡Hanif, amigo! ¡Pasa, pasa! —le indiqué con un gesto de mi mano

mientras los dos guardias cerraban la puerta tras él y el hombre que le acompañaba.
—¡Veo que vienes acompañado por el jefe de mi guardia!
Era Ur-Atum. Siempre leal y atento a todo. Jamás dejaba que nadie accediera a mi sin estar presente. Ese oficial había dado a mi guardia personal un toque especial. Su experiencia al frente de mis ejércitos le convertía en una especie de referente o espejo en el que todos mis escoltas querían verse reflejados. Eso me transmitía más seguridad y también tranquilidad, ya que, siendo el hombre más poderoso del país, aunque pareciera ser intocable, nunca se estaba exento de amenazas. La mejor decisión que había tomado era la de rodearme de los mejores, y Ur-Atum, era sin duda el mejor.
—¿Qué ocurre? —interrogué cuando llegó a escasa distancia de mi trono y pude ver su rostro de preocupación antes de que se arrodillara en señal de respeto.
—Traigo malas noticias, mi rey —respondió él.
Observé que la cara de mi comandante expresaba algo similar a la del otro hombre, así que yo también me puse serio, dándome cuenta de que algo no iba bien.
—Habla entonces y no me tengas en vilo, gran visir —ordené.
—Ya se acerca la flota, mi rey.
«Claro…, la flota enemiga». Ya casi me había olvidado de ella. Con tantas cosas en mi cabeza como tenía, después de haber recibido las noticias fabulosas procedentes de la región de Djahy, casi no recordaba el asunto de aquella maldita flota que se acercaba por mar a mi país. Hacía ya semanas que sabía que aquellos detestables Pueblos del Mar estaban reuniendo barcos para atacarnos, de hecho, envié al comandante Mensah a la frontera mientras yo me dirigía al delta para organizar la defensa. De eso hacía ya muchos días, pero al no haber tenido noticias pensé que después de la victoria sobre esas gentes por tierra, desistirían en sus planes y se retirarían. Estaba muy equivocado…, aquellos invasores eran tenaces y no iban a dejar en paz a Egipto.
—Entonces, no se han retirado después de la derrota de los suyos —acerté a decir.
—Eso parece, mi rey —respondió Hanif.
No dijo nada más, pero yo miré a Ur-Atum.
—¿Qué te parece, comandante? ¿Por qué crees que vienen contra nosotros igualmente?
—Lo más probable es que crean que el país está desprotegido ya que nuestras fuerzas han librado esa batalla en el país de Djahy.
—Claro —dije—, aunque están muy equivocados —sonreí pensando en que había sido previsor al no enviar a todas mis fuerzas a aquella frontera.

Me había encargado de reforzar las defensas del delta del gran río, ya que sabía que, si venían por mar, la lógica haría que accedieran a través de aquel punto. La ventaja que teníamos era la capacidad de anticipación. Había ordenado que se desplazaran fuerzas de la frontera sur, incluso sabiendo que eso era arriesgado. Exponer la seguridad de un punto para proteger otro tan lejano era un movimiento que podía parecer imprudente, pero bien asesorado por el comandante de mi guardia, deduje que no había otra opción. La situación en el sur era mucho más tranquila, mientras que el peligro procedente del mar era muy superior.

—O es eso, o simplemente continúan con su plan porque desconocen que sus fuerzas terrestres han sido derrotadas —prosiguió Ur-Atum.

—Podrían ser fuerzas independientes entre ellas —añadió el gran visir.

—Podrían serlo… —concluí reflexivo.

La proximidad de la capital del reino a la zona del delta era una ventaja. Desde allí había podido supervisar todos los movimientos de tropas sin tener que abandonar mi propio palacio. En pocos días, a marchas forzadas, se habían construido cuatro fuertes de madera en los márgenes del río. Se usaron miles de esclavos para acelerar los trabajos. Al no saber el tiempo del que disponíamos para organizarnos, fui tajante a la hora de reclamar a los nomarcas que me enviaran recursos humanos y materiales suficientes como para llevar a cabo las obras. Los gobernadores provinciales habían sido esenciales durante el turbulento gobierno de mi padre, y muchos de ellos se habían mantenido leales a su causa. Pero uno no podía confiar plenamente en ellos, ya que les movían intereses personales en ciertos momentos. Por fortuna para mí, y para Egipto, reaccionaron de la manera esperada y no dudaron en poner sus recursos a mi disposición. La amenaza no era solo contra el faraón, sino que ellos también la sentían sobre sus cabezas y sobre sus cargos. Si yo caía, ellos también, así que no hubo reticencia alguna a la hora de recibir lo que les solicité.

Todo estaba dispuesto, y además de los fuertes de defensa, ordené que se trajeran de todo el río el mayor número posible de barcos. A los propios de guerra que ya formaban parte de mi flota, añadí otros a remos, de carácter comercial pero que fueron adaptados para el transporte de tropas. A su vez, sumé una serie de barcazas de menor tamaño y calado que usaría como elemento sorpresa. Aconsejado por Ur-Atum, y Sesostris, el almirante naval al mando de la fuerza, ordené que se cargaran esas pequeñas barcas con ánforas llenas de nafta. Entrenamos a los tripulantes que irían en ellas para que remaran en dirección a las naves invasoras, y una vez estuvieran cerca, quebraran

las ánforas liberando así su contenido. Deberían prenderles fuego para que se apoderase de la propia barcaza, convirtiéndola en una masa combustible cuyo objetivo era colisionar con los barcos enemigos e incendiarlos. Cuando me expusieron esa estrategia, dudé. No lo acababa de ver claro, pero la insistencia del almirante fue tal, que al final decidí que no se perdía nada por intentarlo. El plan estaba trazado, y ahora que ya sabíamos que el enemigo venía a invadir nuestro país, había llegado el momento de ponerlo en marcha. Aquella iba a ser una batalla decisiva, a la altura, o incluso superior a la que había librado mi ejército en la región de Djahy. Estaba convencido de que pasaría a la historia como la mayor de las que se habían librado en Egipto, y para dar fe de ello, los dioses me habían elegido a mí, Ramsés, el tercero de mi nombre, que sería el encargado de salvaguardar el futuro de mi pueblo. No permitiría que nos ocurriese lo mismo que a nuestros aliados del país de Hatti. Tampoco que nos eliminaran como habían hecho con la isla de Alashiya o con prósperos reinos como Ugarit. Mientras yo estuviera al frente de mi ejército, no lo permitiría.

II

Delta del río Nilo, tres días más tarde

—¿Has dicho ciento treinta naves?
—Sí, mi rey—respondió el soldado ante mi atenta mirada y la de los hombres que me acompañaban—, aunque quizá sean algunas más. Es lo que hemos podido apreciar desde el puesto de observación que teníamos establecido a la entrada del gran río.
—Es preocupante. Pensaba que sería una flota mucho menor —dijo el gran visir arrugando la frente.
Todos me miraron a mí. Me había quedado sin palabras. Esperaba que la flota fuera a lo sumo de treinta o cuarenta naves, ya que normalmente aquellas gentes venidas de más allá del mar se movían en esas cifras. No acostumbraban a moverse en masa por el mar, ya que solían disgregarse en varios frentes para abarcar mucho más territorio. Pero ciento treinta barcos eran muchos. Mi flota de guerra no llegaba a los sesenta navíos, y añadiendo todo lo demás que había podido reunir, tal vez continuáramos siendo inferiores.
—¿Seguimos con el plan establecido, mi rey? —me preguntó Ur-Atum sacándome de mi estupor.
Miré a todos los presentes, entre los que estaban también el almirante Sesostris, el jefe de la infantería, el general Khaldun y el nomarca de la provincia del delta, el gobernador Nephertum, al que me unía una gran amistad, ya que había sido uno de los pilares básicos de apoyo durante el gobierno de mi padre. Varios de los sacerdotes de mayor rango del culto a Amón también estaban presentes, ya que se requería toda la ayuda posible en aquella situación de crisis por la que atravesaba el reino y consultara los seres supremos siempre aportaba algo.
—Por supuesto, ahora ya es tarde para modificar nada —afirmé con rotundidad—. El almirante Sesostris tomará el mando de las operaciones navales junto a sus oficiales de confianza, que se encargarán de cumplir con su parte del plan tal y como hemos hablado en la reunión de esta mañana —señalé con la mirada—, y tú irás con él —añadí fijando mi dedo en Ur-Atum.
Los aludidos asintieron con un movimiento de cabeza.
—Repasemos de nuevo todo, no quiero que nadie pueda decir que no he hecho hincapié en los detalles. Todo debe salir a la perfección si queremos salir victoriosos —dije.

Todos los militares me acompañaron hasta la gran mesa de

madera en la que había ordenado que se recreara un plano enorme con el terreno en el que se iba a plantear el enfrentamiento. Me situé a la cabeza, mientras que los demás se colocaron alrededor. Incluso el gran visir y los sacerdotes del dios se acercaron para tener visión de lo que iba a exponer. Aunque no eran militares, estaban interesados en saber cómo se iba a desarrollar el plan que había ideado. Eran figuras importantes dentro de la jerarquía política y religiosa, y que no tomaran las armas no significaba que su presencia allí no fuera necesaria. Cuantos más testigos de mi idea estuvieran presentes, más versiones favorables a mi buen hacer habría, con lo que mis gestas serían aún mayores.

—Está bien, comencemos. El general Khaldun se encargará de dirigir el ataque de proyectiles desde los fortines de la orilla oeste del río, mientras que yo, acompañado por el gobernador Nephertum, haremos lo propio desde la orilla este —hice una breve pausa para confirmar que los aludidos lo tenían claro—. Es importante que los barcos del enemigo se acerquen tanto como sea posible a los márgenes del gran río —indiqué recordando aquel detalle que era relevante para que nuestros arqueros pudieran disparar con mayor precisión—. Eso os compete a vosotros —señalé de nuevo al almirante y al comandante de mi guardia que volvieron a asentir—. Una vez los tengamos a tiro, lanzaremos las flechas incendiarias a sus velas para obligarlos a remar. En ese preciso instante, los barcos de guerra se lanzarán al ataque dándose la vuelta.

—¿Y qué hay de las barcazas incendiarias, mi rey? —preguntó el almirante Sesostris.

—Deberán cargar contra las naves enemigas una vez ya se haya iniciado el combate —aclaré.

—Pero en el fragor de la batalla podrían errar y lanzarse contra nuestros barcos —añadió el almirante exponiendo una duda razonable.

—Esa es una posibilidad, almirante, pero para eso está el entrenamiento que se ha dado a los marineros que se encargarán de llevar a cabo la maniobra. Entiendo que fuiste tú mismo quien supervisó esa parte tal y como ordené, ¿no?

—Sí, mi rey. Hice lo que me ordenaste.

—Entonces no hay nada que temer, mi querido Sesostris —le espeté tratando de levantar su ánimo.

—No te preocupes almirante, el dios Amón guiará a esos elegidos en su acción y procurará que todo salga según el plan de nuestro amado y bendecido faraón —dijo interviniendo de súbito Heru, el sumo sacerdote del culto al dios que dirigía el templo de la capital del reino.

—Que así sea, sumo sacerdote —dije llevándome las manos al

pecho en señal de respeto a Amón.

Él siempre estaba entre nosotros, y contar con la presencia de sus representantes en el mundo terrenal era un alivio. Yo era su hijo, su descendiente entre los hombres, pero sus sacerdotes eran los que me transmitían todos sus designios. Eran ellos los que velaban por el correcto funcionamiento del culto y, por lo tanto, formaban parte de la vida cotidiana. Sus decisiones eran muy tenidas en cuenta y, tras la elaboración de mi plan de batalla, tuve que aguardar un tiempo hasta saber si el dios me concedía su beneplácito. Si Él no lo hubiera aprobado, me habría visto obligado a cambiarlo. Todo lo que hacíamos los mortales estaba supeditado a la fuerza suprema que regía nuestras acciones.

—De lo que seáis capaces de hacer vosotros dependerá el futuro de todo el reino —arengué a todos los presentes buscando transmitir algo positivo en unos momentos de nervios y tensión—. No vamos a permitir que nadie nos arrebate lo que nos pertenece. No vamos a permitir que nos ocurra lo mismo que a nuestros aliados. Egipto es un país que ha vivido momentos de crisis como este, o mucho peores, y siempre ha sabido afrontarlos, así que confío en todos vosotros. Los habitantes del reino también…

—Y los dioses —añadió Heru.

—Y los dioses… —dije yo ratificando la afirmación del sumo sacerdote.

Todos los presentes parecían satisfechos con mi breve discurso, así que di por concluida la reunión debido a lo apremiante de la situación. El mensajero que nos trajo las nuevas indicó que la flota enemiga se había visto emerger en el horizonte aquella misma mañana, por lo que, según lo estimado, llegaría a la zona del gran río en la que habíamos trenzado la trampa, pasado el mediodía. No disponíamos de mucho tiempo para ultimar los preparativos, pero al menos estaba satisfecho porque cada cuál conocía su cometido. Fue Ur-Atum quien se acercó hasta mí una vez todos abandonaron mi tienda. Pude observar la preocupación en su rostro antes de que me formulara su pregunta:

—Mi rey, ¿tenemos alguna noticia sobre la situación en el país de Djahy?

—Desde la última misiva, me temo que no hay novedades. Imagino que el comandante Mensah tendrá mucho trabajo en estos momentos. Ya sabes que la cantidad de prisioneros que ha hecho es elevada, y gestionar qué hacer con ellos no es tarea sencilla. Además, esas gentes habrán causado estragos en nuestro territorio, y eso implicará reorganizar la región en cuanto a la vertiente administrativa.

—Entiendo —dijo él justo antes de hacer una reverencia y

darse la vuelta.

—Aguarda un momento, comandante — le dije intuyendo el motivo de su consulta.

Ut-Atum se detuvo.

—¿Hay algo que te preocupe sobre el estado de tu sobrino?

—No, mi rey…, bueno en realidad, sí —corrigió—. En su carta hablaba de que había sido herido en el transcurso de la batalla, y antes de embarcarme quisiera escribir a mi esposa que es quien cuida de la hija del comandante Mensah. Deseaba saber si había enviado alguna otra carta en la que informara sobre su estado de salud — expuso.

—Ah si, la niña de la que se hizo cargo años atrás, como se llamaba…

—Jendati, mi rey —me recordó el comandante.

—Eso es, Jendati —repetí.

—¿Estás al corriente, mi rey? —me preguntó sorprendido.

—El rey de Egipto sabe todo sobre sus súbditos —sonreí—, aunque no debes preocuparte por ese asunto. Si mis guerreros no tuvieran sentimientos, no serían los mejores.

Observé cómo respiraba aliviado. Le hice un gesto con la mano para que prosiguiera.

—Mi esposa afirma que es una niña muy lista para la edad que tiene. No deja de preguntarle sobre su padre, es muy curiosa —añadió Ur-Atum sonriendo.

—Estoy convencido de que está bien de salud. Eso ahora no debe preocuparte, ya que necesito que estés centrado en lo que se avecina. Escribe pues a tu esposa y dile que transmita a la pequeña Jendati que su padre está bien y que cuando finalice su gestión en el país de Djahy, regresará junto a ella —indiqué en un tono cordial—, pero para que eso ocurra, para que tenga un hogar al que volver, antes debemos acabar con la amenaza que viene del mar, si no, todo lo que ha conseguido Mensah no servirá de nada.

El comandante asintió con renovada ilusión. Era un hombre veterano, curtido en muchas batallas, pero ya mayor. Se notaba el peso de los años en las arrugas de sus ojos y su frente, en las canas de su plateada cabellera, así como en su cansada mirada. Era mi deber motivar a los oficiales que debían dirigir la defensa. Habría sido un error por mi parte sucumbir al desánimo por muy adversa que se presentara la situación. Siempre había estado cerca de mis soldados, y por eso sabía que era vital en situaciones como esta, insuflarles el ánimo necesario para subir la moral. Las noticias desalentadoras provenientes de Alashiya, Ugarit, y más recientemente del país de Hatti no ayudaban mucho, por ello mi esfuerzo debía ser supremo para evitar que nuestro destino fuera similar. Necesitaba contar con

todos los efectivos y, sobre todo, necesitaba que los hombres que los dirigieran confiaran en ellos, y también en mí. Mi padre me dijo una vez que los reyes tienen esa doble responsabilidad. Me recalcó el hecho de que gobernar no era solo un juego en el que los súbditos se doblegaban ante los caprichos y deseos de su monarca, sino que es el propio hombre que los dirige quien tiene el deber de ser un ejemplo para ellos. Y eso me lo dijo un hombre que reinó en solitario poco tiempo, tan solo dos años, y que tuvo que enfrentarse al poder de la reina regente Tausert, que había heredado el trono de Egipto tras la muerte de su esposo, el faraón Siptah. Fueron momentos muy complicados para el país, y gracias a la fuerza de mi padre, descendiente de los descendientes del gran Ramsés II, la situación se pudo restablecer. Sethnajt fue un espejo en el que reflejarme, y por suerte para mí, los pocos años que tuvo para sentarse en el trono, fueron suficientes para allanarme el camino. Sus consejos fueron buenos, y aunque jamás pensé que tuviera que aplicarlos en un contexto como este, di las gracias de haber estado atento cuando me los dio. Jamás ningún oficial a mi servicio podría decir que el rey no ocupaba su puesto. Yo mismo iba a dirigir uno de los ataques, igual que hice tres años atrás durante la invasión por parte de las tribus libias y sus aliados pertenecientes a los pueblos que ahora volvían a intentarlo. Aquel día lideré a mi ejército y obtuve una gloriosa victoria, y ahora, estaba dispuesto a hacer lo mismo, porque yo era Egipto.

—Así se hará, mi rey.

—Ahora, dispongamos todo como está previsto y oremos a Amón y a los demás dioses para que nos sean favorables en la batalla —dije.

Él me miró, sonrió e hizo una reverencia.

—Que los dioses te concedan un largo reinado, hijo de Amón.

Se retiró y me dejó solo en la tienda. Observé desde la distancia el plano que se había construido para representar el campo de batalla. Rogué entonces a los dioses que me concedieran de nuevo una victoria. Levantaría templos en su honor por todo el país si me la otorgaban. Sabían que yo era un hombre de palabra, así que el trato era justo. Una cosa por la otra. Qué más podían pedir…

III

Observé desde mi posición cómo las naves de nuestros enemigos comenzaron la persecución. Mi flota se dividió en dos escuadras de menor tamaño para arrastrarlas hacia la celada. El afán y el ansía de aquellos piratas y saqueadores era tal, que no dudaron en tratar de capturar a mis marineros. Pero nosotros conocíamos mucho mejor las aguas y los recovecos del gran río, porque llevábamos navegando por allí toda la vida. Ellos, temerarios como habían demostrado ser, pensaban que la superioridad numérica iba a ser suficiente para someternos. De hecho, supe por la información que me hicieron llegar mis agentes destacados más allá de las fronteras de mi reino, que se habían unido, como era costumbre entre ellos, varios pueblos para emprender la marcha y el ataque. Ese había sido su error por tierra, y estaba convencido de que lo iba a ser también en aquella ocasión. Tanta gente, tantas lenguas y tantas maneras de hacer, lo único que generaban era malos entendidos. Todos querrían hacer las cosas de diferentes modos, mientras que nosotros íbamos al mismo son, al que marcaba yo. Mis directrices habían sido claras, y sabía que mis oficiales las cumplirían sin oposición alguna. Esos pueblos venidos del mar, tan pronto como sufrieran el primer revés, dudarían. Los hombres que los dirigían no serían capaces de reaccionar de manera unitaria, y de ello se resentiría esa especie de confederación que habían establecido. Hasta aquel momento la fortuna les había sonreído ya que se habían enfrentado a enemigos de menor envergadura, que no disponían de recursos suficientes como para frenar una invasión a gran escala. Tan solo los hititas habrían sido capaces de detenerlos, pero mis antiguos aliados no eran una unidad. La propia familia real tenía sus escisiones, y habían aprovechado la llegada de esas gentes para contraatacar e iniciar conflictos dinásticos. El país de Hatti se había visto desbordado por varios frentes, así que su crisis no se debió únicamente a la llegada y ataque de los Pueblos del Mar, sino a muchos más factores que los habían conducido a una situación difícil de controlar. Pero Egipto era diferente. Nosotros estábamos unidos y éramos aún fuertes. Quizá no tanto como tiempo atrás, pero lo suficiente como para formar un dique capaz de contener la fuerza de esa marea.

—Se acercan, mi rey —gritó uno de los vigías que estaban apostados en una de las torres del fuerte de madera.

Asentí mientras levantaba una mano y avisaba a los centenares de

arqueros que estaban dispuestos a lo largo del parapeto y en el exterior de los muros, escondidos para no ser vistos, muy cerca de la orilla del río. Empuñé mi arco y coloqué una saeta que me entregó uno de mis sirvientes.

—¡Recordad, soldados! ¡Lanzaremos cuatro andanadas de flechas y luego dos más con incendiarias que irán contra las velas de los navíos! ¡Si el enemigo se acerca mucho y tiene intención de desembarcar, replegaos inmediatamente y que la infantería pase a primera línea para contenerlos! ¡Sois el último baluarte de defensa de Egipto! —hice una pausa para observar los rostros de algunos de aquellos valientes, a los que dispararían y a los que tendrían la función de defenderlos—. ¡El futuro del reino depende de cómo os comportéis en el día de hoy! ¡El dios Amón estará atento a vuestras acciones, así que no le decepcionéis!

Fue entonces cuando esos hombres, mis guerreros, comenzaron a vitorear mi nombre. Mis palabras les habían insuflado fuerza y coraje, y se sintieron orgullosos de servir bajo mis órdenes. Yo me sentí gozoso de liderarlos, y mirando al nomarca Nephertum, me di cuenta de que mi leyenda iba a ser recordada muchos siglos después de mi muerte. Mi corazón y mi alma saborearon la alegría de aquella dicha. Mi nombre pasaría a la posteridad junto al de otros grandes reyes de Egipto, como el de Tutmosis IV o Ramsés II, y eso me satisfacía. Observé cómo nuestras naves rebasaban nuestra posición y entonces di la orden de lanzar.

*****

Las velas de sus naves se incendiaron tal y como había previsto. Quedaron varadas, y sus remeros se vieron obligados a ocupar los bancos y usar la fuerza de sus brazos para tratar de moverlas. Pero no les dejamos hacerlo sin más, ya que nuestras flechas continuaron cayendo desde el cielo, como si fueran la misma lluvia. Pero no una lluvia de agua, si no una que traía el terror y la muerte. Cuando los barcos del enemigo se pusieron en movimiento de nuevo, pesada y lentamente, intentaron arribar hasta la orilla para desembarcar y atacarnos. Fue entonces cuando dio inicio la siguiente parte de mi plan, aquella en la que las barcazas incendiarias emergieron desde detrás de mi flota, y se lanzaron contra nuestros desprevenidos atacantes, que poco pudieron hacer para esquivarlas. Si ya estaban siendo superados por nuestra capacidad, al comenzar a recibir los impactos contra sus barcos, fue el terror lo que se apoderó de los que habían venido a arrebatarnos lo que nos pertenecía. Pude observar desde mi privilegiada posición cómo algunos de esos miserables se arrojaban a las aguas del gran río tan pronto como sus navíos comenzaban a ser pasto de las llamas. Pero no solo los sorprendimos

una segunda vez, sino que hubo incluso otra más, ya que el almirante Sesostris tan pronto como vio que la situación era favorable, ordenó que las naves de guerra se acercaran a las del enemigo y las abordaran. La superioridad numérica ya no era tanta como al principio, ya que con las diferentes tretas que habíamos usado, la balanza comenzaba a equilibrarse. Los arqueros y honderos que estaban situados en las cubiertas y en las cofas de mis navíos, lanzaron centenares de proyectiles justo antes de que comenzara el abordaje. Mis marineros, bien entrenados, usaron garfios para atrapar a los barcos rivales y atraerlos tan cerca como fuera posible.

—¡Detened el lanzamiento! —ordené a los arqueros que tenía más cerca para que no hirieran a nuestros marineros que estaban enfrascados en el asalto.

Mi orden se fue transmitiendo rápidamente entre las filas de guerreros. Poco a poco se fueron replegando, y la infantería, que iba provista de grandes escudos de mimbre, de lanzas y espadas de bronce, pasó a primera línea para recibir el ataque de las tripulaciones de algunos de los barcos invasores que estaban atracando con brusquedad en la orilla. Aquel era el momento de la verdad, en el que se decidiría todo. Ya no servían de nada los arcos, y el resultado de la contienda se iba a dirimir en un combate cuerpo a cuerpo. Entregué mi arco a uno de mis sirvientes y le pedí a otro que me entregara las armas de mano. Pero justo entonces el gobernador Nephertum asió mi brazo y me dijo:

—¡No, mi rey! ¡No debes exponerte en combate cuerpo a cuerpo!

Le miré sorprendido y me detuve por un instante. Observé a algunos de mis guardaespaldas, que ya estaban preparados con sus lanzas bien esgrimidas, y le respondí:

—¡El faraón de Egipto no va a esconderse en un fuerte mientras sus soldados luchan en primera línea sacrificando su bien más preciado! ¡¿Qué pensarían mis súbditos de mí?!

—¡Con todos mis respetos, mi rey! ¡Qué más da lo que puedan pensar! —repuso el aludido—, ¡eres el faraón, y como tal nadie tiene derecho a cuestionar tus decisiones! —insistió el nomarca—. ¡Eres el hijo de Amón, y como tal debes gobernar a tu pueblo! ¡Es por ello por lo que debes mantenerte con vida, porque de nada serviría una victoria si tú pierdes la vida! ¡Puedes estar orgulloso ya que has hecho más de lo que otros jamás habrían imaginado hacer!

Observé cómo varios de los guardias de mi escolta asentían. Vi que Nephertum apartaba lentamente su mano y me soltaba. De haber sido otro quien hubiera hecho eso, alguno de mis escoltas lo habría atravesado rápidamente con su espada. Pero era Nephertum, y todos mis guerreros sabían que me unía a él una gran amistad. De ahí la confianza que se había tomado. Y de ahí que yo me tomara un tiempo

para meditar mi reacción a su advertencia. Le miré fijamente a los ojos y me di cuenta de que estaba muy convencido de las palabras que acababa de pronunciar. No había duda de que tenía toda la razón. Exponerme no era la mejor idea, ya que, si yo moría en el transcurso de la batalla, dejaría a mi pueblo sin un líder para guiarlo. Apreté los dientes con fuerza y tuve que tragarme mi orgullo de rey.

—¡Deja que sean otros los que ganen esta batalla por ti, mi rey! ¡Tu plan está cumpliéndose a la perfección! ¡Mira hacia la otra orilla del gran río! —me indicó con el dedo índice de su mano.

Centré mi vista en aquel punto, y me di cuenta de que varios de los barcos del enemigo estaban envueltos en llamas, mientras otros pocos se estaban acercando hasta los márgenes tratando de desembarcar. Pero allí, nuestra flota los tenía prácticamente rodeados.

—¡Es tan solo cuestión de tiempo que venzamos, gran rey, así que no hay ninguna necesidad de exponerse! ¡Ahora no…!

Justo en ese instante, escuchamos gritos y alaridos procedentes de las proximidades. Una lluvia de flechas, procedente de varios de los navíos enemigos que habían tocado tierra, surcó el aire y cayó sobre nosotros. Por fortuna, al tener asido mi escudo, pude levantarlo a tiempo para detener varios proyectiles. No había duda de que aquellos miserables me habían identificado por mi armadura y por la guardia que me rodeaba, y trataban de eliminarme para dejar a mi ejército descabezado. Al bajar mi elemento defensivo y otear a mi alrededor me di cuenta de que algunos de mis escoltas y esclavos estaban abatidos en el suelo. Pero lo peor fue ver cómo entre ellos, con la garganta atravesada por una flecha, yacía el nomarca Nephertum. El hombre que había insistido tanto en convencerme había sido sorprendido y ahora estaba iniciando su viaje a la otra vida.

Mientras mis guardaespaldas se colocaban a mi alrededor y me protegían elevando sus escudos, no pude evitar pensar en su paso por la *Duat*, donde le estaría aguardando el dios Anubis para conducirle hasta el lugar en el que se celebraría el juicio de su alma. Oré para que, al colocar su corazón en una de las balanzas, este se equilibrara con la pluma de Maat, que se habría puesto en la otra. Quise pensar que su vida había sido justa y no pecaminosa, y que el tribunal de los cuarenta y dos jueces creería su confesión y que el todo poderoso Osiris dictaría una sentencia favorable. Deseé con todas mis fuerzas que su corazón fuera más liviano que la pluma de la justicia. Pero eso ya no dependía de mí, eran fuerzas superiores las que tenían la última palabra. Noté cómo varias manos se aferraban a mi cuerpo y me arrastraban a toda prisa hacia atrás. Eran mis protectores que trataban de alejarme de aquel punto en el que estaba más expuesto. Miré fijamente el cuerpo sin vida del nomarca a la vez que me separaban de él y pensé que cumpliría con su deseo. Gobernaría un reino fuerte y

haría pagar muy cara la osadía a aquellos que habían intentado invadirnos.

IV

Orilla oeste del gran río, la tarde siguiente a la batalla del Delta

La victoria fue total, aunque el precio que tuvimos que pagar fue también alto. Mi flota y mi ejército sufrieron mayores pérdidas de las que hubiera deseado, y fueron muchas las almas que tuvieron que presentarse ante Osiris aquel fatídico día. No sabía a dónde iban las de los enemigos muertos, pero imaginé que ellos también tendrían que rendir cuentas a sus propios dioses. Al menos esperaba que sus corazones fueran más pesados que sus plumas y que eso los condenara a un destino horrible. Sus fechorías eran tales que era lo menos que les podría esperar. En cambio, todas las almas de todos los valerosos guerreros egipcios que habían dado sus vidas por salvar su país, estaba convencido de que pasarían el juicio sin ninguna dificultad. Cuando llegara mi hora, esos honorables guerreros estarían aguardándome en la otra vida, prestos a seguir siendo mis leales súbditos. Pero para ese momento aún quedaba mucho. Lo importante ahora era recuperar la situación previa a la invasión, a la terrestre en el país de Djahy y a la que había venido del mar. Quedaba mucho trabajo por hacer, pero al menos sabía que la aplastante victoria obtenida sobre aquellas gentes era algo de lo que estar orgulloso. Egipto había sido la única potencia que había podido sobrevivir a la amenaza, que yo supiera, aunque nadie me había informado sobre la desaparición total de las estructuras del país de Hatti. Yo lo daba por perdido, si no, ¿qué hacían aquellas gentes tratando de invadir mi reino?

La fuerza y el poder que teníamos eran las que habían podido frenarlos, y eso era algo que me satisfacía plenamente. Eso, y también los centenares de prisioneros que habíamos capturado. Algunos durante los abordajes a sus barcos, otros recogidos de las aguas del gran río por mis barcos de guerra, y otros que se habían rendido tras ser derrotados en tierra firme por mi infantería. Esas gentes serían las que cargarían con el peso físico de los trabajos destinados a reorganizar el país que habían intentado invadir. Fui clemente con muchos de ellos, y solo di castigo ejemplar a unos pocos, concretamente a los que supe que habían liderado aquella horda, a los verdaderos artífices de aquel plan. Los demás simplemente se limitaron a obedecer y a seguir a los que mandaban. Fueron sus mismos compatriotas los que los delataron. Las vidas de unos pocos a cambio de las de muchos. Esa había sido mi oferta. El castigo fue

ejemplar, y no fui tan benevolente como lo había sido mi comandante en la frontera. Los vencidos debían saber cuál era el precio que pagar, y de esa manera, otros, si aún los había, se pensarían las cosas dos veces antes de hacerlas. Demasiadas invasiones en las últimas décadas. Muchas vidas sacrificadas. Era el momento de la paz y la prosperidad. Egipto necesitaba una tregua, y yo había sido elegido para dársela.

—Mi rey…

La voz del comandante Ur Atum me sacó de aquella reflexión. Yo mismo le había hecho llamar. Me sorprendió ver que no venía solo, sino que le acompañaba un prisionero que llevaba atadas las muñecas. Dos de sus soldados, que debían ser los custodios de aquel extraño invitado, permanecieron en el exterior de la tienda tras recibir la correspondiente indicación de su superior. La presencia de aquel hombre que mantenía la mirada fija en el suelo me había sorprendido inicialmente pero, de todos modos, al ir acompañado de mi mejor y más leal oficial, decidí ofrecer mi hospitalidad.

—Adelante, comandante, pasad —indiqué con mi mano y señalé de manera instintiva hacia la gran mesa que se levantaba a mi izquierda —. Toma asiento y come lo que desees…, ofrécele a él si lo crees oportuno.

Había dispuesto una mesa con suculentos manjares. Mis esclavos habían preparado exquisitas viandas para celebrar el banquete de la victoria. Aún quedaba un rato para que llegaran mis invitados, pero había decidido convocar a mi oficial de mayor rango y confianza un poco antes para repasar con él la situación. No pensé que trajera ese tipo de compañía, pero claro, incluso el vencedor, en sus horas más altas, debe mostrarse piadoso y clemente con aquellos que han sido derrotados.

—¿No te importa, oh, hijo de Amón, que este hombre se siente en una mesa que está preparada para acoger a tus invitados y celebrar tu fastuosa victoria? —me preguntó Ur Atum.

—Si le has traído contigo, imagino que tus motivos tendrás, así que haz lo que consideres.

El oficial sacó su puñal de bronce y, ante mi atenta mirada, rompió las cuerdas que mantenían preso a aquel hombre. Acto seguido le ofreció asiento en la mesa con un gesto de su mano. Este obedeció y sin levantar la cabeza se sirvió algo de comida en un plato. Observé algo extraño en su manera de proceder. Aunque su aspecto sucio y harapiento podría llegar a confundirlo con una bestia salvaje, percibí en él algo de finura. No era la primera vez que ese hombre se sentaba en una mesa de tal dignidad.

—Y bien, ¿se puede saber quién es? —le pregunté a Ur Atum mientras me acercaba un poco más hasta ellos.

—Que su aspecto no te engañe, mi rey… Este andrajoso que combatía

contra nosotros fue en su día uno de los oficiales de mayor rango del ejército de rey Hammurabi de Ugarit, o al menos eso es lo que nos han dicho otros prisioneros que fueron capturados junto a él.
La curiosidad me puso aún más, así que no dudé en colocarme frente al aludido y de manera directa le pregunté:
—¿Es eso cierto?
El hombre dejó suavemente la comida en el plato y sin dejar de mirar a la mesa, asintió con la cabeza justo antes de comenzar a hablar en mi lengua.
—Sí, oh gran soberano del Alto y Bajo Egipto, hijo de Amón, protector de estas tierras y vencedor de la batalla del Delta del Nilo.
—Vaya al menos debo reconocer que es bastante adulador —dije esbozando una sonrisa.
—Mi nombre es Halunapi, y como dice tu oficial, oh gran rey, antaño serví en el ejército de Ugarit, bajo las órdenes de su último rey, Hammurabi.
—¿Y qué fue de tu rey? Jamás recibí noticias suyas después de … —hice una inevitable pausa para tratar de no recordarle a aquel hombre el fatal destino que había sufrido su ciudad—, los trágicos acontecimientos.
El hombre elevó por primera vez la vista y me miró a los ojos. Fue entonces cuando pude ver reflejado en ellos el dolor y una inmensa tristeza. Pero entendí que no era debida a la pérdida de una batalla, sino que la herida que albergaban era mucho más profunda.
—Mi rey sufrió el mismo destino que su reino…
—Pero, tú estás vivo, ¿no? E imagino que habrá otros que habrán corrido la misma suerte…
—Para mí desgracia los dioses no quisieron llamarme a su lado y me condenaron a tener que ver todo lo malo que viniera después de la caída de Ugarit —se lamentó.
Di un par de palmadas para que una de mis esclavas se acercara. Le ordené que trajera una jarra con la mejor de mis cervezas para ofrecerle una copa a aquel hombre. Sentí lástima por lo que me estaba relatando y pensé que después de todas las penas que había tenido que soportar, qué menos que recompensarle con algo que le ayudase a recobrar un poco el ánimo.
—Muchas gracias por tu benevolencia, oh gran rey del Alto y Bajo Egipto, hijo de Amón…, no deberías ser tan clemente con aquel que ha osado atacar tu país.
Miré de soslayo a Ur Atum, que se mantenía sentado en su butaca, pero sin llevarse nada a la boca.
—El hecho de que hayas atacado Egipto, no significa que deba ejecutarte sin más —dije complacido al ver cómo aquel hombre reconocía mi grandeza—, y menos ahora que deseo que me expliques

todo lo que mis ojos no han visto, y que estoy convencido que los tuyos sí han hecho.
—Si ese es tu deseo, oh gran rey, hijo de Amón, te explicaré todo lo que quieras saber.
Asentí con una sonrisa ante el ofrecimiento de aquel tal Halunapi. Estaba ansioso por conocer su historia y saber qué era todo lo que había ocurrido más allá de las fronteras de mi reino.

V

Orilla oeste del gran río, esa misma tarde

Jamás pensé que el mundo hubiera sufrido tal desmoronamiento. Las palabras que salieron de la boca del capitán Halunapi, porque ese era el rango que tenía dentro del ejército ugarítico, me descolocaron totalmente. Aquel pobre hombre no solo había sido testigo de la destrucción de su ciudad, sino que además había tenido que ver cómo todo lo que le rodeaba se quebraba hasta el punto de desaparecer completamente. Antes de Ugarit, muchos otros reinos y estados cayeron irremediablemente. Y después de que lo hiciera su propio reino, tuvo que asistir a la lenta pero progresiva fragmentación del país de Hatti. Y lejos de ser eso suficiente, se vio obligado, más por necesidad que por otra cosa, a tener que formar parte de esa temible maquinaria que se había ido generando como consecuencia de aquel inmenso desastre. Y mientras tanto, nosotros en Egipto, sin saber qué era lo que estaba ocurriendo. El caos se había apoderado de todo y los egipcios no nos habíamos percatado. Tan solo nos habíamos podido enterar cuando la amenaza estaba a sus puertas, y habíamos tenido la 2gran fortuna de que los dioses estuvieran con nosotros.

—¿En qué piensas, mi rey? —preguntó Ur Atum sacándome de aquella reflexión en la que me había sumido.

—En nada, y en todo.

—Entiendo… —respondió sin apenas inmutarse, como si él estuviera en mí misma situación.

—Es solo que ese hombre ha hecho que me diera cuenta de muchas cosas, Ur Atum —dije aún un poco apesumbrado.

—Sin duda lo que nos ha expuesto ha sido un relato aterrador.

—Lo ha sido, pero no te engañes, no es nada que provenga de su imaginación, para desgracia nuestra, si no que se trata de la realidad que no fuimos capaces de ver —afirmé con rotundidad.

Ur Atum asintió dándose cuenta de que habíamos vivido en un oasis de calma mientras el resto del mundo se sumía en la peor de las desgracias.

—De ahora en adelante quiero que el capitán Halunapi y todos los supervivientes de Ugarit que estaban con él, tengan la condición de hombres libres. Que se les trate con respeto y que jamás tengan que pasar ninguna otra penuria. Es lo menos que podemos hacer por ellos —ordené.

—Tus deseos se cumplirán, mi rey. Déjalo en mis manos, me ocuparé personalmente.

—Cuento con ello, amigo. Por cierto, casi se me olvida, ¿cómo está tu herida? —le pregunté observando el brazo que llevaba en cabestrillo.

—Bien, mi rey. Tardará en recuperarse, pero lo hará —respondió él—. Con los años las heridas tardan un poco más en cicatrizar.

—Y hay algunas que jamás lo hacen.

Me miró y asintió.

—¿Y bien? En cuanto al resto de prisioneros, ¿ha servido de algo la medida que ordené de hacer una ejecución selectiva de sus cabecillas? —pregunté sin más rodeos y cambiando radicalmente de tema, dado por zanjado el asunto de Halunapi y los supervivientes de Ugarit.

—Parece que sí, mi rey. Una vez expuestas sus cabezas en lanzas, como indicaste y a la vista de esas gentes, se han arrodillado ante ti, y han agradecido tu misericordia para con ellos. Trabajarán en la reconstrucción de todo lo que han destruido, y además los podrás utilizar para edificar todo lo que desees.

—Si con misericordia te refieres a una vida de esclavitud y trabajo —añadí con tono sarcástico.

—Tal vez ese tipo de vida sea mejor que la muerte para esa gente. Al menos podrán resarcirse de alguna manera de sus pecados.

—Amón así lo quiera. ¿Cuántos hemos capturado en total? —interrogué de nuevo.

—Casi tres mil guerreros, mi rey, a los que tenemos que añadir a varios centenares de mujeres que los acompañaban.

—¿Mujeres que luchaban? —pregunté asombrado ante aquel dato que desconocía.

—Sí, mi rey, incluso hemos hallado entre sus muertos a muchas más.

—Jamás había visto eso. El trabajo de las mujeres no es luchar —dije para mí mismo, aunque en voz alta.

—Imagino que cada cultura tiene sus costumbres, aunque coincido en que no es propio de ellas.

—Entonces esas hembras también nos vendrán bien para otros quehaceres —añadí pensando en que podrían ser usadas para otros trabajos menos físicos—. En cualquier caso, se trata de una buena cifra, comandante.

Pensé que con esa fuerza de trabajo podría acelerar la reconstrucción de todo lo que aquella gente había destruido a su paso, e incluso destinar a varios centenares de ellos a acelerar la construcción de mi gran templo. Esos mismos que habían intentado arrebatarme el país serían los encargados de ayudar a erigir mi monumento para honrar la victoria ante el dios Amón. Las escenas de los relieves serían el testimonio de mis gestas, y esos hombres a los

que había vencido, los mismos que habían participado de ellas, tendrían que encargarse de esculpirlas. Verían cuán grande era Egipto, y cuán grande era su faraón.

—¿Y cuántos muertos? —pregunté.

—Hemos recogido un total de diez mil seiscientas manos, mi rey. Pero muchos de nuestros enemigos se ahogaron en las aguas del gran río, por lo que es probable que sus cuerpos fueran arrastrados hacia el mar o que los vayamos encontrando con el devenir de los días, cuando aparezcan en las orillas. Así que creo que la cifra de enemigos muertos es más elevada.

—Entiendo…

Una fuerza invasora formidable. ¿Cómo habrían podido reunir a tantos guerreros? Aquello no lo había relatado Halunapi, así que cuando hubiera recobrado sus fuerzas, sería lo primero que le preguntaría. En aquellos momentos, pensé en la manera en la que hombres, y también mujeres, de diversa procedencia se habrían juntado para atacarnos. Eso teniendo en cuenta solo los que habían venido por mar, pero si sumaba todos los que habían hecho lo propio por tierra…, y que para mi suerte habían sido derrotados por Mensah, eso daba una cifra asombrosa. Y no solo guerreros, sino que sus familias los habían acompañado hasta el final. A los esclavos que había hecho en la batalla del delta debería sumar todos los que el comandante Mensah traería consigo. Con él no solo vendrían varones, sino que también lo harían mujeres, niños y quizá ancianos. Miles de almas. ¿Qué era lo que había provocado que tantas personas se desplazaran de aquella manera? Aunque ahora ya poseía más información sobre lo que había ido aconteciendo en todos aquellos lugares, jamás pensé que todas las fuerzas invasoras conjuntas acabarían confluyendo en mi contra. Las poderosas ciudades de los *ahhiyawa*, que tiempo atrás libraron una guerra contra la ciudad de Wilusa, vasalla de los hititas, habían desaparecido de la faz de la tierra de una manera muy rápida, como si su venerado dios del trueno las hubiera fulminado. La isla de Alashiya también había sucumbido, o al menos eso me había dicho Halunapi que le habían contado los mercaderes que habían tenido tratos comerciales con ella. Tras eso, habían comenzado a caer las prósperas ciudades del levante, entre ellas la prominente Ugarit, de la cual escuché el triste relato de los pocos que pudieron escapar con vida y que tuvieron que sobrevivir como pudieron. Y después, el país de Hatti se había ido fracturando lenta pero progresivamente hasta convertirse en un mero espejismo de lo que un día había sido. ¿Quedaría algo de Suppiluliuma y de su dinastía en el norte? ¿Habrían logrado resistir el envite de esas gentes, o les habría ocurrido lo mismo que a todos los demás? Algo en mi interior me decía que de todos los que formaban aquella larga lista,

tan solo Egipto se mantenía en pie. ¿Qué castigo habían enviado los dioses a toda esa gente? ¿Quiénes eran aquellos pueblos venidos del mar que habían intentado conquistar mi país? Demasiadas preguntas y muy pocas respuestas claras. Quizá el tiempo me las diera, o tal vez jamás sabría con certeza lo que había acontecido. De súbito, las palabras de Ur Atum me devolvieron a la realidad

—Nuestras bajas han sido numerosas también, mi rey.

—¿Cuántas? —pregunté temiéndome lo peor, pero siendo consciente de que el enemigo había obligado a mi ejército a tener que emplearse a fondo.

—Más de seis mil trescientos muertos, y casi la mitad de heridos, mi rey —respondió.

—Es un precio muy elevado —lamenté para mis adentros con todo el dolor de mi alma.

—Lo sé, pero en ocasiones los dioses exigen sacrificios, mi faraón. Esos hombres han dado la vida por defender nuestro país, y lo han hecho convencidos de que cumplían con su deber. Su paso a la otra vida ha sido un obsequio que han entregado con sumo gusto y los que hoy estamos vivos, tendremos todo lo que nos quede de vida para agradecérselo.

—Merecen ser recordados por ello —indiqué—. Cuando esculpa los relieves en las paredes de mi gran templo, ellos tendrán su puesto de honor. Pasarán a la posteridad como héroes, a mi lado, y formarán parte de la memoria de Egipto.

—Es un gesto que te honra, mi rey.

—La gratitud es mía hacia ellos, por lo que decretaré que sus familias reciban compensaciones económicas por su pérdida —añadí satisfecho —. ¿Qué te parece el equivalente a la paga de cinco años de servicio a las viudas y el equivalente a la de tres años para los que han sido heridos y no queden aptos para reincorporarse al servicio activo?

—Es muy generoso por tu parte, mi rey. Tus súbditos lo agradecerán. Hasta en estos momentos de tanta incertidumbre, el faraón es capaz de velar por los intereses de su pueblo —dijo Ur Atum.

—Es mi deber, comandante. ¿Qué sería de mí si no tuviera el amor de mi pueblo? —respondí reformulándole una pregunta retórica—. Además, ahora viene el arduo trabajo de la reconstrucción. Debemos sobreponernos a lo acontecido en los últimos tiempos y necesito el apoyo de los míos. Todo lo que nos rodea es caótico y el desorden campa a sus anchas más allá de nuestras fronteras. El futuro es incierto como dices, y sabiendo lo que sabemos ahora de lo sucedido, tengo el pálpito de que deberemos estar preparados para defendernos de las amenazas que aún puedan existir.

—¿Crees que aún las hay, mi rey?

—Estoy convencido de que sí, comandante. Siempre existirán

enemigos contra los que combatir, ya que esa es la naturaleza humana —afirmé con rotundidad asiéndole por el antebrazo y llevándole hacia la mesa a la vez que esbozaba una sonrisa relajada—. Analizando los acontecimientos recientes, creo que compartirás conmigo la idea de que todo ha cambiado. Algo en mi interior, una especie de sensación extraña me dice que el mundo tal y como lo conocíamos ya no existe. Seremos testigos directos del nacimiento de una nueva era. No sé si lo que está por venir será peor o mejor que lo que hemos vivido hasta este momento, pero imagino que es la evolución natural de las cosas. El fin de los tiempos ha llegado, y ahora toca adaptarnos a lo que el futuro y los dioses nos deparen. Pero somos un país fuerte y luchador, y hemos superado ya otras crisis antes, así que estoy convencido de que lo conseguiremos.

—Confío en que así sea, mi rey.

Hizo una leve reverencia y sonrió sintiéndose más cómodo con mis argumentos. Pude ver algo de calma y tranquilidad en su mirada, y eso también me reconfortó.

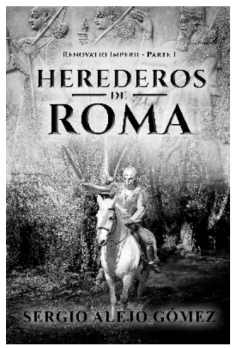
—Y ahora, siéntate junto a mí y comamos algo mi buen amigo. Tenemos mucho trabajo por hacer.

FIN

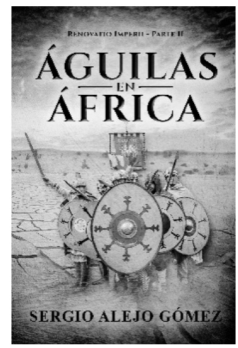
PASA UN BUEN RATO CON MIS NOVELAS

SAGA RENOVATIO IMPERII

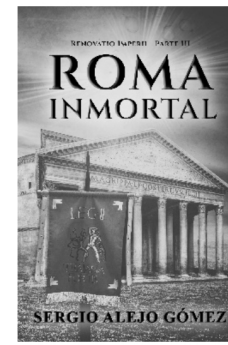
Herederos de Roma



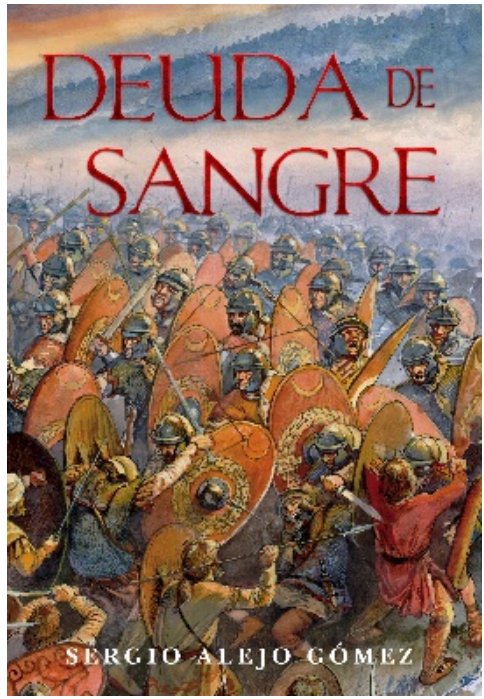
Águilas en África



Roma Inmortal



DEUDA DE SANGRE

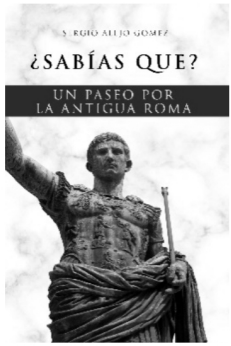

DEUDA DE SANGRE
SERGIO ALEJO GÓMEZ

DESCUBRE MÁS SOBRE EL MUNDO ANTIGUO

COLECCIÓN ¿SABÍAS QUE?

Mundo Antiguo

Antigua Roma



Antigua Grecia

SOBRE MÍ

Soy un enamorado de la historia en general, aunque lo que de verdad me apasiona es el mundo antiguo, concretamente todo lo que concierne a las civilizaciones griega y romana. Esta pasión es la que me llevó a licenciarme en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona y a ejercer como docente de secundaria durante algún tiempo. El destino hizo que finalmente mi trayectoria profesional me llevase por otros caminos, aunque ello no me ha separado del interés por el mundo antiguo.

Como gran aficionado a la lectura que soy, siempre había deseado escribir un libro, ya que tenía ganas de compartir historias intrépidas ambientadas en algún momento histórico. Así que en abril de 2015 publiqué mi primera novela, titulada *Las Crónicas de Tito Valerio: Misiva de sangre*. Ese libro no fue más que el principio, y la saga no ha parado de crecer, hasta convertirse en una pentalogía. Tras el éxito de la primera parte, llegó la segunda, titulada *El enemigo interior*, publicada en marzo del 2016. En abril de 2017, vio la luz la tercera entrega de la saga titulada *La sombra de la conjura*, y en mayo del 2021 llegó la cuarta parte, *El escudo del cónsul*, y en abril del 2023 llegó la quinta entrega, *Venganza en la Vrbs*. ¿Habrá una sexta parte? Pues eso solo los dioses lo saben.

Siguiendo con la faceta de escritor, a finales de ese mismo 2017 publiqué una nueva obra, un pequeño ensayo titulado *¿Sabías que? Curiosidades del mundo antiguo*. Se trata de un breve anecdotario sobre cosas curiosas, personajes y episodios del mundo antiguo. Y por si eso no fuera suficiente, en junio del año 2018 también vio la luz la novela histórica, *Herederos de Roma*, ambientada en los tiempos del emperador Justiniano y del gran general Flavio Belisario, en el

Imperio romano de Oriente. Además, estás de suerte, porque desde las Navidades de 2019 tienes ya disponible otra obra de la colección de *¿Sabías que?*, y que lleva por título: *¿Sabías que? Un paseo por la antigua Roma*. Recientemente ha salido a la venta la segunda entrega de *Herederos de Roma*, como parte de la saga que he titulado *Renovatio Imperii*, que lleva por título *Águilas en África*.

En diciembre del año 2020 tuve el honor de publicar la tercera entrega de la colección *¿Sabías que?,* titulada *Un paseo por la antigua Grecia*, sumándose de esa manera a las dos anteriores para cerrar este círculo de pequeños ensayos históricos dedicados a personajes, capítulos y curiosidades del mundo antiguo.

Y por si eso no fuera poco, en mayo del 2021 salió a la venta la cuarta entrega de *Las crónicas de Tito Valerio Nerva*, que llevaba por título *El escudo del cónsul*. A finales del mismo año, que fue bastante productivo, todo sea dicho de paso, también pude publicar la tercera entrega de la saga *Renovatio Imperii*, titulada *Roma Inmortal.* Y en lo relativo a novelas, el año 2022 también dio sus frutos, ya que, para el mes de junio, publiqué una novela, que no tiene continuación, ambientada en tiempos del emperador Trajano y en sus campañas contra el reino de los dacios: *Deuda de sangre*. Esta última novela ha sido muy bien recibido por la crítica por su alto contenido de acción y aventuras, además de por el alto componente emocional que los lectores afirman que posee. Así que, no te la debes perder.

Además de mi faceta literaria, me podréis seguir en el programa La Biblioteca Perdida, en La Biblioteca de la Historia en formato podcast y recientemente también colaboro con los amigos de Victoria Podcast, donde tenemos algunos programas muy interesantes como una serie dedicada a la figura del gran Belisario. Y si todavía os quedan tiempo y ganas, tenéis disponible un canal propio en YouTube y otro de podcast que podéis escuchar en plataformas como Ivoox, Spotify, Apple Music, Amazon Music y Spreaker Radio, en los que tengo mucho contenido junto a mi compañero e inseparable amigo, Ángel Portillo Lucas. Así que como veis soy un hombre ocupado y con muchos frentes abiertos. No hay tregua ni descanso y siempre estoy dispuesto a aventurarme en todo tipo de proyectos.

ESTEMOS EN CONTACTO

Página web: **sergioalejogomez.com**
Facebook: **facebook.com/sergioalejogomez**
YouTube: **https://bit.ly/30LeQUG**
Twitter: **https://twitter.com/sergioalejogom2**
Instagram: **instagram.com/sergioalejogom/**

Podcasts en ivoox.com:
Calamares a la Romana (canal propio)
La Biblioteca Perdida (sección: ¡Por los dioses!)
La Biblioteca de la Historia (sección: Las Arenas del Tiempo)
Lignum en Roma (podcast hermano de Ángel Portillo)
Victoria Podcast (colaborador)